Giovanna Parravicini

ENCUENTRO

BIOGRAFÍAS

Historias y testimonios de Rusia

Ensayos
421

GIOVANNA PARRAVICINI

Libres

Historias y testimonios de Rusia

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-578-6

ENCUENTRO

Título original
Liberi
Storie e testimonianze dalla Russia

© 2008
RCS Libri S.p.A., Milán
© 2010
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Traducción
Eduardo Tolosa Ugarte

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

- INTRODUCCIÓN
- LA LEY DE UN HOMBRE VIVO
  Padre Alexander Men
- EN EL SIGNO DE DOS ESTRELLAS
  María Yudina
- EN VIAJE HACIA LO VERDADERO
  Eugenia Ginzburg
- NUESTROS MAESTROS
  Sergei Averincev
- LA MECANÓGRAFA Y LOS MUCHACHOS DEL «FARO»
  Vera Laskova
- NUESTRO «SOL» LITUANO
  Padre Stanislovas Dobrovolskis
- EL PORQUÉ DE UNA AVENTURA
  Víctor Popkov
- UNA ANTÍGONA DE NUESTROS DÍAS
  Lidia Golovkova
- LOS TRES DESEOS DE LA FARMACÉUTICA
  Elena Avaliani
- BIBLIOGRAFÍA

A Elena,
Que hubiera deseado mucho leer este libro
y en realidad me ha ayudado a escribirlo desde el Cielo.

INTRODUCCIÓN

Por vez primera puse el pie en Rusia en 1979, oficialmente para asistir a un curso de verano de lengua, pero en realidad para localizar a amigos que de diferentes maneras se habían puesto en contacto con Russia Cristiana[1]. Recuerdo que a partir del primer momento, mirando desde el autobús que nos llevaba del aeropuerto a la residencia por las calles de Moscú, suntuosa capital soviética donde la ideología se exhibía a cada paso —en las gigantescas pancartas alabando al régimen y sus conquistas, en los edificios de estilo estalinista, en los monumentos del realismo socialista que rezuman retórica—, en mi «ingenuo atrevimiento» estaba segura de una cosa: eso era sólo un decorado, una horripilante puesta en escena. La verdadera Rusia era aquella subyacente, subterránea, que el padre Romano Scalfi nos había enseñado a amar y que conocería en las veladas, en las horas libres tras el programa oficial de los cursos; era una tierra de vivos testimonios en el pasado y que continuaban existiendo incluso ahora, en el presente; era una tierra santa a la que llegaba con ansiedad y de la que esperaba el milagro para mi vida.

Han pasado treinta años, Rusia se ha convertido casi en mi casa y ahora ya puedo decir que la conozco bastante bien, y todavía esta certeza inicial no sólo no me ha abandonado, sino que a través de tantos encuentros y amistades ha sido por el contrario afianzada, llenándome de gratitud por el milagro del que he sido testigo y partícipe. Éste es, en el fondo, el contenido del libro.

En el siglo XX Rusia fue objeto de un impresionante, dramático experimento de reducción de la persona humana a los límites impuestos por la ideología, y, por otra parte, de un extraordinario proceso de resistencia del yo humano ante esta violencia. Una resistencia que nace y se desarrolla a través de las más descabelladas vías, según los períodos históricos, el temperamento y las capacidades de cada uno de sus protagonistas, pero que en el fondo siempre puede ser reconducida hasta el reconocimiento de las exigencias constitutivas del «yo», tal y como lo expresa san Agustín: «Mi corazón está inquieto hasta que no reposa en Ti». Las historias y los

testimonios recogidos en este libro documentan verdaderamente, ante todo, que siempre es posible vivir como hombre, hacer una experiencia de libertad y de verdad cualesquiera que sean las circunstancias externas en las que le toca vivir, como resultado de un encuentro que llena la vida y la hace digna de su nombre. Hay quien ha vivido desde pequeño al calor de la comunidad cristiana, como el padre Alexander Men o el padre Stanislovas Dobrovolskis, y quien ha «regresado a casa» solo al final de un tortuoso y atormentado camino; quien ha encontrado una amistad que le ha cambiado la vida desde su juventud, como Vera Laskova o Víctor Popkov, y quien con cincuenta años ha tenido el coraje de hacer frente al desafío comenzando todo de nuevo, como Lidia Golovkova; hay quien ha experimentado en primera persona el testimonio del arte y la cultura, como María Yudina o Sergei Averincev, y quien ha abrazado el Misterio siendo madre de familia y sufriendo una grave discapacidad física.

He tratado de elegir, entre tantos, historias de personas que han conocido, en períodos y contextos sociales diversos, historias que evocan la vida de la comunidad de la Iglesia de las catacumbas, las víctimas y los mártires del Terror 1937-1938, el nacimiento de la disidencia, el encuentro de algunas comunidades juveniles ortodoxas con la experiencia de Comunión y Liberación, y también «la nueva Rusia» con la que nos tenemos que enfrentar hoy, y muchos otros acontecimientos: puestas en fila, una tras otra, en la medida de lo posible en orden cronológico, son como pinceladas del gran cuadro del renacer del «yo» en la Rusia de este último siglo. El padre Alexander Men abre esta galería de retratos, un «genio» revelador de las cimas que puede alcanzar lo humano, un símbolo del renacimiento de la Iglesia en nuestro tiempo, un hombre que nos propone un encuentro desde la profundidad de la unidad que es Cristo «todo en todos». Pero también cada uno de los otros personajes, con los que me había visto en persona o que habían marcado mi historia a través de apasionantes testimonios, es una especie de ventana abierta sobre una gran historia de la que forman parte y desde la que nos ayudan a mirar, haciendo surgir la «invisible ciudad de Kitez», que según una antigua leyenda rusa espera, sumergida en las aguas, la catarsis del último día —símbolo de la humanidad devastada, de la Iglesia destruida brutalmente, que sin embargo conserva, incluso en las épocas más oscuras, intacta su existencia en la profundidad del corazón humano.

Relatar estas historias significa recuperar también el «hilo rojo» de una amistad nacida hace cincuenta años entre don Giussani y el padre Scalfi, florecida milagrosamente a lo largo de estos años a través de encuentros y acontecimientos a menudo

imprevistos, que superaban nuestras expectativas quedando en evidencia cada vez la presencia de un proyecto misterioso, de «Otro» que nos hacía protagonistas de una maravillosa aventura porque nos llamaba por nuestro nombre, nos daba un rostro y un corazón, nos regalaba los unos a los otros. Sobre el fondo de los acontecimientos históricos como la caída del telón de acero y el inicio de la libertad religiosa en los países del Este europeo, los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, también la pequeña historia de Russia Cristiana y de Comunión y Liberación en Rusia se encuentran vinculadas en estos años con el renacimiento de la Iglesia rusa. Aparecen en este libro personas con las que hemos compartido un trecho del camino o que han sido particularmente significativas para nuestra historia. Personas muy diferentes entre sí, que como todas no están libres de contradicciones ni exentas de tentaciones, miedos y caídas, y de las que no pretendo relatar la biografía de forma completa: lo que he pretendido reflejar son más bien «momentos personales», «ampliaciones» de aspectos de historias que han tocado y conmocionado mi vida tanto como la de tantos otros, porque a través de ellas, con sus inevitables limitaciones, dejan aparecer a Otro con sus rasgos originales, inconfundibles, dándonos su testimonio en los signos realmente débiles de su existencia.

Acaso es esto lo que conmueve especialmente, lo que permite traer a los labios la palabra «milagro», porque todas estas personas, lejanas o cercanas para nosotros, son «algo que 'obliga' a pensar en Dios, que se impone de forma tan potente que no podemos reducirlo a nuestra medida... Jesucristo no es una presencia aislada en la lejanía de la historia... Él es una presencia diez años después de Su muerte, mil años después de Su muerte, hasta hoy, a través de esta humanidad diferente de los santos, una presencia humana imposible de concebir»[2].

Mirándole, se descubre que «el problema de la fe concierne no a aquello que no vemos, sino a lo que vemos, lo que tocamos, lo que experimentamos»[3], porque de ninguna manera la discusión ideológica permite dominar el horizonte de la vida, en estas historias tan dramáticamente ligadas con las vicisitudes de su país y a menudo con grandes contrastes dolorosamente determinadas por la circunstancias exteriores. Es un placer, un gusto, una humanidad viva, apasionada, que me ha fascinado desde el primer encuentro: se veía de inmediato que debía tratarse de una experiencia irreductible a una serie de ideas, a una visión del mundo o incluso a una concepción cultural (frente a la posibilidad de perder el trabajo, de acabar en un campo de concentración, frente a la enfermedad o a la muerte no se pueden hacer trampas). Tanto es así que esta experiencia que valía en la Rusia soviética es del mismo modo

válida en la Rusia actual, «globalizada» y en muchos aspectos plenamente asimilada a Occidente, y sirve también para mí. Relatando cada historia, llegada a cierto punto me he encontrado siempre ante el umbral del corazón, desde el que se divisa el misterio de un relato, de un Tú que da respiro a la existencia, que permite decir, con certeza, en el dolor, en la fatiga y en el riesgo cotidiano de la libertad: «Se puede vivir así». Y esto me hace incluso a mí volver a comenzar.

NOTAS

[1] El Centro Russia Cristiana nace en Milán en 1957, por iniciativa del padre Romano Scalfi como un puente entre las experiencias culturales y religiosas de las grandes tradiciones cristianas de Oriente y Occidente. El programa que Russia Cristiana ha desarrollado a lo largo de los años, a través de iniciativas y formas ideadas cada vez según se va modificando la situación política y religiosa, ha sido dictado siempre por el deseo de dar a conocer la riqueza de la tradición litúrgica, artística y filosófica del mundo eslavo, desde la urgencia de dar voz al testimonio de la Iglesia perseguida y de promover publicaciones y campañas de solidaridad en defensa de los derechos humanos, y de trabajar en la medida de las propias fuerzas para colaborar activamente en el renacimiento cristiano en los países de la ex Unión Soviética. Entre los instrumentos promovidos por el Centro Russia Cristiana (que tiene su sede en Seriate), se encuentran la revista bimensual La Nuova Europa, la editorial La Casa di Matriona, la Scuola Iconografica de Seriate, la Biblioteca Betty Ambiveri, el coro. Al comienzo de los años noventa conjuntamente con la Administración Apostólica de Moscú y el Centro ortodoxo Santos Cirilo y Metodio, Russia Cristiana fundó en Moscú el Centro cultural «Biblioteca dello Spirito» que desarrolla una actividad cultural, editorial y de distribución de libros de cara a crear, en el interior de la sociedad rusa actual, oportunidades de diálogo y verificación con la tradición y la identidad del cristianismo.

[2] Cf. Julián Carrón, Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe. Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rímini 2008, suplemento de la revista Huellas, n. 6, junio 2008, p. 33.

[3] Ib., p. 14.

LA LEY DE UN HOMBRE VIVO
Padre Alexander Men

Años setenta, en Rusia la monotonía de la burocracia brezneviana parece imperar en todos los campos de la vida social; incluso la Iglesia es reducida en buena parte a museo, a un gueto para ancianos e iletrados, probablemente destinado a desaparecer con ellos. Pero en una iglesita a unos cuarenta kilómetros de Moscú, en la aldea de Novaia Derevnia, se asiste al fenómeno contrario. Allí va mucha gente, de la más diversa extracción —intelectuales y gente sencilla, rusos y judíos, jóvenes y ancianos —, atraídos por la personalidad del sacerdote ortodoxo que celebra allí, el padre Alexander Men. Como dice la canción de Alexander Galic —un célebre cantautor ruso que, como tantos otros, había encontrado la fe a través de él—, quien entraba en aquella iglesia sentía «haber vuelto a casa».

Es difícil reflejar en pocas páginas una figura como la suya, imponente, brillante, siempre presente para el interlocutor pero a la vez extendiéndose más allá; un hombre que vivía una profunda armonía interior, una unidad personal llena de paz pero a la vez exigente, porque pedía continuamente una «ruptura», un «salto» a quienes tenía cerca.

Mi encuentro con el padre Alexander se remonta al comienzo de los años ochenta, en el que puede ser el período más duro de su vida. En efecto, hacia el año 1983 era citado casi cotidianamente a la Lubianka, el cuartel general del KGB: la cantidad de personas que se dirigían continuamente a él, el multiplicarse de comunidades de laicos que seguían su método educativo, sus libros (publicados en Occidente bajo seudónimo, que llegaban clandestinamente a Rusia y circulaban en cientos de miles de copias), convertían, a los ojos del poder, en extremadamente peligroso a este hombre, que realmente no había entrado jamás en relación con la política soviética y no se había definido jamás como «disidente». Estando con él, no obstante, aunque corrieran serio peligro la existencia de sus comunidades e incluso su propia vida, se percibía únicamente su alegría, su libertad, su gusto por la vida en todos sus aspectos. Una vez llegados, más o menos aventuradamente, a su iglesita, veías venir a tu

encuentro su luminosa sonrisa, como si tú fueras un regalo precioso y él viese en ti alguna cosa que tú mismo no conocías, tus limitaciones no le importaban porque iba directo a tu corazón. Veía lo positivo, la belleza, la simpatía de todos los aspectos de la realidad, la atravesaba con los ojos limpios, curiosos, asombrados, familiarizados con el Misterio.

Y cuando, por medio de los pocos encuentros conmigo y con otros amigos italianos, y con los primeros libros de don Giussani que entonces circulaban en el samizdat, el padre Alexander llegó a conocer la experiencia de Comunión y Liberación, la recibió como una esperada compañía en el camino. No importaba que los encuentros debieran ser necesariamente escasos, muy discretos, no importaba ni siquiera nuestra limitación, nacía inmediatamente una familiaridad impensable... porque era evidente que estábamos en el mismo camino, que «Cristo está entre nosotros», como dice la liturgia oriental.

Después, viendo a decenas, centenares de personas en los sitios más diversos, he descubierto cuánta gente había llevado con él por ese camino: cuando preguntaba cómo habían encontrado la fe oía siempre repetir la misma cantinela: una charla del padre Alexander, un libro del padre Alexander, una comunidad del padre Alexander... Y me he ido haciendo consciente de haber tenido la suerte de haber hablado, reído, rezado junto a un santo. Que un día será reconocido como el apóstol de Rusia en el siglo XX.

En camino hacia la Iglesia...

Los innumerables testimonios concuerdan en describirlo como un hombre íntimamente unido a Cristo; un hombre ardiente ansioso porque todos Le pudieran conocer, porque en Él todos fueran una sola cosa; un hombre que en todo lo que hacía daba gloria a Cristo, realizando a su alrededor una anticipación de Su Reino.

«He sido afortunada: conocí al padre Alexander en el año 1968. En mi vida, era la primera persona con un nivel cultural que creía en Cristo —cuenta Liudmila Ulitskaya, una escritora muy conocida en Rusia e incluso en el extranjero—. En aquella época era una gran peculiaridad: fe y cultura se encontraban raramente... La vida soviética era inaguantable, sofocante... y buscábamos a tientas, escrutando cerca de un libro o una canción que iluminase el horizonte, tirándonos de cabeza en propuestas intelectuales de dudoso valor. Y aquí entre este extravagante público,

desgreñado y confuso, aparece de improviso un rostro de la bella raza judía, un hombre culto, agudo, alegre, ¡un sacerdote ortodoxo! Culto, pero dotado de un saber estar que iba bien tanto con las viejitas del campo como con Averincev, Rostropóvich y Solzhenitsyn... Naturalmente, su sabiduría iba bien incluso con nosotros, jóvenes, que considerábamos el cristianismo como una de las muchas concepciones del mundo, fascinante en ciertos aspectos, inaceptable por otros. Teníamos ganas de hablar de cosas inteligentes. Pero aquello que nos propuso destrozaba las ideas que nos habíamos fabricado y vaciaba de sentido nuestras expectativas. El padre Alexander nos sugiere entrar en un espacio nuevo, diferente, en el que sopla el viento del desierto, en el cual judíos extremistas vagan bajo la guía de un hombre balbuciente y acomplejado, en el que un infeliz profeta, que había prometido ofrecer el significado último y la clave universal para resolver los problemas terrenales, sufre una muerte humillante que paradójicamente se transforma en prenda de plenitud y alegría».

«En aquella época todos se quedaban tranquilos, diciendo que lo imposible es imposible. Era evidente —recuerda Sergei Averincev—, revelarlo era una experiencia trágica. Pero ves llegar a un hombre que rechaza aceptar que lo imposible es imposible... El padre Alexander vivía la certeza de que la Iglesia ha sido mandada por su Fundador a salvar a los hombres, los hombres reales. Y así ocurre una cosa nueva: se deshace la mentira que insinuaba que Cristo fuera una cosa lejana, del pasado. Oh no, Él está con nosotros, aquí en el presente. Y nos espera en el futuro. El Misterio rebosante de gozo estaba siempre con él, acaso todavía más cuando se acerca al fin, mientras el presentimiento tácito del final que le esperaba se hacía cada vez más claro, y la plenitud natural de la vida que procedía de su propio temperamento dejaba paso a otra certeza, una certeza ya del otro mundo».

El 9 de septiembre de 1990 es asesinado el padre Alexander Men. Sus asesinos continuarán desconocidos, la larga investigación será muchas veces parada y luego cerrada definitivamente. Es un domingo por la mañana, el padre Alexander sale a celebrar la liturgia, y en el sendero que lleva desde su casa a la estación es asaltado y golpeado hasta la muerte con un hacha. Infinidad de hijos espirituales lo acompañan a la sepultura, los funerales son presididos por el metropolita Juvenal, miembro del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa.

Comentará el arzobispo Mijaíl Mudiugin, a su vez confesor de la fe del siglo XX: «Era un hombre de una profundidad extraordinaria, su vida ha sido un continuo ascenso que se culminó con el martirio. Pero es por la sangre de los mártires, lo sabemos

desde los orígenes, que germinan las semillas del anuncio cristiano, sobre eso crece y se refuerza la Iglesia de Cristo... Cuantos entraban personalmente en contacto con él, y en particular cuantos participaban conjuntamente con él en la liturgia, se hacían conscientes de la libertad interior de su comunión de oración con el Padre celestial, una libertad colmada del Espíritu... Esta libertad interior era el elemento característico de su mentalidad, era aquello que convertía en tan fascinante su ministerio, su predicación y su persona. El padre Alexander ha sido realmente un profeta de nuestros días, un precursor de la evangelización —auténtica respuesta a las necesidades y a las expectativas que urgen en el corazón del pueblo».

La continuidad viva de la Iglesia

El padre Alexander aprende a conocer el Misterio desde niño, en una de las pequeñas comunidades cristianas que en los años treinta se esconden en Rusia en las catacumbas. En los rostros de los «testigos» que lo rodean en los años de la infancia no le resulta difícil vislumbrar el rostro humano de Aquel que ha venido a vivir en medio de nosotros; la historia del padre Alexander es un testimonio vivo de la continuidad de la tradición de la Iglesia, a pesar del régimen soviético. Nace en Moscú el 22 de enero de 1935, de padres judíos. Su nacimiento supone para su madre, Elena, el impulso definitivo para recibir el bautismo: Alik es por tanto acogido y educado en el seno de una comunidad ortodoxa clandestina guiada por el padre Serafín Batiukov.

El muchacho está extraordinariamente sediento de saber; a los diez años, por consejo de su madre, se organiza un programa serio de lecturas y adquiere el hábito de levantarse pronto, mientras todos duermen, para leer sin distracciones en la única estancia que comparte con sus padres, su hermano Pavel y la tía Vera. A los trece años se enfrenta con la lectura de Kant, después casi por casualidad se encuentra con las obras de los pensadores religiosos rusos, desde Chomiakov a Soloviev, Berdiaev, Bulgakov. Se interesa por las cosas más diversas, ama la pintura, la música, la poesía. Está apasionado por el estudio de la naturaleza, de la astronomía, de la biología: «Ya desde niño la contemplación de la naturaleza ha sido mi 'primera teología'. Entraba en un bosque o en un museo como en un templo. Y también ahora una rama en flor o el vuelo de un pájaro me remiten a Dios por lo menos como un icono. Sin embargo el panteísmo siempre me ha resultado extraño. Siempre he percibido a Dios como una persona que se dirige hacia mí». La grandeza de la razón humana está en aprender a distinguir las huellas de esta Presencia, que es la única que puede saciar la sed de

felicidad y de infinito del hombre: será precisamente este descubrimiento —que le estremece desde niño— lo que le hace después tan fascinante a los ojos de millares, millones de personas, en un contexto en el que la ideología soviética anuncia triunfalmente un progreso construido sobre la reducción, sobre la homologación de la persona humana.

Hacia los doce años Alexander siente la llamada al sacerdocio. Precisamente en una tarde veraniega, mientras pasea por Moscú, ve ondear en el cielo una inmensa representación de Stalin colgada de un globo aerostático. Es un signo: entiende que debe ponerse al servicio del verdadero Dios, anunciarlo a cuantos no han tenido el don del encuentro. A los catorce años comienza a servir al altar y a cantar en el coro de la parroquia moscovita de San Juan Bautista, en la calle Presnia.

Durante el bienio de estudios superiores desarrolla por su cuenta el programa del seminario, mientras, tras acabar en la escuela, simultáneamente, en 1953 entra en el Instituto de Biología. La campaña antisemita que había caracterizado los últimos años del régimen estalinista, de hecho, le cierra las puertas de acceso a la universidad. En 1956 se casa con una compañera de estudios, Natalia Grigorenko, con la que tendrá dos hijos, Elena y Mijaíl.

El ambiente estudiantil es el primer banco de pruebas para vivir el testimonio de Cristo en el mundo: los compañeros de Alexander saben perfectamente que es creyente y que frecuenta la Iglesia, sin embargo lo admiran por sus dotes humanas e intelectuales. Quien lo teme es, en cambio, la célula del partido presente en el instituto, que lo ve como un elemento pernicioso por la influencia religiosa que ejerce sobre los estudiantes e incluso sobre algunos profesores. A causa de su declarada pertenencia religiosa, en 1957 Alexander es excluido de repente del examen de Estado y en consecuencia no puede ejercer la profesión de biólogo.

Más tarde el padre Alexander hablará de este momento como uno de los más duros de su vida. Pero lo interpreta también como un signo, la llamada a responder de modo definitivo a la vocación sacerdotal. En 1958 es ordenado diácono, y en 1960 sacerdote.

Por deseo de la Providencia, el ordinario es monseñor Stefan Nikitin, médico y hombre de profunda espiritualidad que había pasado por el campo de concentración y había sido ordenado sacerdote clandestinamente en los años treinta por monseñor Atanasio Sajarov, a su vez guía espiritual del padre Serafín Batiukov y de la

comunidad clandestina de Zagorsk que había iniciado en la fe al pequeño Alik. Es como si el padre Alexander recogiese el testimonio de las generaciones de mártires y confesores que le han precedido. También a él, misteriosamente, le será pedido seguir su mismo camino.

Después de la ordenación ejerce su ministerio en varias parroquias en la provincia de Moscú, primero en Akulovo, al suroeste de Moscú, luego en Alabino, a una cincuentena de kilómetros de la capital; en 1964 es bruscamente destinado a Tarasovka, y por fin en 1970 es enviado a Novaia Derevnia, donde ejercerá de vicepárroco el resto de su vida.

Doctor en teología, apologeta y estudioso de la Biblia, el padre Alexander comienza a publicar en 1959 en la revista del Patriarcado de Moscú y en algunos periódicos religiosos a los que Stalin había permitido reabrir en la posguerra. Sin embargo, a causa de la censura existente en la URSS, sea por la industria editorial del Estado o sea por las pocas cabeceras concedidas a la Iglesia ortodoxa, de hecho su vasta producción deberá circular sólo clandestinamente. La característica principal de su actividad teológica y científica es su nexo inseparable con su celo pastoral: en los años de su ministerio sacerdotal escribe numerosos libros de introducción al cristianismo, de historia de las religiones, un diccionario bíblico —todos concebidos como instrumentos de anuncio, nacidos de la provocación de la necesidad humana que el padre Alexander observa a su alrededor, y que le reclama a acompañar y a bautizar a miles de personas.

Trabajador infatigable, también durante los desplazamientos en tren hacia casa, la iglesia y sus trabajos y reuniones en la ciudad constituyen ocasiones para leer, o bien preparar una lección o responder a una carta, apoyándose en su inseparable cartera siempre llena de papeles. Tiene el don de saber expresarse en un lenguaje comprensible a las nuevas generaciones educadas en el ateísmo: no tiene nada de académico en sus escritos, científicamente fundados por otra parte, que son una suerte de prolongación, un extender la mancha de aceite de su testimonio de fe y de su labor misionera. Repite a menudo, con su cautivadora, divertida sonrisa: «Mirad, más que hablar escribo, después el libro se difunde y trabaja por mí —y yo mientras tanto descanso...».

«El Hijo del Hombre»

Esto que el padre Alexander testimonia, con infantil sencillez y conciencia adulta, es «Cristo todo en todos». De aquí surge su libro El Hijo del Hombre, sobre el que trabaja casi cuarenta años y alrededor del cual se ordena su vasta producción.

Ya con catorce años comienza a esbozar un libro sobre Jesús, que continúa durante los estudios superiores: sobresale en él su relación personal con Cristo y a la vez se documenta la historicidad de la figura del Salvador. Pondrá en circulación el texto en el año 1958, para sus feligreses, y concluirá la última redacción —la cuarta— pocos días antes de morir. El Hijo del Hombre se difunde al comienzo a través del samizdat; en 1968 se imprime en Bruselas (bajo el seudónimo de A. Bogoliubov) y después es enviado clandestinamente a la URSS; más tarde, durante la perestroika, será distribuido a través de los canales de distribución de libros, en conjunto más de tres millones de copias.

Alrededor de este tema central, el padre Alexander concibe y desarrolla un gran proyecto editorial en seis volúmenes, que llevan por título En busca del Camino, la Verdad y la Vida, y constituyen una clase de curso de reflexión cristiana sobre la historia de la religiosidad humana, como expresión del sentido religioso innato del hombre que encuentra la última respuesta en la Revelación, en Cristo y en la Iglesia.

«Creo que fue Cristo mismo quien le indicó cómo debía hablar a la gente, Él que había dicho a sus discípulos: 'A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del Reino de Dios, pero a otros sólo en parábolas' (cf. Lc 8,10) —dirá el arzobispo Mijaíl Mudiugin—. Era esta disponibilidad del Salvador de ponerse al nivel de la gente, de sus exigencias y de sus posibilidades la que el padre Alexander ha imitado, elegido como camino... Comprendía muy bien la importancia de la razón, más allá que la buena voluntad... No basta inflamar los sentimientos de piedad y de entusiasmo: el cristiano debe tender hacia Dios con todas las energías que tiene, luego también con la razón...».

No es casual que el padre Alexander haya dedicado su primer libro El Hijo del Hombre a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Es Cristo la piedra angular de su ministerio y de su creatividad. En sus obras impresiona, sobre todo, la centralidad de Cristo. También cuando no tratan directamente de la doctrina cristiana (por ejemplo los escritos sobre religiones antiguas), están todos impregnados de su visión de la centralidad de Cristo, de los luminosos rayos de Cristo que vivía en él y derramaba la gracia sobre sus lectores, del mismo modo que a cuantos le oíamos hablar... Cada gesto suyo respondía a un único fin, conducir a los hombres al

encuentro personal con Cristo, infundir el amor a Cristo.

No resulta difícil entender el entusiasmo del padre Alexander cuando —ya estaba en marcha la perestroika— pudo ver los volúmenes del Curso Básico de Cristianismo de don Giussani, en particular la primera traducción rusa de El sentido religioso, de la que aceptó escribir el prólogo.

En él se lee, entre otras cosas: «Este libro se presenta a los hombres de hoy que se preguntan seriamente sobre el significado de la vida... Es un libro que habla del Esencial... No aconsejaría su lectura a quien está habituado a quedarse en la superficie del texto, a quien está acostumbrado a libros 'ligeros' o a fórmulas religiosas al uso. El autor es un serio y exigente interlocutor, que desea seguir, con paciencia, sin prisa, con atención en el desarrollo de su pensamiento, paso a paso. Y otra cosa, como anotación al margen. A pesar de que este libro sea dedicado a la religión, el lector no encontrará intenciones de comunicar una experiencia mística o reflexiones sobre ella... Don Giussani nos guía siguiendo el instrumento de la razón. Nos invita a no renunciar jamás a la razón, gran don de Dios, sino a usar todos los recursos para aproximarnos a la Realidad última...Uno de los elementos más fascinantes de este primer volumen del Curso Básico de Cristianismo de don Giussani es su sinceridad, la lealtad intelectual, la transparencia. El autor siente un gran respeto por el lector, le hace de interlocutor, le introduce confiadamente en el laboratorio de sus propias ideas. Lo hace partícipe del intenso y a la vez grato y noble trabajo del pensamiento, en la búsqueda del Espíritu».

Nace la comunidad

«Cuando fui ordenado sacerdote busqué hacer de la parroquia una comunidad y no solamente una agregación casual de personas casi desconocidas entre sí. Busqué hacer algo de modo que sus miembros se ayudaran los unos a los otros, que oraran juntos y juntos estudiasen la Escritura, que se participase en el conjunto».

El modelo en el que el padre Alexander se inspira para su ministerio son las comunidades apostólicas, que describe con su acostumbrada franqueza y profundidad: «Frecuentemente nos imaginamos las primeras comunidades cristianas como una reunión de santos. En realidad, también entonces tenían pasiones, debilidades, incluso entonces sufrían las caídas y las crisis que entristecen hoy a nuestra Iglesia. Sin embargo ella ha triunfado, a pesar de todo. Leed los Hechos de los Apóstoles y

veréis cuántas discordias atormentaban la Iglesia de los orígenes. Por esto no debemos perder el ánimo, sino mirar hacia adelante con esperanza».

Su constante preocupación es el testimonio. Las prohibiciones del Estado soviético no son capaces de intimidarlo. Repite a menudo: «El momento más difícil para la Iglesia será cuando nos permitan hablar. Entonces nos avergonzaremos de no estar preparados para dar testimonio, y desafortunadamente no nos estamos preparando para hacerlo...». O bien: «Cuando tengamos algo que decir Dios nos dará una tribuna, incluso hasta la televisión...».

Su capacidad de acoger a todos es sorprendente, a veces parece hasta «escandalosa», como testimonia de nuevo Ulitskaya: «Alrededor del padre Alexander se arremolinaba una multitud de personas de lo más variopinto: ancianas y anhelantes matronas, presuntos intelectuales, adolescentes vanidosos, genios incomprendidos y toda una legión de infelices mujeres de todas las categorías (mujeres abandonadas, novias desilusionadas, madres humilladas). Se presentaban ante él movidas por búsquedas interiores, o, más a menudo, simplemente agobiadas por el propio dolor, pidiéndole a su vez lo que él tenía: fe, libertad, alegría. Una vez, por juventud e inexperiencia, le pregunté por qué tenía siempre detrás a toda esa gente tan extravagante, un poco enloquecida. Él era tan magnánimo, tan capaz de leer lo más profundo, que no me hizo ningún reproche, pero se limitó a decirme que Cristo ha venido para los pobres y los enfermos, y no para los ricos y los sanos. Después de algún tiempo, comencé a intuir lo que estaba por debajo de eso: él amaba como 'prójimos' a todos aquellos que llegaban, sin elegir a los mejores; amaba a todos los que tenían necesidad de él. Era su pueblo, su gente: bárbaros, ignorantes, moralmente inmaduros, pero eran suyos. Gente que se arremolinaba a su alrededor día y noche. Que le llamaba por teléfono, le escribía, llamaba al timbre. Y él siempre estaba allí, para acoger a todos 'en el mismo umbral' —como me decía de él una vieja amiga ya fallecida, que sabía bien qué es la 'Puerta de los pecadores'...».

Paulatinamente los encuentros informales en casa del padre Alexander o en las de sus feligreses se transforman en reuniones semanales en pequeños grupos (aunque en la Unión Soviética todas las reuniones de carácter religioso con excepción de las celebraciones de culto estaban expresamente prohibidas por las leyes). Son grupos centrados en la oración común y la ayuda fraterna, según las exigencias de los participantes: hay quien se prepara para el bautismo, quien profundiza en el estudio de la Biblia o la historia de la Iglesia y cosas así. La comunidad se reunía después semanalmente en Novaia Derevnia para la liturgia.

Nace la Iglesia: «Quiero deciros una última cosa. Muchas veces me he preguntado: 'La doctrina de Cristo es estupenda. El Evangelio es una cosa maravillosa. Pero la Iglesia ¿dónde se encuentra? Tiene tantos aspectos negativos...'. Sí, lo negativo que tiene y que ha tenido. Pero antes de decir esto y de rechazarla, deberíamos recordar que la Iglesia es de Cristo. Es Él quien la ha fundado hace dos mil años, y Él el que ha dicho que las puertas del infierno no prevalecerán, es Él quien está presente en ella y lo estará hasta el fin del mundo. Si es así, significa que Él no ha deseado que nosotros encontráramos la Verdad en soledad, cada uno en su pequeño mundo aislado, sino que ha querido que la halláramos juntos. Ciertamente, es un camino arduo, porque toda sociedad humana encierra en sí misma tentaciones, peligros, roces. Pero así lo ha querido Él. Repito una vez más, ésta es Su voluntad. Su Iglesia, Su Espíritu, presente en ella incluso hoy, aquí y ahora».

El anuncio en el mundo

En los años de la perestroika la actividad educativa del padre Men se intensifica: conferencias, clases en las escuelas, intervenciones en la radio y en la televisión. En 1987 la revista de teología del Patriarcado de Moscú publica un artículo suyo (¡después de veinte años!), y el 11 de mayo de 1988 el padre Alexander desarrolla su primera clase pública, en la Casa de la Cultura del Instituto del Acero de Moscú. Tras tantos años de ateísmo científico, que un sacerdote se ponga en la palestra ante un grupo de estudiantes y profesores hablando de fe, cultura y ciencia es un hecho inaudito. Cuando más tarde, en octubre, es invitado a hablar en una escuela de la capital, hasta el periódico Izvestia publica la noticia. En los últimos dos años participa en alrededor de doscientas conferencias públicas, entre las cuales se encuentran diversos ciclos sobre la Biblia, la historia de la Iglesia, las grandes religiones de la humanidad, los pensadores rusos, el comentario del Credo.

«El padre Alexander hablaba de forma maravillosa... En su hablar, sea desde el púlpito o desde la mesa, no tenía nada de mecánico, aunque estuviese obligado a repetir los mismos conceptos una y otra vez... Era evidente que conseguía su propia fuerza de algo diferente, era un desprendido intermediario entre la Instancia suprema y los fieles. Era incansable: además del acostumbrado trabajo pastoral lograba visitar a los enfermos, dar la comunión a los moribundos, desarrollar seminarios, responder a las cartas... Llevaba siempre consigo la alegría y sabía compartirla con los demás —recuerda otra vez Liudmila Ulitskaya—. El cristianismo del padre Alexander era alegre. Era ortodoxo, de una ortodoxia que se dirige directamente a la fuente, a Cristo

mismo. Conocía perfectamente la historia de la Iglesia, y los dos mil años de cristianismo histórico con sus errores... no constituían para él en absoluto un inconveniente... No le impedían ser quien era, un transbordador hacia la ribera, hacia una playa donde arde un fuego sobre el que se asan algunos peces y el Resucitado está sentado allí al lado, esperando a sus discípulos».

El ecumenismo es, para el padre Alexander, la dimensión natural del cristianismo: de aquí su capacidad para valorar todos los aspectos de la cultura humana, de reconocer el soplo del Espíritu en cada cosa. Por ejemplo, relee atrevidamente en clave religiosa una novela discutida y a menudo considerada «poco ortodoxa» como El maestro y Margarita, de Bulgakov. O bien, traduce El poder y la gloria de Graham Greene, donde el protagonista, un cura mejicano perseguido por el régimen, también en sus atormentadas vicisitudes deja un «testimonio», como subraya el padre Men en la introducción: «Greene hace lo imposible para quitar al martirio toda aureola... el que en la novela se narra es lo opuesto de la leyenda devota que la madre católica lee a sus hijos. Sin embargo, siguiendo una voz interior, el protagonista recorre su propio camino hasta el fin. No se considera un confesor de la fe. Sino que simplemente dice que en él hay algo que tiene más poder sobre él que él mismo. Es aquí, en esta humilde fidelidad donde se encuentra el triunfo de Cristo. Su fuerza es Su gloria».

Dirá también: «... No tenemos el derecho moral a declarar que una persona no es creyente. Yo, por ejemplo, estoy convencido de que Albert Camus fue creyente. Formalmente se mantenía ateo, pero en la profundidad de su espíritu vivía con absoluta evidencia el ímpetu religioso. Lo mismo puede decirse de Nietzsche y de muchos otros. Por el contrario, nosotros somos personas que deseamos tenerlo todo definido o hasta nos ocupamos de la teología, pero en la prueba de los hechos la temperatura de nuestra fe no supera los treinta y tres grados y medio...».

En mi opinión, todo aquello que es bello procede de Dios. El hombre puede no reconocerlo, puede permanecer ateo, pero si hace algo bello, esto es de todos modos un don de Dios, un don de Dios ofrecido secretamente... Esto es válido para todos los temas: existen las representaciones de la Virgen en las que el aspecto espiritual está totalmente ausente, mientras se ven paisajes o bien obras abstractas o simbólicas sin ningún contenido religioso, que están impregnadas de religiosidad... Poco importa que se trate de un paisaje, de un jarrón con flores o de una naturaleza muerta: todo depende de lo que hay en el alma del que lo crea... Podemos estar seguros de que todo aquello que de perfecto y de espléndido hay en la naturaleza y en el arte saltará al reino de Dios, donde la belleza y la armonía serán plenamente manifestadas.

Al contrario, el padre Alexander observa con temor la reducción ritualista de la fe, las tentaciones de transformarla en ética, en atributo de una identidad nacional, que se comprueban tras la caída del régimen, cuando la religión se convierte de improviso en una moda y salta al escenario de los medios de comunicación: «Todo esto no tiene mucho que ver con la fe... El Estado está desorientado, con la ayuda de la Iglesia podría restablecer las normas morales. Notad, sin embargo: ninguno, ni incluso los obispos que aparecen en la televisión, predica a Jesucristo, Dios; ninguno habla de lo esencial en lo que creemos... Debemos apresurarnos a transmitir a los hombres el auténtico mensaje de Cristo, no estos sucedáneos».

El milagro de la unidad

El ardiente, apasionado deseo de que «todos sean una sola cosa», según la oración de Cristo, es tal vez el tormento más profundo del padre Alexander. Durante los años en los que no existe ninguna estructura católica en la Unión Soviética hace de padre espiritual para muchos católicos, conduciéndoles en su búsqueda hasta el umbral de los sacramentos, y después ayudándoles en su camino de fe. Entrando en su despachito se respira el aire de la Iglesia indivisa del primer milenio: alrededor del icono de la transfiguración se ven fotografías de santa Teresita, del Papa, de Dante Alighieri, Soloviev... por no hablar de los libros en las estanterías o apilados sobre la escribanía y en el suelo, donde los autores católicos ocupan un puesto de honor junto a los Padres de la Iglesia y a los teólogos ortodoxos. Fue él quien tradujo al ruso libros como Dios y su imagen de Barthélemy, o Páginas difíciles de la Biblia de Galbiati.

El padre Alexander, por otra parte, nos ha dejado, de cosecha propia, una cantidad de apuntes, cartas, conversaciones dedicadas al tema de la unidad, en las que su percepción es sinfónica, multiforme, omnicomprensiva y exigente a la vez: «El cristianismo, unitario en espíritu, unitario en su raíz, unitario en su fundamento místico divino-humano, a nivel humano, intelectual y social es multiforme. La humanidad no evoluciona de modo unívoco, cada pueblo crea una cultura propia. También la Iglesia, cuyos ritos están ligados a la cultura, como organismo divino-humano puede tener rostros diferentes. El cristianismo ha sido multiforme desde el origen. Pero la estrechez y el límite humano, que tal vez no serán superados ni tras miles de años, terminaron por crear divisiones en la Iglesia, basadas en problemas realmente efímeros, como la forma del rito, la forma de los ornamentos, el modo de hacer la señal de la cruz y cosas así. La Iglesia cristiana no es una comunidad fundada sobre la cultura, ¡es la Iglesia de Cristo! La fe cristiana no es reducible a usos

religiosos. También, teniendo consideración por los valores culturales, los cristianos saben que el cristianismo es mucho más que cualquier cultura, es mucho más profundo que cualquier tradición».

Y todavía: «Desde hace mucho tiempo la gente se mueve entre una cerrazón nacional y una homologación despersonalizadora. También los cristianos, a su vez, se encuentran delante esta difícil alternativa. ¿Cómo conciliar las palabras del Apóstol 'no hay ni judío ni griego' con la multiculturalidad? El deseo de tutelar el patrimonio nacional desemboca a menudo en una hostilidad hacia todo aquello que es extraño. Con frecuencia se considera verdadera sólo una de las formas en las que ha sido encarnado el cristianismo, es decir la propia. Cuando se destruye la florida polifonía de la Iglesia estallan los conflictos, rivalidades, cismas. La tendencia opuesta a la homologación conduce a la tentación de reducir o ignorar la irrepetible belleza de cada rostro histórico de la Iglesia.

»En realidad el cristianismo histórico se parece a un monte cubierto de bosques, arbustos, prados y glaciares, que constituyen en conjunto su envoltura y aún con esto alcanza una unidad particular. No podemos esperar que la luz del Evangelio se refleje por todas partes del mismo modo. Llegando al corazón de los diversos pueblos, ello crea paisajes espirituales siempre nuevos. Es interesante observar cómo el cristianismo no ha generado una única cultura, como ha sucedido, por ejemplo, en el budismo o el islam. La teología de san Agustín y santo Tomás, los iconos rusos y el gótico son sencillamente diferentes formas de la creatividad cristiana en diversos ambientes y períodos. El pluralismo no anula el principio de unidad, al contrario: cuanto más rica y variada es la vida de la Iglesia, se convierte en más urgente la necesidad de un tronco unificador. Este tronco lo forman las fórmulas doctrinales y la disposición canónica de la comunidad».

«Para custodiar esta unidad lo fundamental es la apertura de corazón que nos permite ver hermanos en la fe también en aquellos que profesan de forma diferente la fe en Cristo Salvador y en el Verbo divino que se nos ha transmitido en la Biblia. Debemos mirarlos con benevolencia y paciencia, recordando siempre las palabras de san Agustín: 'En lo esencial unidad, en lo dudoso libertad, en todo caridad'. Estando adheridos firmemente a la tradición de la propia Iglesia, no debemos despreciar y humillar a los otros, porque todas las divisiones tienen un origen terreno, humano, mientras a los ojos de Dios todos somos hijos suyos, redimidos por la sangre de Cristo».

Hay un nivel de intimidad en la relación con Cristo que permanece misterioso, siempre en la vida de cada hombre. Pero el padre Alexander ha entregado a sus hijos espirituales algunas oraciones que dejan entrever algún reflejo de la luz que inundaba su alma, y que él entregaba infatigablemente, abundantemente, sobre todos.

«Te amo, Señor,
te amo más que a cualquier otra cosa en el mundo,
ya que Tú eres la verdadera alegría, mi alma.
Por amor a ti, Señor, amo a mi prójimo como a mí mismo».

«Haz oh Señor que todas las obras
que realizaré hoy
sean para tu gloria.
Haz que todos mis pensamientos y mis deseos
sean conforme a tu voluntad».

EN EL SIGNO DE DOS ESTRELLAS
María Yudina

Eran dos las estrellas que la guiaban, la música y Dios. Sin embargo, en los últimos años decía con frecuencia que había que invertir el orden, primero Dios y después la música.

La música era un vínculo vivo, personal con Dios, un don extraordinario del que María Yudina era muy consciente, con la determinación que le caracterizaba. Le escribió a Prokofiev en 1965: «Conozco (en la medida de lo posible) mis pecados y mis debilidades, pero tengo la osadía de pensar que pertenezco a la misma familia de la que dice Dostoievski: 'Necesitaría cortar la lengua a Cicerón, sacar los ojos a Copérnico, lapidar a Shakespeare, para conseguir que no sobresalieran de la masa'. Soy la última de la lista, el farolillo rojo, pero —La Virgen me perdone— estoy también emparentada con ellos, si no es por mis propias dotes al menos por el impulso a 'osar'...». Por otra parte, era bien consciente de que se trataba precisamente de un «don», que está dispuesta a compartir generosamente con todos. Le gustaba citar los versos de Pasternak sobre el artista: «Transfigurada desde su paleta/ brota la vida, el hoy y el pasado...». Así era para ella: al toque de sus dedos («garras de águila», lo definió Shostacovich) las teclas del piano evocaban otro mundo, transfigurando la realidad de miserias y pequeñeces, infundiéndole significado y esperanza, dándole la belleza.

Ha sido la pianista más grande de Rusia en el siglo XX, desconocida en Occidente y marginada en su patria —donde también era considerada un prodigio de perfección musical y técnica— a causa del ostracismo del régimen, que tenía miedo de su fe sin reservas, además de su temperamento indómito y de su independencia de puntos de vista. A un conocido suyo, que había hecho carrera en el partido, y que un día había dicho de ella con pena: «Ah, María Veniaminovna, es una música muy famosa, en sus conciertos se cuelga el cartel de 'completo', no se preocupa de los bienes terrenales, es democrática en todo y para todo, la haríamos triunfar si sólo... ¡si sólo no creyese en Dios!», le había respondido irónicamente: «¡No se dará jamás el caso que me hagáis

triunfar, Pavel Fedorovich! ¡No renegaré de la fe en Dios! Seréis vosotros, en cambio, quienes os convertiréis a la fe». Para su fama y su carrera no habían tenido jamás demasiada influencia. En 1968, después de la enésima «caída en desgracia», viéndose alejada de las salas de conciertos y constatando la indecisión de sus amigos a interceder por ella, concluiría: «Evidentemente han preferido soslayarlo. Dios les perdone. También ellos se encuentran en aguas cautivas. Será Dios mismo quien diga la última palabra sobre aquel que ha impedido mi música para vosotros, gente».

«... la iluminación que me sorprenderá»

María Veniaminovna Yudina nace el 9 de septiembre de 1899 en Nevel, no muy lejos de Vitebsk, patria chica de Chagall y Malévich, en la familia de un médico judío. Crece en el seno de una familia numerosa (seis hijos), en un ambiente de apertura cultural y religiosa: más allá de las numerosas iglesias ortodoxas y católicas, que constituían la arquitectura dominante de la ciudad, existían quince sinagogas, para una población de rusos, polacos y judíos. El 6 de septiembre de 1941 todos los judíos de la ciudad serían fusilados por los nazis a las afueras de Nevel en la localidad llamada Golubaya Daca (Dacia Azul).

El talento de la niña de doce años es descubierto por una famosa pianista alumna de Rubinstein. Así, en el verano de 1912, Veniamin Yudin acompaña a su hija a San Petersburgo y la inscribe en el Conservatorio, donde María estudiará durante cinco años con los músicos más virtuosos del momento, siguiendo cursos de piano, órgano, instrumentos de percusión, y también cursos de dirección de orquesta y de teoría musical, que ponen en evidencia su tendencia innata a un profundo trabajo intelectual. La vuelta a Nevel, en 1917, viene forzada por la enfermedad y posterior muerte de la madre. Durante estos años María continúa estudiando en privado, a veces interpreta conciertos en Vitebsk y Nevel, y entretanto enseña en la escuela. Son años de ávidas y amplísimas lecturas de carácter filosófico y teológico —de Platón a los Padres de la Iglesia (entre los que están Agustín y Tomás de Aquino), a los filósofos alemanes y rusos—. Se apasiona en particular por la poesía, desde Pushkin y Tutchev hasta los simbolistas rusos.

Su diario de adolescente refleja las inquietudes y la atormentada búsqueda que la llevaría, veinte años después, al bautismo en la Iglesia ortodoxa. Una búsqueda que nace del estremecimiento por la belleza. «Conozco un solo camino que lleva a Dios, el arte», escribe el 30 de agosto de 1916; y pocos meses después, el 12 de noviembre: «No

quiero afirmar que mi camino sea universal, sé que existen otros. Pero siento que sólo éste es para mí; Dios, el Espíritu se me revelaron por primera vez a través del arte, a través de una de sus expresiones —la música—. ¡Ésta es mi vocación! En esto creo y creo también en la fuerza que me ha sido dada al recorrerlo. Debo adentrarme sin fin, incansablemente por el camino de la contemplación, recogerme para recibir la luz que un día me sorprenderá. Éste es el sentido de mi vida aquí; soy un eslabón en la cadena del arte». Ni un año después el binomio es literalmente invertido: «¿La fe? Sí. El arte es sólo un camino, sólo un eslabón. El fin último de cada camino interior es la fe, es la resurrección universal. ¿Señor Dios mío, verdaderamente se alcanzará el bien supremo y la fe me acogerá en el recinto sagrado? ¡Señor, cómo deseo Tu luz, cómo te anhelo en la oscuridad!» (septiembre de 1917). Y el 4 de febrero de 1918 la alegría del encuentro con la fe se traduce en la conciencia de ser llamada a vivir y testimoniar una nueva estatura humana: «Quiero mostrar a la gente que se puede vivir sin odiar, también siendo libres e independientes. Sí, quiero mendigar ser digna de mi voz interior... Necesito crecer hasta mi real y propia estatura, invirtiendo todas mis energías».

Más tarde, hablando de su conversión, su antiguo conocido Sergei Trubacev dirá: «María ha abrazado el cristianismo conscientemente, siguiendo el imperativo del corazón. Toda su vida posterior ha sido arrebatada para cumplir su propia fe y su vocación artística, que concebía como una misión de testimonio, como un anuncio de la Verdad que profesaba. Por esto sus conciertos eran fuera de lo común, los asistentes lo percibían como una especie de 'acción litúrgica'«.

El camino de María hacia la fe, que culminó con su bautismo el 2 de mayo de 1919, fue iniciado en los años petersburgueses, a través del encuentro con la que sería su madrina de bautismo, Eugenia Otten, y el célebre filósofo y crítico literario Mijaíl Bakhtin (que continuará unido toda la vida a María por una profunda amistad), ambos miembros de un círculo filosófico-religioso llamado «Resurrección» del que también María entra a formar parte en 1918.

La suya es una generación animada de vibrantes ideales, como recordará a una distancia de cuarenta años: «Creíamos tener alas en los pies, nos sustentábamos de la gratuidad, la pobreza, del lejano estruendo de la guerra civil que incendiaba otras regiones de nuestro país —y si queremos de romanticismo, de una convencida y armónica idealización de acontecimientos y personas, a través de las cuales nos contemplábamos los unos a los otros—; en el centro, para todos y para cada uno estaba la búsqueda de la verdad... No nos seducía la tranquilidad, no nos importaba

acomodarnos o ponernos al lado de algo; nos bastaba un poco de pescado seco y hogaza de piel de patata, alpargatas y vestidos humildes... nos levantábamos y nos acostábamos con la poesía —quien con la poesía, quien con la música...».

«Ella ostenta su religión...»

En 1920 la joven pianista vuelve a Petrogrado, retoma los estudios de especialización en el Conservatorio y en paralelo frecuenta la Facultad de Historia y Filología. Ya en 1921, después de haberse diplomado con la medalla de oro, es invitada a enseñar en el Conservatorio, y en junio de 1923 le es concedido el título de «profesora» (será el único título que Yudina aceptará y mantendrá durante toda su vida).

Los años de 1923 a 1929 son un período de intenso trabajo tanto en el ámbito de la enseñanza (educa a una generación entera de grandes pianistas), como en la interpretación de conciertos, donde la interpretación de Yudina (que alcanza su cima en la ejecución de Bach) es recibida unánimemente como un fenómeno artístico extraordinario. Sus compositores predilectos, además de Bach, son Beethoven, Schubert, Schumann y Brahms, y entre los contemporáneos toca Stravinski, Hindemith, Casella y Simanovski. Su apartamento sobre el río Neva se convierte en un punto de encuentro y lugar de animadas veladas literarias y musicales. Su círculo de amistades incluye también exponentes del mundo del arte figurativo (Favorski, Bruni, Filonov, de quien recibirá nada menos que clases de diseño): las artes figurativas, como la poesía, la arquitectura y después el teatro, tendrán una gran influencia sobre su modo de interpretar la música, no es extraño que en sus escritos compare muchas veces la música con la pintura de iconos.

No obstante, en los años veinte se operan también cambios históricos suscitados por el nuevo régimen. «La universidad se despoblaba —recordará todavía Yudina—, nuestros docentes enseñaban hasta el final, hasta el último momento en el que era suprimida su asignatura o ellos mismos, mientras la universidad no les apartaba, forzándoles a buscar otros medios de emplear su inteligencia y su vasta cultura. Un trozo de pan, aunque sea duro, era también necesario para ellos, para sus familias...». En particular, sobre la Iglesia se abate una terrible represión y, no menos doloroso, un cisma provocado en su interior por el régimen.

María Yudina no se deja asustar, frecuenta mientras es posible el único Instituto de teología y pastoral que ha permanecido temporalmente abierto en Leningrado, y,

como tantos otros jóvenes que en los mismos años de la revolución habían encontrado la fe, vive estos dramáticos sucesos «con la misma ansiedad de la época de los Concilios Ecuménicos». Más tarde recordará: «Cantaba en el gran coro de la iglesia de 'la Resurrección sobre la Sangre', y he podido ser testigo presencial de las nuevas ordenaciones que se sucedían cada domingo —un número inagotable de jóvenes sacerdotes y diáconos, cada uno de los cuales probablemente sabía bien que iba al encuentro de la muerte, o al menos de grandes tribulaciones... Estaban allí también prelados ancianos, maduros, de los que sólo se puede hablar con grandísima veneración...».

En 1927 conoce al padre Pavel Florenski y su familia; María mantendrá también con ellos una amistad fiel durante toda la vida. De él, fusilado en 1937 después de años en campos de concentración, escribirá: «No soy digna de hablar del padre Pavel, pero tengo la obligación de dar testimonio de la enorme genialidad, la amplitud de sabiduría universal, los horizontes de ilimitada paciencia y humildad que Dios pudo reunir en un hombre, en éste, que también durante pruebas terribles y suplicios de muerte es capaz de irradiar paciencia y presencia de ánimo... El padre Pavel me ha oído y escuchado atentamente tantas veces, apreciaba mis interpretaciones, siempre me ha rodeado de su cariño y... ¡de compasión! ¡No significan nada tantas 'repulsas', mis 'caídas en desgracia', en comparación con su amistad!».

El mismo padre espiritual de María, Fedor Andreev, muere en 1929 a los cuarenta y dos años, después de su arresto y reclusión en una cárcel de la GPU. Yudina logrará aliviar al menos la suerte de su mujer, obteniendo que la condena a cárcel sea conmutada por la de deportación, y en 1931 irá a visitarle a Alma-Ata, en Kazajstán. En diciembre de 1928 también su comunidad «Resurrección» es dispersada, y entre otros son arrestados Eugenia Otten y Mijaíl Bakhtin. Aunque en un cierto momento se haya expedido una orden de arresto también en su contra, la pianista escapa de la reclusión gracias a su notoriedad, a sus lazos de amistad con músicos de fama mundial, a las numerosas invitaciones que le llegan desde el extranjero para dar conciertos (y que está invariablemente obligada a rehusar). Esta «impunidad» Yudina la pone al servicio de sus propios amigos, logrando, por ejemplo, mejorar la situación de Bakhtin. Mientras tanto, en enero de 1929 firma su debut triunfal en Moscú, que le valdrá el entusiasta reconocimiento de Pasternak y Meyerhold; le seguirán afortunadas «tournées» por Kiev y Tbilisi.

En estos años se forja un lema que mantendrá durante toda su vida: «Llevad el peso los unos de los otros y cumplid así la ley de Cristo» (Gal 6,2). Se enorgullece de

profesar siempre abiertamente sus propias convicciones. Después escribirá: «A veces también los buenos, sinceros cristianos me decían: 'Usted exhibe, ostenta su religión'. No es verdad. El Evangelio es infinito. Y cada uno, instintiva o conscientemente elige una frase 'guía'. Por ejemplo, dentro de mí oigo resonar las palabras: 'A quien me niegue, también yo lo negaré en el último día'. Pero para mí es una cosa sencillísima, innata, no tengo una pizca de 'mérito' en todo esto...».

Su sinceridad no podía quedar sin consecuencias: a una campaña denigratoria en la prensa sobre la «profesora religiosa», el 6 de mayo de 1930 sigue el despido del conservatorio de Leningrado. La cuestión es comprensible: ¿cómo comportarse con esta «profesora rebelde», que analizando a Bach titula los particulares «ejercicios» «los apóstoles en camino», «la curación del leproso» y cosas así. Más tarde una alumna suya recordará: «Los temas evangélicos llenan la música de Bach. Bastaba que María Veniaminovna dijese el título, y de repente nosotros, involuntariamente, escuchábamos de diferente manera, bajo el influjo del significado de los episodios evangélicos».

En 1932 el conservatorio de Tbilisi le abre las puertas; al año siguiente se traslada a Moscú, donde toca como solista en la orquesta radiofónica y en 1936 es contratada por el Conservatorio; en los mismos años, el encuentro con un estudiante de la clase de piano, Kirill Saltykov, se transforma gradualmente en amistad y en amor. En vísperas de la boda, en 1939, Kirill, que es también alpinista, perece durante una excursión en la montaña. La tragedia personal de María, que permanecerá para siempre fiel a Kirill y atenderá a su familia como a sus propios padres, se une con la tragedia de las represiones estalinistas que arrastran al gulag a tantos amigos suyos, y con la tragedia de la guerra.

La pianista y el dictador

Durante la guerra María Yudina, impedida para partir al frente en calidad de enfermera o intérprete como habría deseado, da prácticamente a diario conciertos benéficos y toca en la radio. Pasa casi todo 1943 en el frente, en la Leningrado angustiada por la tenaza de los alemanes, tocando en las salas de la ciudad.

A estos años se remonta probablemente un episodio legendario narrado por Shostacovich, con quien la pianista hace amistad precisamente en las dramáticas circunstancias de la guerra. Stalin escucha en la radio el Concierto n. 23 K 488 de

Mozart ejecutado por Yudina y queda por ello tan impresionado que pide inmediatamente el disco, que sin embargo no existe porque el concierto había sido transmitido en directo sin grabación alguna. Evidentemente, para los responsables de la radio no era posible deshacerse en explicaciones a Stalin sobre la escasa ortodoxia política de la pianista, que desaconsejaba su difusión en el mercado: María es convocada urgentemente con la orquesta en los estudios radiofónicos y en una noche el concierto es grabado, unos pocos ejemplares del disco editados y entregado al ilustre admirador. Stalin es generoso y hace llegar a Yudina veinte mil rublos, una cifra escandalosa para la época. Y ella le responde: «Le agradezco su ayuda, Iosif Vissarionavich. Rezaré día y noche por Usted. Y le pediré al Señor que perdone sus graves pecados contra el pueblo y la nación. Dios es misericordioso, le perdonará. El dinero lo entregaré para la restauración de la iglesia a la que voy». Una respuesta que habría podido costarle la vida. En cambio, no le es tocado un cabello. Se dice que el disco con el concierto de Yudina estaría en el gramófono de Stalin cuando le encontraron muerto en su dacha.

La particular fascinación de Yudina como pianista se encuentra sobre todo en el hecho de que en ella no están simplemente los conciertos, sino «el acontecimiento de una experiencia interior», haciendo emerger la «más preciosa capacidad innata de conocer que encierra tanto el intérprete como el oyente, esto es, el estupor». Es éste un testimonio que se repite habitualmente en los escritos y en la memoria de cuantos la han conocido, y esto es lo que impresiona y fascina a los oyentes más dispares.

Por ejemplo, el crítico musical Bogdanov-Berezoski evoca sus conciertos como una especie de representación sagrada: «Cuando esta mujer, de peinado lacio que le enmarcaba el rostro absorto, subía al escenario con un largo vestido oscuro, austero, sin ningún adorno, inmersa en su mundo interior, se sentaba al piano, limpiaba con un pañuelo sus manos y el teclado y luego hacía una prolongada pausa, parecía un rito de preparación a algo importante, a algo que superaba los criterios de orden puramente estético para hacer emerger en primer plano un pathos moral. Del mismo modo eran recibidas sus alocuciones, su palabra de testimonio en oyentes de tendencias, gustos y opiniones diversos. Se esperaba una catarsis purificadora y no quedaban decepcionados en esta espera».

La escena es realmente para María Veniaminovna una ocasión de testimonio, de anuncio: habla del significado de la música y de los autores que propone, lee poesías, sabiendo siempre que esta libertad tiene un alto precio. Leemos en su diario: «Una noche en la que el público se obstinaba en no querer levantarse al término de un

concierto mío en la sala Glinka, después de haber tocado ya varios bis salgo por enésima vez y ¡los veo a todos sentados! '¿Pero están todavía aquí?', pregunto; ¡y todos de nuevo a aplaudir! Entonces digo: 'En este caso les recitaré unas poesías'. Y recito Zabolocky... y luego Pasternak... y se levanta otro huracán de aplausos... Pero a causa de la cerrazón de alguno se vengaron de mí y se interrumpieron mis conciertos en Leningrado...».

«En los años en los que la palabra era casi completamente silenciada —recuerda así Sergei Averincev los tiempos de su juventud—, ¡cuánto significaba para nosotros la música! Era 'aire robado' de la cultura mundial, nada más y nada menos. Cuando íbamos a oír a los grandes pianistas del momento, no era cuestión de deleite estético, sino la misma posibilidad de continuar viviendo».

La virtud de la amistad

Como se ha dicho, el primer encuentro con Pasternak ocurrió en 1929. Éste, arrastrado por un amigo al concierto del 16 de enero, queda deslumbrado por la música de Yudina pero también enormemente confuso porque reconoce en la pianista la mujer arruinada, «con un par de zapatos andrajosos y una blusa más que modesta», que algunas semanas antes se había dirigido a él para pedirle traducir las poesías de Rilke que —así le había dicho— le servían para el trabajo en el Conservatorio; entonces le había respondido con evasivas, considerándola una extravagante y preguntándose como haría para pagarle el trabajo. Ahora, durante el entreacto del concierto, le manda una nota: «Perdóneme, no sabía quién era Usted. Escríbame, traduciré todo lo que quiera».

También de este encuentro nacerá una duradera amistad, durante la que ambos artistas irán al encuentro del motivo de su propio arte. En la misma casa de Yudina, el 6 de febrero de 1947, Pasternak lee por primera vez algunos capítulos y poesías del Doctor Zhivago, entre las que «Estrella de Navidad» está apenas finalizada. También esta poesía será para toda la vida una «estrella» para María, que el día siguiente le escribe: «Aun si Usted no hubiera escrito nada más en su vida que 'Estrella de Navidad', esto sería suficiente para hacerle inmortal en el cielo y sobre la tierra... Un infinito gracias». El poeta le regala la poesía autógrafa, que, tal y como la recibió de Pasternak, seis meses antes de morir María confesará haber custodiado religiosamente durante toda la vida: «La he tenido siempre conmigo en un libro de oraciones, de vez en cuando la desdoblaba y la extendía para que no se borrase lo escrito en los

pliegues».

Coriácea, irreductible en su enfrentamiento con el poder, María Yudina estrecha innumerables relaciones de amistad; ella, que no ha tenido jamás una familia propia, ayuda y sostiene con discreción y con una generosidad que a veces linda con la locura a un incontable número de personas, siente una profunda ternura y compasión por cuantos se encuentra en el camino, sin añorar nada jamás, como lo encontramos escrito en una carta suya: «He buscado toda la vida la encarnación de la Verdad en el hombre, en la creatividad y en la vida. Y con la ayuda de Dios la he encontrado».

Precisamente desde esta intuición de dar un aire maternal, luminoso a su altruismo, a infundirle el estremecimiento de alma, por ejemplo, el recuerdo del encuentro con la poetisa Marina Cvetaeva, pocos meses antes de su trágico fin; habiendo conocido su desesperada situación financiera fue a buscarla para proponerle algunas traducciones que ésta, sin embargo, abatida, inmersa en su mundo, rechazó. En poco tiempo, la noticia del suicidio: «Habría debido arrojarme a sus pies, besarle las manos, bañarle en ardientes lágrimas, abrasadoras, ofrecerme para llevar alguna de sus cargas... (no llego a entender de ningún modo porque persiste tanto en mí, casi no debería importarme... En parte, a lo mejor, porque en aquella época me echaba sobre la espalda la suerte de tanta gente: ancianos, niños, enfermos, arrancados de su hogar por la guerra, proteger a todos, ir a buscar a todos, de los que preocuparse). Pero, como todos sabemos, 'los pretextos son malos consejeros' y disculparse no sirve para nada: ha sido un pecado de falta de amor. El amor que mana del imperecedero Amor divino amplía de manera ilimitada las limitadas posibilidades del hombre».

Junto a su generosidad, han permanecido proverbiales también sus «extravagancias». En Moscú, en los años del ateísmo científico, se murmura que María Veniaminovna lleva un cilicio bajo los vestidos... Un profesor de música de la periferia de Moscú le invita en 1968 a dar un concierto a sus alumnos de enseñanza media, y ella acepta sin poner ni una pega, limitándose a preguntar: «¿Pero les ha preparado para escuchar?». Cuando va hacia allí, se da cuenta de que ha salido de casa simplemente cerrando la puerta con golpete, sin cerrarla con llave: «La cerradura no funciona, además no la cierro con llave, ¿tanto hay que robar?». Efectivamente es muy pobre, tanto como para arriesgar que sea retirado el piano que arrendaba, no pudiendo comprarlo y sudando incluso para pagar el alquiler.

En 1950 le conceden el permiso para ir a Alemania del Este a interpretar algunos conciertos. Es una ocasión única para peregrinar al Leipzig, a la tumba de Bach:

«María Veniaminovna ha bajado descalza del tren, y así, descalza, ha ido hasta la tumba de Bach, del mismo modo que los peregrinos, durante dos mil años, van a venerar el Sepulcro del Señor. Creo que fue el mismo impulso el que le hizo arrodillarse, el 31 de agosto de 1961, en la Sala pequeña del Conservatorio ante el cadáver de Sfronicki, o bien a hacer el signo de la cruz sobre el ataúd de Heinrich Neuhaus. Cosas fuera de lo común Yudina hacía siempre muchas. Había siempre alguno que acoger, al que ayudar; alguno al que llevar a comer, o al que mandar un regalo, o alguno al que defender. En tiempos de la guerra, María pegaba por Moscú estos anuncios: 'Voy a Leningrado para dar unos conciertos, puedo llevar paquetes de un kilo máximo cada uno'. Y luego entregaba a desconocidos todos los paquetes que le llevaban, hasta el último».

«Una brecha abierta sobre otro mundo»

La carrera artística de María Yudina es un continuo vaivén entre los triunfos de público y los vetos a puestos de trabajo, desde la prensa que no ofrece espacio alguno a las recensiones de sus conciertos, por no hablar de sus repetidos despidos del Conservatorio y del obstruccionismo a su actividad como concertista, tanto en su patria como, mucho más, en el extranjero.

En la posguerra sus conciertos se redujeron a seis o siete al año, como máximo; sus reiteradas tentativas de interpretar los oratorios de Bach en el Conservatorio de Moscú fueron rechazadas; es más, en la campaña contra el «formalismo» y el «cosmopolitanismo» desencadenada en 1948, Yudina, que continúa impertérrita interesándose por la música contemporánea «políticamente peligrosa», proponiendo a Prokofiev, Stravinski, Schoemberg, Shostacovich, Stockhausen, pierde el puesto de trabajo en el Conservatorio. A los colegas que, desconcertados por cuanto está ocurriendo, se preguntan qué hacer, ella les contesta con su habitual sangre fría: «Nos limitaremos a tocar humildemente a Beethoven y a Bach». Si la muerte de Stalin, en 1953, alivia un poco su situación, en los años siguientes su apoyo a Pasternak, durante la tormenta desencadenada tras la publicación en Italia de Doctor Zhivago, le provoca el despido también del Instituto musical Gnesin, donde había conservado hasta entonces el puesto de profesora («El motivo siempre es el mismo —escribirá en una carta—, mi 'heterodoxia'... Pero en lo relativo al veto de enseñar, éste ha tenido un papel dominante por el hecho de que los jóvenes me siguen, que están todos impacientes por escucharme, porque de mí oyen cosas que no escuchan en otros, cosas diferentes de las estándar que les dicen sus profesores»).

En los años sesenta se acerca al rector de la Academia de Teología de Moscú Filaret Vachromeev (actualmente metropolitano de la Iglesia ortodoxa rusa), con la petición de obtener el doctorado en Teología; éste se queda un poco azorado por la solicitud, así como atemorizado —como confiesa él mismo— frente a esta «personalidad legendaria» de la que había oído comentar «varias extravagancias. Se decía que de noche se metía en un ataúd para dormir...». Los tiempos no están maduros como para acoger mujeres estudiantes tras los muros de la Academia de Teología, «la autoridad no nos dejará jugar a este juego», trata de explicarle sin convencerla, hasta que se le ocurre una propuesta que María Veniaminovna aceptará con alegría: ir a tocar a Bach para los estudiantes y el cuerpo docente, para ayudarles a «descubrir este gran compositor, tan profundamente creyente y fiel a la Iglesia». Estos conciertos —establece el rector— serán también «su examen de madurez como música-teóloga».

Los últimos años son también los años de la amistad con escritores y poetas vueltos de los campos de concentración, como Solzhenitsyn y Salamov, y con exponentes de las nuevas generaciones, como Evtusenko y Iosif Brodski. En una carta de 1965 escribe que desde hace tiempo quería «dedicar todas las fuerzas al movimiento ecuménico... Espero poder ser útil en este gran período de la vida de la Iglesia, en el que despunta la posibilidad de la unidad, el mismo deseo, la misma aspiración que nos inflamaba cuando teníamos veinte años...». Se deja provocar también por el joven padre Alexander Men, ensalzándolo sin medida: «Me han dicho que tiene el don de convertir a las personas, y no tendría otro a mano, ¿podría ayudarme?». Es innecesario decir que también en este caso nace un acuerdo inmediato y una duradera amistad...

El 19 de junio de 1969 María es atropellada por un automóvil, y el accidente le causa, entre otras, algunas fracturas en los dedos de la mano derecha. Es una grave merma, quizás la peor que pueda pensar una pianista, pero ella la acepta serenamente, vislumbrando un signo de Dios que ahora le pide un sacrificio total de sí misma. Muere el 19 de noviembre de 1970.

«Lo bello no es una categoría estética. La belleza es una categoría metafísica, espiritual. Es la condición suprema del ser, el realizarse supremo de la existencia y no simplemente uno de sus aspectos, uno de tantos... La belleza nos es manifestada específicamente como la realidad metafísica suprema en el monte Tabor... Es la revelación de la Belleza, de la Gloria divina, que en aquel instante resplandece sobre el mundo entero, también esperando, de modo misterioso, escondido, en este mundo hasta el fin de los tiempos. Dostoievski ha dicho que la belleza salvará al mundo...

María Veniaminovna repetía a menudo estas palabras. Sabía, con todo su ser creía y percibía que es así, que ésta es la verdad, porque la belleza y la fuerza de Dios es la plenitud de la gloria de Dios, es la gloria de la energía de Dios que transfigura el mundo... La percepción de la belleza es siempre una brecha abierta sobre otro mundo, sobre otra realidad más grande, sobre el mundo de la realidad, de la gracia de Dios. Y toda la vida de María Veniaminovna, dedicada a la belleza, ha estado en tensión hacia esto». Así su párroco, el padre Vsevolod Spiller, sintetizó el 24 de noviembre de 1970, en su funeral, el modo en que había vivido.

EN VIAJE HACIA LO VERDADERO
Eugenia Ginzburg

Posiblemente se podría titular así —«en viaje hacia lo verdadero»— el Viaje al vértigo, en que Eugenia Ginzburg se desahoga por escrito narrando su propia historia, la aventura tortuosa, dolorosa y a menudo contradictoria de la persona que gradualmente se libera de la ideología y descubre qué es verdaderamente la realidad. Su novela, un bestseller del samizdat, si se puede decir así, se publica en Italia en 1967 y en Rusia sólo en 1990. «Tal y como van las cosas, creo que es mi deber escribir todo hasta el final. Y no principalmente por exponer las vicisitudes externas de los años de campo de concentración y de confinamiento, sino porque al lector se le revele la íntima evolución espiritual de la protagonista, el camino por el que de ingenua comunista idealista es transformada, en lo fundamental, en una persona que ha comido del fruto del árbol del bien y del mal, una persona para la que los siempre nuevos sufrimientos y privaciones han traído consigo también nuevas (¡y no importa si brevísimas!) intuiciones en la búsqueda de la verdad. Y lo que principalmente me importa —concluye la autora— es que al lector, más que sólo la simple crónica de mis tormentos, comunique este otro, interior, 'viaje al vértigo'».

Lo de Eugenia Ginzburg, comunista convencida que acaba en la «trituradora de carne» del sistema, es un trayecto experimentado por millones de ciudadanos soviéticos, y del que Solzhenitsyn en Archipiélago gulag describe los mecanismos fundamentales (el arresto, la instrucción, el proceso, el encarcelamiento).

La misma experiencia existencial que ha vivido Dante, que si bien estaba hundido en el Infierno era para después ascender hacia la luz, o bien descrita por Eliot, en otro contexto diferente: «Bestiales como siempre, carnales, buscándose a sí mismos como siempre, interesados y cegados como siempre,/ pero siempre luchando, siempre reafirmándose, siempre reanudando la marcha por el camino iluminado por la luz;/ a menudo deteniéndose, vagueando, perdiéndose, retrasándose, volviendo, pero sin seguir otro camino». A cada época, a cada pueblo, a cada persona se le vuelve a proponer este mismo camino, hacia el descubrimiento de sí misma. Para la

generación de Ginzburg el inicio del recorrido ha coincidido con la pesadilla del Gran Terror, pero el éxito final no es sólo fruto de las circunstancias, es una sufrida conquista de la libertad del hombre, una libertad siempre en camino, siempre «en riesgo», una lucha por afirmar lo verdadero.

No es única la ocasión en la que las jóvenes generaciones aprendan de la antigua detenida una experiencia de libertad, como relata uno de los jóvenes que han conseguido conocerla en Moscú en los últimos años: «En la 'universidad de Kolyma' se había convertido en sí misma... Era feliz porque había conseguido entender a través del sufrimiento la esencia de las cosas; gracias a las terribles pruebas que le habían tocado, había expiado su propia 'estupidez', que era como definía ella su superficialidad juvenil ('Dios me ha dado la razón y he despreciado este don')... Decía también: 'Delante de los hombres, a lo mejor, era inocente, pero no delante de Dios'... Había entendido la lección que le había dado la vida y la tenía como un tesoro con gratitud. Solía decir: 'Una persona no debe ser como yo era antes del arresto'; 'Tratad de entender, era inocente como lo son los animales; pero un hombre no puede ser un animal'. Éste es el tema. Y nosotros, escuchándola, dejábamos también de ser bestias».

Un universo en pedazos

Kazán, 1934. Eugenia Ginzburg y su marido, Pavel Aksenov, treintañeros, pertenecientes a la primera generación de la intelligentsia soviética. Pavel procede de una familia de campesinos, Eugenia sin embargo (de raza judía) es de extracción intelectual, su padre es farmacéutico («... A mí no me gustaba mi 'origen social', envidaba a los amigos cuyos padres 'venían del taller'», señalará a menudo). Son una pareja bien avenida, con tres hijos y una buena posición social: Eugenia, licenciada en historia, trabaja como investigadora en la universidad y en la redacción del diario local Tatarija roja; Pavel es alcalde de Kazán, presidente del sóviet de la ciudad y miembro del Comité Central del partido. Gozan de los privilegios de la nomenklatura: poseían un automóvil, un apartamento con cinco habitaciones, tenían la posibilidad de pasar una temporada en centros de veraneo fuera de la ciudad. Su generación profesa todavía una fe sincera, sin fisuras, en el partido. Eugenia, marxista desde muy joven, se inscribe en el partido en 1932; Pavel es miembro de la Secretaría del Comité Central del partido de Tatarija.

Pero el 1 de diciembre de 1934 este universo tan claro y diáfano se rompe en mil pedazos. El país es sacudido por un estremecimiento, también en Tatarija los

teléfonos resuenan de madrugada convocando urgentemente a la cúpula del partido. El asesinato de Sergei Kirov, uno de los máximos dirigentes del partido («el delito del siglo» lo definirá Conquest, historiador del totalitarismo), abre el camino a una espiral de purgas y represiones deseada por Stalin para asegurar su propio poder, aprovechando la ocasión para aplastar cualquier intento de oposición a su hegemonía. La ley promulgada inmediatamente, el mismo 1 de diciembre, es el primer, fundamental, instrumento del terror, porque introduce en el Código Penal el así llamado «procedimiento simplificado» en las instrucciones y en los procesos por delitos de terrorismo. «En los cuatro años siguientes —dice Conquest— centenares de rusos, incluidos los más eminentes jefes políticos de la revolución, fueron ajusticiados bajo la imputación de responsabilidad directa en aquel asesinato, y —literalmente— otros millones marcharon a la muerte por complicidad en una u otra parte de la vasta conspiración que se pretendió que existiera detrás».

El mundo de Eugenia, así como el de millones de personas en la URSS, es desbaratado en sus cimientos: ella misma, que si le hubieran pedido morir por el partido lo hubiera hecho, «... no una sino tres veces», se encuentra presenciando un número cada vez mayor de arrestos. No entre enemigos de la clase sino entre comunistas de contrastada fe, «parecía absurdo, increíble, pero lo afirmaba Pravda y no podíamos por consiguiente tener dudas». No sólo eso, la misma Eugenia es acusada de ser una contrarrevolucionaria porque no ha denunciado jamás ni ha condenado públicamente a su antiguo profesor, por el que estaría dispuesta a poner la mano en el fuego, pero que ahora para todos se ha convertido en el «trotskista» Elvov.

Es la esquizofrenia, la separación entre la realidad de los hechos y el discurso de la ideología. Eugenia, que jamás había sido comunista por miedo o por conveniencia, sino que lo es por profunda convicción, frente a lo absurdo de las acusaciones declina hacer acto de contrición, aunque a su alrededor «salas grandes y aulas atestadísimas se transformasen en confesonarios». «Dándose golpes de pecho, los culpables gritaban que habían tenido miopía política, que habían estado poco vigilantes, que habían sido indulgentes con personas dudosas, que habían llevado el agua al molino del culpable, que habían demostrado podrido liberalismo». Tras esto la asquerosa ristra de admoniciones por «escasa vigilancia política», citaciones a la oficina de la Comisión de control del partido, acusaciones de hacer el juego a los enemigos, hasta la prohibición de enseñar y la expulsión del partido. Su mismo marido, que realmente cree en su inocencia, frente a su amargura y a sus desahogos le reprochará: «No hagas sarcasmos de mal gusto. Deja de lado tu odio personal. ¡Al partido no se le guarda rencor!». Son

meses durísimos, posiblemente los más dolorosos de toda su vida: la desesperación de Eugenia, que llega hasta la tentación del suicidio, nace de la sensación de injusticia, del chirrido entre su concepción del mundo, su fidelidad incondicional al partido, por un lado, y por otro la fría sospecha, el peso de las acusaciones que siente sobre ella. Rehúsa esconderse en cualquier sitio, en el campo, como le había sugerido su madre para salvarla: «Pero debo demostrar al partido mi inocencia. Yo, comunista, ¿debería esconderme del partido?».

El 15 de febrero de 1937 es arrestada. La acusación es haber participado en una organización terrorista en el seno de la redacción del Tatarija roja, de ser una trotskista. Intentan obligar a Pavel a repudiar a su mujer. Se resiste y por esto a los pocos meses es a su vez arrestado. Por suerte los hijos escapan de los «orfanatos especiales», tras algunos meses un tío paterno consigue recuperarlos de un reformatorio para hijos de arrestados en Kostroma. «Una gran empresa, porque en aquellos orfanatos cambiaban el nombre y el apellido a los niños, y después resultaba imposible identificarlos. Estos niños eran enviados a lugares donde había necesidad de trabajadores. Habrían podido simplemente desaparecer —comentará a distancia de años Vasili, el menor, que en aquel tiempo tenía cinco años—. El tío era profesor universitario y por entonces le habían despedido por culpa de su hermano. Ya no tenía nada que perder, y esto le había dado coraje».

«Lo que habitualmente llamamos conciencia»

En la odisea siguiente (Eugenia no recuperará la libertad hasta 1954), paso a paso la detenida redescubre en su propia piel el espesor existencial de los principios elementales de la humanidad: por ejemplo, el imperativo «no mentir», «no hacer mal a tu prójimo». De este modo, a lo largo de los extenuantes interrogatorios nocturnos rechaza someterse a las intimidaciones de los interrogadores de declararse culpable de las acusaciones que le habían urdido y de dar pruebas falsas contra inocentes, a pesar del cínico consejo de un juez de firmar de una vez la declaración para poder ir a dormir en paz —en tanto que, según la concepción ética del marxismo-leninismo, «es honrado lo que es útil al Partido y al Estado»—. Y persiste en su obstinado rechazo de llegar a compromisos a pesar de los careos a los que es sometida con algunos amigos, que, por miedo, sostienen falsas acusaciones en su contra.

La prisión es verdaderamente un «lugar de reeducación»; pero no en el sentido que querían los lemas pegados en las paredes de las penitenciarías del régimen, sino más

bien en sentido de una vuelta a la realidad, sin las tergiversaciones, la monstruosidad de la ideología. Un día, por ejemplo, una chica de dieciocho años durante el registro le pide un consejo, de joven comunista a comunista adulta: una detenida había escondido entre el cabello dos anillos, recuerdo de su marido que creía muerto: «¿Debo decírselo a la carcelera? No sé qué hacer. Por una parte odio la delación, por otro estamos en una prisión soviética y aquella mujer posiblemente es de verdad una enemiga». «¿Y nosotras Katia?». «Pero lo nuestro, evidentemente, es un error. ¡Cortan el bosque y saltan las astillas! Estamos convencidas de que nos rehabilitarán. Pero es terriblemente difícil decidir cómo comportarse, en general, y en este caso particular... » «Sabes que te digo, Katia... Como ahora estamos desnudas, tanto en sentido literal como en sentido figurado, creo que lo mejor sea hacerse guiar en las acciones propias de eso que habitualmente llamamos conciencia. Y la conciencia, me parece, te sugiere que la delación es una porquería, ¿verdad?», le responde Ginzburg.

O bien la comunista alemana Clara, huida a la URSS para escapar de Hitler. En los muslos tiene espantosas cicatrices, obra de la Gestapo, después enseña a Eugenia las manos, con las yemas de los dedos tumefactas, sin uñas, y añade: «Y esto de la NKVD». Por primera vez Eugenia experimenta «un extraño sentido de vergüenza y de corresponsabilidad personal» por aquella mujer. «Me parecía que fuese culpa mía si se encontraba en presidio», dirá más tarde, pensando en Clara.

El juicio dura en total siete minutos, el tiempo de leer el veredicto: diez años de prisión en aislamiento. En realidad, dos años después, la condena de Ginzburg, como la de muchos de sus compañeros, es conmutada por otros tantos años en un campo de trabajo correccional: «Los que habían inspirado y realizado la acción de 1937 no tenían simplemente el tiempo y la posibilidad de mantener durante diez o veinte años tal cantidad de gente en las prisiones. Estaba en contradicción con los signos de los tiempos, con su economía». De Jaroslavl, donde estaba detenida, es cargada en un vagón de mercancías abarrotado de detenidos con destino a Vladivostok, en el extremo del continente, en la costa del Pacífico. Tras penalidades de todo tipo, pero también episodios reveladores de una humanidad todavía viva (por ejemplo, para apoyarse las detenidas recitan entre ellas poesías), Eugenia debe aún constatar una vez más cómo se resiste a morir la ideología, una mentalidad profundamente arraigada en la conciencia: «Al menos veinte de las setenta y seis viajeras del séptimo vagón sostenían con la testarudez del maníaco que Stalin no sabía nada de las ilegalidades que venían cometiéndose». En las experiencias carcelarias anteriores Ginzburg había notado ya que algunas detenidas, en un extraordinario esfuerzo por

defender los propios ideales, intentaban no hablar mal de los esbirros: «No insultar al investigador. Puedes sentirte mujer sin partido. Pensará: si hasta los comunistas insultan al investigador, ¿qué debo hacer yo?». También durante el viaje se experimentan casos análogos: contra las quejas de las compañeras por la falta de agua, la «ortodoxa» Sara Kriger les reprende que con razón habrían podido presentar las reivindicaciones si el asunto hubiese ocurrido en una prisión zarista. Ésta, sin embargo es «nuestra». «¿Tiene una cárcel de su propiedad?», le preguntará sarcásticamente otra detenida, Nina Gvinjasvili.

En el campo de concentración, a pesar del embrutecimiento de las condiciones de vida, será la misma realidad la que despierte más de una vez a Eugenia y sus compañeras, conmoviéndole «ante los vientos matutinos y los ocasos violáceos que nos acogían durante el retorno de la mina. Y los versos... continuábamos repitiéndolos de noche... El instinto me decía que aunque me temblaran las piernas y la espalda cediese bajo el peso de los capazos cargados de piedras resplandecientes, incluso entonces aquel vientecillo y las estrellas brillantes y la poesía habrían podido conmoverme, me habría sentido viva. En el mismo éxito de conservar estos últimos tesoros consistía ahora la resistencia contra el perverso y horrible mundo».

Durante un traslado en barco al Norte, a los campos de Kolyma (el último círculo del infierno de los campos de concentración —como lo definirá el poeta Salamov), por primera vez la convicta materialista Eugenia Ginzburg, gravemente enferma, se descubre rezando: «Dios mío, ¡espera hasta Magadán! Por favor, Dios mío, te suplico... Quiero yacer en tierra firme y no en el agua. Soy un ser humano. Tú has sido el que ha dicho: 'nacido de la tierra y en la tierra...'». Una serie de afortunadas circunstancias le salvan la vida.

«... aquel Bien que, a pesar de todo, reina sobre el mundo»

En los durísimos años de campo de concentración que siguen Eugenia experimenta en primera persona la dureza del trabajo, la crueldad de algunos jefes del campo, la inhumanidad de algunos de los delincuentes comunes, se encuentra «cara a cara con la muerte. A pesar de todo no termino de acostumbrarme. Cada vez reacciono con el mismo terror, con la búsqueda espasmódica de una vía de escape... Y, todavía más importante, cada vez me venía en ayuda cualquier hecho que a primera vista me parecía accidental, pero efectivamente era una manifestación normal de aquel Bien que, a pesar de todo, reina sobre el mundo».

En 1944 una carta de su madre le comunica que su hijo mayor Alesa, confiado a unos parientes de Leningrado, ha muerto de hambre durante el asedio a la ciudad. Asimismo del marido, en un campo de concentración, ninguna noticia, durante años Eugenia lo creerá muerto. Pero el dolor, paradójicamente, excava como un pico las costras abriéndose camino hacia nuevos resplandores: «Fundamentalmente éramos los idealistas del más bello océano, con toda nuestra juvenil devoción por las frías construcciones del materialismo dialéctico. Bajo los golpes de la inhumanidad que nos ha caído encima, se han descolorido muchas de las 'verdades' aprendidas de memoria en la juventud. Pero ninguna tempestad podía sofocar aquella llama al viento, aquella espiritualidad de la intelligentsia rusa que mi generación ha ocultado como un don secreto de aquellos mismos sabios y poetas de principios de siglo que tanto criticábamos nosotros mismos. Nos parecía que les habíamos tirado de sus pedestales a fuerza de una nueva verdad. Pero durante los años de prueba descubrimos ser carne de su carne. Porque aunque la abnegación con la que construíamos nuestro nuevo camino procedía de ellos, de su desprecio por la saciedad del cuerpo, de su eterna hambre espiritual. [...] No, no éramos sabios. Al contrario, nos costaba un gran esfuerzo llegar con nuestra mente sobrecargada de fórmulas a la auténtica luz viva. Sin embargo, habíamos sabido llevarlos siempre en nuestras 'primeras luces' en la celda de aislamiento, por barracones y cárceles, en los traslados forzados en todas las tormentas de Kolyma. Y sólo aquellas limpias lámparas nos han ayudado a salir de aquella horrenda tiniebla».

Pero lo que es decisivo, en estos años, es el encuentro con un «santo. Lo extraordinario es que se trata de un santo muy alegre». Es el médico del campo de concentración, Antón Walter, encarcelado por diez años, que está cumpliendo su tercera condena. Eugenia, que por la enésima afortunada vez ha conseguido pasar de los trabajos comunes a un puesto de enfermera en el ambulatorio del campo, se da cuenta de que este hombre es diferente, su trabajo con los pacientes está animado de una «bondad activa, práctica, que inspira cada palabra, cada movimiento», que a menudo «se demostrará más fuerte que la muerte que reina entre estos muros. Y vencerá el hambre, el agotamiento, la falta de medicinas». Walter había vivido todos los horrores del campo, había realizado los trabajos más duros en la mina, había perdido la vista de un ojo, sin embargo había conservado un indomable gozo: «Los cegadores dientes del doctor... brillan descaradamente. Hacen un cómico contraste con su cabeza totalmente calva. Como una bola de billar. Él mismo lo explica así: 'Cuando Dios me dio los dientes yo era el primero de la fila, pero cuando le tocó al cabello, muchos habían pasado delante de mí'». Después de una autopsia, delante de

un cadáver diseccionado, Ginzburg le pregunta: «¿Y dónde está el alma inmortal?». Walter le responde: «Haces bien en hacer una pregunta así. Sería un pecado que creyeses que el alma inmortal deba necesariamente estar localizada en uno de los órganos imperfectos de nuestro cuerpo». El otro médico presente en la autopsia susurra a Ginzburg que Walter es un católico convencido. En 1951 Walter se convertirá en el segundo marido de Eugenia, y ella recibirá el bautismo en la Iglesia católica.

Mea culpa...

«¿La necesidad de arrepentirse y de confesarse es un rasgo peculiar del alma humana? Allí discutíamos mucho, en voz baja, Antón y yo, en nuestras interminables conversaciones nocturnas en Taskan —recordará más tarde Eugenia—. Alrededor nuestro había un mundo que parecía rechazar todo recuerdo residual de la idea de que no sólo se vive de pan... De pan, en cambio, sólo de pan, sólo de la reina Ración alentábamos aquí los vivos, los medio vivos y los moribundos. E incluso nosotros, posiblemente, continuábamos discutiendo de estas cosas por una antigua inercia intelectual, pero ciertamente también nosotros estábamos ya moralmente muertos. Sometía a la consideración de Antón una serie de argumentos que demostraban cómo nosotros hubiéramos vuelto a la barbarie. Cierto, los nuevos bárbaros se dividían en activos y pasivos, es decir en verdugos y víctimas, pero esta subdivisión no atribuía a las víctimas una cualidad moral superior, la esclavitud corrompía también su alma. Antón se horrorizaba ante estas elucubraciones mías, las refutaba apasionadamente. Y yo era feliz cuando conseguía refutar mis conclusiones. Llegaba a lanzarme contra él con durísimas palabras, que con frecuencia me repugnaban incluso a mí misma, con el único fin de ser refutada una vez más, de recibir en mi alma un destello de aquella armonía maravillosa que lo llenaba interiormente... Se me podrá decir que muy a menudo se comprende encontrar hombres que griten su propia inocencia, echándole la propia culpa a la época, al vecino, a la propia juventud e inexperiencia. Y cosas por el estilo. Pero estoy casi segura de que esos ensordecedores gritos oídos con su barullo se ahogan en la silenciosa, implacable voz interior, que te habla continuamente de tu culpa personal.

»Ahora, en el ocaso de mi vida, lo sé seguro: Antón Walter tenía razón. El 'mea culpa' late en cada corazón, y sólo queda ver cuándo el hombre abrirá sus oídos a esas palabras que resuenan en su interior.

»Si pudieran escuchar bien durante el insomnio, cuando, 'repasando con repugnancia la propia existencia', se palpita y se maldice. Durante la vela no te puede consolar la seguridad de no haber participado directamente en los asesinatos y en las traiciones. Porque no mata sólo aquel que golpea, sino también aquel que favorece el odio. No importa cómo. Repitiendo alocadamente peligrosas fórmulas teóricas. Levantando la mano derecha en silencio. Escribiendo cobardemente medias verdades. Mea culpa... Y cada vez más me parece que ni aun dieciocho años de infierno sean suficientes para expiar esta culpa».

Eugenia Ginzburg escribe lúcidamente estas palabras al lado del relato detallado y terrible del camino que no se ahorran ni ella ni su generación. Por ejemplo, el terror que se apodera de ella al llegar el año 1949, «hermano de sangre del 37», que trae consigo una oleada de nuevos arrestos incluso en la remota Kolyma, donde, cumplida la condena, Eugenia vive deportada junto con Antón. Por qué razones y según qué criterios esto sucede, nadie lo sabe. Lo descubrirá, después de varios meses, el viejo profesor Umanski: «Vuestra única culpa es que 'él' tiene ganas de comida... Sería hora de entender: se trata de una acción organizada. Arrestan por segunda vez a los ex deportados. Por orden alfabético...». Así, cuando se llega a la letra «G» también Ginzburg termina en prisión. Formalmente, Eugenia es arrestada «por sospechosa de proseguir en la actividad terrorista». De hecho, para todos los ex detenidos el arresto es debido a la necesidad de formalizar, según la norma burocrática, la condena a confinamiento perpetuo comunicándosela la Comisión especial del Ministerio de Seguridad, y serán excarcelados en un tiempo relativamente breve (Ginzburg permanecerá en la cárcel aproximadamente durante un mes). Pero por el momento nadie lo sabe y en la prisión de Magadán, llena hasta lo imposible, reina la desesperación. Eugenia se prepara para la muerte, pasando revista a «...los dolores, las aventuras, las ofensas de improviso. Y todas mis grandes culpas. Recitaba mentalmente en alemán la oración católica que Antón me había enseñado y, por primera vez en mi vida, pensaba en la Iglesia como en un refugio. Cómo debía de consolar entrar en un templo, apoyar la frente contra una columna, lisa y fresca, y advertir, incluso si alrededor no hubiera nadie, una mano invisible posarse sobre nuestra cabeza. Tú solo sabes lo cansada que estoy, Señor...».

Al comienzo de 1953, otro momento de miedo: tras las denuncias de un delator sobre sus conversaciones «sospechosas» y sobre la campaña de Stalin contra los médicos judíos del Kremlin, ambos, Eugenia y Antón, pierden el trabajo. Esperando de un momento a otro un nuevo arresto, a Eugenia le es otorgada una cátedra de lengua y

literatura rusa con el encargo de preparar una clase de oficiales para la prueba de madurez. Muchos de esos militares son, de hecho, sus carceleros y los de sus amigos. Para ella, que, a pesar de los principios de la lucha de clase en los que ha sido educada, ha podido constatar en su experiencia la «delgadez de la línea que separa los verdugos de las víctimas (¡cuántos antes de llegar ellos mismos a la picadora de carne estalinista, habían colaborado con ardor a triturar la carne de »!), es evidente que «el inaudito sistema de corrupción de las almas mediante la Gran Mentira ha conseguido que millares y millares de personas sencillas fueran atrapadas en esta trampa». De este modo, a quien le echará en cara el entusiasmo con el que explica los clásicos rusos a los «verdugos», le opone otro criterio, el del perdón: «De este modo no tendría final, ¿no le parece? Primero ellos nos han oprimido a nosotros; luego nosotros les oprimiremos; más tarde, de nuevo... ¿Hasta cuándo continuaremos con esta espiral de odio? ¿Cuántas veces, en los campos, habíamos sobrevivido gracias a la bondad de cualquier soldado de guardia? ¿No se le pasa por la cabeza que entre los simples soldados del ejército del Mal encontramos personas, muchas personas, a las que es posible atraer a la parte del Bien?».

Miedos, contradicciones, esperanzas

En agosto de 1954 es abolida la obligación de residir en los lugares indicados de pena, y los confinados pueden volver a sus ciudades de origen.

Eugenia consigue obtener el certificado de rehabilitación «por falta de pruebas», pero de inmediato debe darse cuenta de que el régimen es siempre el mismo: «La última cosa que podía imaginarme era que la libertad tan soñada la habíamos recibido del establishment... y que para obtenerla habíamos debido esperar en colas enormes, devanando un torrente de cartas y certificados lentamente reunidos de aquellos mismos burócratas, en el mejor de los casos indiferentes, en el peor llenos de rabia apenas disimulada por estas imprevisibles y necias reformas».

Poco después de la rehabilitación vuelve a tener el carné del partido, un gesto desconcertante, que provoca asombro y reprobación en otros «reducidos a los campos». Las circunstancias de esta acción las cuenta ella misma en sus memorias: la invitación a solicitarlo es del mismo coronel apenas le había entregado el certificado de rehabilitación. Frente a su excitación, éste le pregunta cómo hará para rellenar el cuestionario para encontrar trabajo. Ante la tímida respuesta de Ginzburg: «¿Y si escribiese... 'sin partido'?», el coronel alega con lógica de hierro: «Pero usted no es

una ‘sin partido’. Usted ha sido expulsada del partido. Y las siguientes preguntas del cuestionario son: ‘¿Ha formado parte del partido? ¿Cuándo y por qué motivo ha dejado de formar parte de él?’. Por lo que le tocaría indicar lo que estaba escrito en su diligencia: ‘Expulsada del partido por actividades contrarrevolucionarias, trotskista y terrorista...’. Su hija adoptiva Tonja relatará más tarde lo que significaba para Eugenia aquel documento: «Hasta el final de sus días mamá guarda bajo la almohada, en una bolsa, el pasaporte y el carné del partido, fuese donde fuese, los llevaba consigo. Cuando nosotros la llevábamos de viaje, respondía con el estribillo: ‘Sin el carné no eres sino un mosquito’. ¡Cuánto le había costado aquel pasaporte! Y a qué precio había sido readmitida en el partido...».

Uno de los personajes de una novela de Solzhenitsyn, un viejo presidiario, hace frente con coraje al poderoso ministro Avvakumov, porque —explica— un hombre no tiene nada más que perder cuando ha sido despojado de todo, «ya no está más bajo vuestro poder, es libre de nuevo». Pero el mismo detenido, abriendo su corazón a un compañero de prisión, confiesa poco después que cada uno tiene en el fondo siempre alguna cosa por la que teme, incluso en las condiciones de la peor esclavitud. Tanto más cuanto ha recobrado una brizna de libertad después de haber cumplido pena durante años, cuando siente que a causa de la edad las fuerzas le abandonan y por otra parte entrevé incluso la posibilidad de escribir, publicar al menos algo...

Los últimos años de Ginzburg (Antón muere en 1959, ella en 1977), son de lucha entre el deseo de dar testimonio de lo que ha vivido, de decir la verdad toda entera —por un lado—, y por otro el miedo y la consiguiente búsqueda contradictoria de un compromiso, dictado por el feroz terror de quien ha bajado al fondo del infierno, pero también de la necesidad de ganarse la vida, escribiendo «artículos y ensayos para el consumo de la prensa periódica» (que también le son reprochados por sus conocidos, que no entienden por qué se rebaja así). La partida entre la persona y el desafío de la verdad no se juega sólo en los campos de concentración, continúa también en la vida de cada día, en una tensión cotidiana que vuelve a dejar al descubierto continuamente el riesgo de la libertad personal.

En 1961 el XXII Congreso del partido y la publicación de Un día de Iván Denisovic de Solzhenitsyn suscitan en la escritora la esperanza de poder publicar sus memorias, su Viaje al vértigo. Pero junto con la esperanza, se insinúa en el alma de Ginzburg también el «redactor interior», una suerte de «conciencia ideológica» que le susurra continuamente: «Esto no lo dejará pasar la censura». «Tanto me puse a buscar formulaciones más matizadas, opacas echando a perder los pasajes más importantes»,

admitirá la autora. Inútilmente propone el voluminoso manuscrito a importantes revistas oficiales como Junost y Novy mir. Desde la redacción de Junost el manuscrito pasa al instituto Marx-Engels-Lenin, donde es archivado como «material útil para la historia del partido». La novela comienza no obstante a circular en el samizdat batiendo, a juicio de muchos, todos los récords de tirada de la literatura clandestina. Ginzburg recibe cartas llenas de gratitud, sobre todo de jóvenes, pero también de notables escritores como Erenburg, Paustovski, Kaverin, Chukovski, Evtusenko y del mismo Solzhenitsyn.

El deshielo jruschoviano tiene sin embargo breve vida y bien pronto el tema gulag vuelve a ser tabú. Mientras tanto, sin que lo sepa la autora, el primer volumen de Viaje al vértigo es publicado en Italia, por Mondadori, en 1967. Ginzburg confiesa en estos años: «A veces recaigo en el miedo cuando llaman por teléfono o golpean la puerta de noche, o bien cuando oigo girar la llave desde fuera...». Su terror no es sólo instintivo, infundado, sino inculcado por los años de reclusión: en septiembre de 1965 Daniel y Siniavski son arrestados por haber publicado en el extranjero «obras antisoviéticas»; en los mismos meses el KGB mete mano en el archivo de Solzhenitsyn; y por último el ministro de Seguridad del Estado Semicastny, el mismo que había llamado a Pasternak «un cerdo» después de que le había sido concedido el Nobel, declara que Viaje al vértigo es «una obra difamatoria, que hace el juego a nuestros enemigos».

«Las palabras de Semicastny habían hecho renacer en ella el antiguo miedo. Y no podía ser de otra manera. No he visto todavía un héroe que después de dieciocho años de sufrimiento no tema que se puedan repetir. Tienen miedo los hijos y las hijas de aquellos que han estado en los campos de concentración. Tenemos miedo la inmensa mayoría. Y con razón», dirá una amiga suya.

Es probable que, por este mismo motivo, el «redactor interior» le hubiese sugerido escribir en el prólogo a la primera parte de la novela: «En nuestro partido, en nuestro país, reina de nuevo la verdad leninista. Ya podemos hoy contar a la gente aquello que ha ocurrido y no ocurrirá nunca más». Un testimonio de lealtad que, sin embargo, no había sido suficiente para convencer al director de Junost para publicar la obra. Y el funcionario, en el fondo, lo había visto conveniente, porque el miedo no impedía a Ginzburg, ni siquiera en estos últimos años de su vida, polemizar ásperamente con los jóvenes ideólogos occidentales del 68, que glorificaban la «verdadera revolución»: «Perdóneme, no entiende nada. Mao es una reedición de Stalin... Vuestro Sartre, por tanto, es un idiota y un insignificante. ¿Cómo se va hace para hablar de revolución

después de lo que ha sucedido? Todas las revoluciones son criminales. ¡Inmorales! ¡Inhumanas!». Un diálogo entre sordos porque para sus interlocutores todo se explica en categorías políticas («La señora Ginzburg es una mujer excepcional», dirá uno de ellos, «he admirado su fervor. Se parece a nuestras estudiantes, las más radicales, las de mayo. Pero ella maldice, no quiere entender. Es terrible que vuestras mejores personas se estén convirtiendo en conservadoras convencidas, incluso en reaccionarias. Ésta es una de las consecuencias más terribles del estalinismo»); Eugenia, en cambio, vacunada contra toda fórmula ideológica («Tras cincuenta años todavía lo mismo: 'la revolución mundial', 'saber liderar las manifestaciones espontáneas', 'guiar las masas'. Allí en Occidente todos han enloquecido»), parte de otro presupuesto: la persona humana y su responsabilidad por aquel mismo «mea culpa» que años antes le había hecho comprender la gravedad de toda connivencia, incluso indirecta, con «el Odio», y ahora le impide «entusiasmarse por los despreciables chinos» como los intelectuales occidentales del tipo de «Romain Rolland se impresionaron un tiempo por nuestros verdugos».

Eugenia Ginzburg muere el 25 de mayo de 1977 en su apartamento de Moscú. «La ha confesado un sacerdote ortodoxo, y al noveno día hemos hecho celebrar un funeral en la iglesia católica», recuerda su hijo. Es enterrada en el cementerio de Kuzminki, junto a su marido Antón.

NUESTROS MAESTROS
Sergei Averincev

Una poetisa rusa, Olga Sedakova, ha dicho «la persona despojada de sí misma y de sus propios actos (como debía ser el hombre 'nuevo' de la ideología), tiene necesidad de que en su época no existan personas totalmente diferentes de ella, o por lo menos tiene necesidad de poder decir que no las ha encontrado jamás. Que eran todas así». «Y sin embargo no es verdad: existe una historia completamente diferente, invisible, la historia de la libertad en la Rusia de la época soviética —continua Sedakova—. Y no sólo los confesores de la fe cristiana han tomado parte en ella». Existían también «confesores de la dignidad, de la nobleza del hombre», del hombre en cuanto a tal, «el homo humanus». «Incluso esta particular 'profesión de fe', como muestra la suerte de tantos poetas, científicos, artistas o sencillamente hombres de cultura, en algunas ocasiones ha costado la vida. O costaba muy cara».

La historia de Sergei Averincev se inscribe en este contexto, aunque en él el amor a la cultura se entrelaza firmemente con la fe. Ha sido probablemente la paciente pero irreductible búsqueda de la verdad el lugar «diferenciador» de Averincev, en una época de violentas aseveraciones y esquematizaciones ideológicas, para transformar un hombre en otro «público» y «popular», en un verdadero y eficaz símbolo, en un punto de referencia de extraordinaria autoridad para una generación entera. «No recuerdo quién lo ha dicho, si Aristóteles o Averincev...», esta cantinela de un sketch de televisión marca bien el pulso de la situación de Rusia al inicio de los años sesenta. También yo, desde la primera vez que llegué a Rusia, he oído siempre mencionar este nombre como una inequívoca autoridad espiritual, una suerte de «palabra de orden» que permitía discernir «los nuestros» en la espesa oscuridad que nos rodeaba.

En diálogo con el universo

Filólogo, filósofo, teólogo, traductor, poeta, las búsquedas de Sergei Averincev se mueven libremente de la tradición cristiana en el pensamiento europeo a través de la

cultura cristiana y la cultura antigua; de la patrística a los himnos y la hagiografía medieval; de la literatura alemana a la poesía rusa. Es autor de numerosas traducciones de lenguas antiguas (griego, latín, hebreo, siríaco) y modernas (alemán, francés y polaco). Quien lo ha conocido lo recuerda como una persona «fuera del mundo», tímida y torpe para los asuntos prácticos, pero consciente de la densidad del universo cultural y espiritual en el que está inmerso el hombre, así promueve intensa y dramáticamente el diálogo sobre lo esencial, haciéndolo, a menudo, hasta reconocer el rostro de su interlocutor. Natalia Trauberg, una lúcida vecina que parece un personaje chestertoniano (en Moscú es un personaje muy conocido por haber traducido para el samizdat, además de los místicos españoles, también a Chesterton y Lewis, autores preferidos de Averincev), recordando los años de común juventud, comenta sonriendo que con él era posible hablar de la amistad en el sentido que Lewis señala: «Se puede ser amigos incluso sin conocer nada el uno del otro», esto es, manteniendo un diálogo no abstracto, ¡absolutamente no!, sino basado en lo esencial, de corazón a corazón. Sin embargo era poco recomendable recurrir a Sereza, como le llamábamos los amigos, para necesidades de orden práctico, visto que él mismo se desinteresaba de las minucias cotidianas, de la comida y el vestirse de acuerdo al clima; por fortuna su maravillosa mujer, Natalia Petrovna, estaba consagrada en cuerpo y alma a él, a crear a su alrededor un ambiente afable, un clima de tranquilidad en el que pudiese recogerse y trabajar, ahorrándole molestias y pensamientos del vivir cotidiano y encargándose de todas las cuestiones «organizativas», hasta sujetarle los guantes al abrigo mediante un ingenioso sistema de lazos, ¡Así no tenía el riesgo de que los perdiese!

Recuerdo que, en los inicios de la perestroika, habiendo traducido y publicado en Italia para Russia Cristiana una pequeña selección suya de ensayos —entonces parecía una empresa colosal poder publicar libremente a un autor ruso en el extranjero—, me había ido triunfalmente a su casa, un pequeño piso en uno de los grandes barrios en la periferia al sur de Moscú, con el libro y una botella de champán en el bolso. Me recibe, como siempre, con gran amabilidad, aunque la diferencia de edad y sobre todo de estatura cultural y espiritual me intimidaban enormemente: me parecía imposible que se acordase de mí, que me reconociese, y cada vez me presentaba de nuevo, como si fuese la primera vez que nos veíamos. Y en cambio él, con una acentuada cortesía que traicionaba el esfuerzo que le costaba salir de su propio mundo interior, no sólo pronunciaba claramente mi nombre, sino que me recitaba de memoria cualquier pasaje de Dante en el «dolce idioma» para que me sintiera cómoda. Y yo por supuesto me asombraba totalmente. También aquella vez su fervor se había encendido —no

tanto por la nueva publicación que había puesto en sus manos, cuanto por la temática que trataba el texto, y se había puesto a hablar largamente, con arrebato—, tanto que, dándome cuenta, me avergonzaba de sacar una cosa banal como una botella para brindar, y me la llevé a casa...

Sin embargo en Sergei Averincev no había sombra de autocomplacencia o de solipsismo. Al contrario, se apenaba sinceramente por su propio límite, del temor a comprometerse —de su «pusilanimidad», «estrechez de corazón», como la llamaba—; sufría por ello y se esforzaba de todos modos por vencer su propio aislamiento espiritual, su indiferencia por el mundo que le rodeaba, por superar el miedo, sus arrebatos de ira, su amargura (es otra vez Trauberg la que recuerda cuánto se entristeció por un sueño en el que un ángel le había reprochado: «¡Estás verde, muy verde!», esto es, despojado de la llama de la caridad).

En realidad, cada uno de sus gestos era un diálogo —a través del interlocutor de turno — con el universo entero, ya se tratase de la vida cotidiana, ya si el tema fuese la poesía («Mi suerte ha sido la de haber tenido siempre, en toda mi vida, alguien a quien leer o recitar de memoria poesías: mis amigos, y la primera de todos a mi mujer, en compañía de la que, ya poco menos de treinta años, he vivido hasta el fondo cada amado verso. Entendiéndolo de forma distinta a través del eco de su atención»), ya si impartiera cursos universitarios: «Dar clases, tener que enfrentarse a un auditorio vivo tiene para mí un significado inmenso. La clave es precisamente que está 'vivo'... no soy nada partidario de enseñar a los oyentes sobre la verdad bella y rápidamente: aunque evidentemente quien habla soy yo, y los oyentes tenían la posibilidad de hablar sólo al final, haciendo preguntas, efectivamente reflexionábamos e intentábamos juntos encontrar la verdad».

Desde Occidente, donde en aquellos años florecían movimientos estudiantiles y las manifestaciones del 68, y se luchaba a golpe de eslóganes ideológicos, era casi imposible comprender el «fenómeno Averincev» (que, efectivamente, pasó casi completamente inadvertido, si se exceptúa un pequeño círculo de especialistas), pero en la URRS era evidente la naturaleza radicalmente nueva, distinta, de la propuesta de la que se hacían portadores Averincev y otros maestros: en el mundo cultural y científico, en los ambientes universitarios y académicos retornaba la experiencia humana, una experiencia de libertad y moralidad, esto es, de responsabilidad, en el lugar de la abstracción ideológica.

«Cuando los hilos de la continuidad histórica fueron rotos por la fuerza, durante

cierto tiempo no se resintieron muy dolorosamente sus consecuencias en la vida, porque los mecanismos morales continuaron por inercia, aunque sin un fundamento correspondiente con la concepción del mundo», señalaba con agudeza Averincev, hablando de la sociedad actual que continúa en cierta medida aferrada a valores humanos, en definitiva cristianos, de los que sin embargo ha perdido las razones. «Pero después, cuando las ideas de la gente ya parecen comenzar a corregirse, cuando la gente está preparada para volver a las tradiciones por lo menos a nivel de la concepción del mundo, justo entonces se paga el castigo de las culpas de los padres con la pérdida de los mecanismos morales que actuaban espontáneamente». En otras palabras, la verdad del hombre, su libertad, no se juega al nivel de las ideas, sino que constituye una experiencia, estrechamente relacionada con la del pudor, del sacrificio y de la virginidad («En las fuentes mismas de la tradición europea del amor por la libertad se encuentra la leyenda de cómo los romanos destronaron reyes defendiendo el honor de una mujer, y de cómo derrocaron decenviros defendiendo la dignidad de la virginidad»). Sin llegar tan lejos era suficiente ver —tras años de matrimonio— la relación virginal, delicadísima de Sergei Averincev con su mujer («la única mujer que, desde que nos casamos, he visto como mujer»), para intuir estar delante de un testigo, de uno que había mantenido despierta la pregunta del corazón y buscaba incansablemente la respuesta. Lo subrayaba a menudo: volver a poner en movimiento una experiencia realmente humana «no es algo que se haga en dos patadas, con cualquier folleto o articulillo. Ahora bien, es precisamente lo que querría hacer yo», para «mis hermanos los hombres». Y casi al final de su vida podía responder, con toda la calma y la humildad que lo distinguían, pero también con la paz que procede del trabajo hecho: «He gastado casi todos estos últimos treinta años en desarrollar este servicio. Con fortuna alterna, más mal que bien, pero para desarrollarlo».

«Secreto ardor, libertad secreta...»

Sergei nace en Moscú el 10 de diciembre de 1937; de su padre, Sergei Vasilevic, biólogo que tenía ya sesenta y dos años («por edad habría podido ser su nieto»), hereda el sentido de una continuidad histórica que le hace percibir como cercanos, familiares, personajes y acontecimientos de un siglo antes: «Cuando nació mi padre, Dostoievski y Turgenev estaban todavía vivos... el mundo de las revistas rusas, de la literatura rusa de hace cien años no me parecía en absoluto muy distante». El padre —hijo de siervos de la gleba, que para poder estudiar había tenido que trabajar desde niño— está apasionado por el mundo clásico, le lee Horacio en latín, y el niño de

doce años, aun sin entender una palabra, se enamora de la música de los versos, intuye la belleza que hay en ellos. Casi sin darse cuenta, realizando el sueño juvenil de su padre, a los catorce años elige una «profesión anticuada», la filología clásica, un campo marginal, mejor dicho, en aquel tiempo marginado: «En los años de mi adolescencia, es decir a principios de los años cincuenta, mis contemporáneos estaban de acuerdo en apreciar solamente la ciencia y la técnica, concebida a su servicio... Ocuparse de la cultura antigua era, para los adolescentes de aquellos años, pura estupidez». Desde entonces Sergei descubre una ley vital que recordará muchas veces en sus escritos: «Cuando todos se amontonan en un lado de la barca hasta el punto que amenaza con volcarse, ¡se necesita mucho que alguien que se da cuenta se lance hacia el otro lado!».

La tragedia que amenaza hacer volcar la barca es el vacío que se produce en la sociedad: «He entrado en un mundo en el que lo más trágico era la rotura de la ligazón con la Biblia. Inmediatamente después llegaba la ruptura con la otra tradición de la cultura europea, la tradición laica, profana, la tradición antigua, la sabiduría griega... Habíamos nacido en el momento histórico en el que la máquina de aniquilación hitleriana trabajaba a pleno rendimiento, la grandeza de Stalin tenía una dimensión casi divina y parecía ya claro que la cultura estaba acabada. Y he tratado de ocuparme en restablecer el nexo roto...».

En los años de universidad Sergei conoce amigos que, como él, detrás del telón de acero, sufren de «nostalgia de la cultura mundial» y a través de la poesía intentan «robar un poco de aire, que permita respirar, no ahogarse en el sarcasmo». «Al final de aquellos mismos años cincuenta, con veinte años empecé a acercarme a la poesía —no a libros sino a copias prohibidas mecanografiadas», recordará después. «La palabra samizdat no existía aún. Asimismo el instinto pedía conservar en la cabeza el mayor número de cosas posible —era el lugar más seguro para custodiarlas—. Ahora probablemente estas personas capaces de recitarse uno al otro, durante horas y de memoria, poesías han desaparecido; es algo que no existe en ninguna otra parte del mundo...». No será una sola vez en la que durante este mismo tiempo escriba en un examen que para él y para sus coetáneos la poetisa Marina Cvetaeva es como alguien de la familia. Con el fondo de los «santos sufrimientos de aquellos que en aquellos años de veras tuvieron que morir», y de la depresión generalizada en la que vivía la mayoría de la sociedad, «vivíamos, incongruentemente, inoportunamente, en la alegría. Llamábamos a este vivir: 'atentado a la indecencia pública'. Expuestos al frío nos escaldábamos al calor de las palabras vivas, alegrándonos por cualquier pequeña

lengua de fuego».

El mismo Averincev apunta lo que acaece aquel memorable 18 de noviembre de 1962 en un Moscú estimulado por la publicación de Un día en la vida de Iván Denisovich de Solzhenitsyn: «Con la inolvidable publicación de aquel decimoprimer número de Novy mir, la vida de nuestras generaciones humilladas desde la juventud se siente por primera vez fortalecer: ¡despiértate, levanta los ojos, la historia no ha terminado aún! Era impagable caminar por Moscú, volviendo desde la biblioteca a casa, y ver en cada quiosco a tus propios conciudadanos que pedían todos lo mismo, ¡aquel número, ya agotado, de la revista! No olvidaré jamás a un hombre un poco estrafalario, que no conseguía decir el nombre Novy mir y pedía a la vendedora de periódicos: '¡Pero sí, pero sí, esa donde está escrita toda la verdad!'. Y ella entendía de qué estaba hablando su interlocutor; era una escena digna de ver, y de ver con los ojos de entonces. Ésta ya no es la historia de la literatura; es la historia de Rusia».

Lo escrito, la palabra, la poesía —en resumen, la cultura— tiene sentido sólo si «ayuda a vivir», y esto es si «entre sus atributos están un secreto ardor y una libertad secreta». Estas palabras las pronunciará Averincev años después, en el momento del derrumbamiento del régimen soviético, resumiendo así las razones de su quiebra: «'Secreta libertad': no es necesaria una especial sagacidad para suponer detrás de esta combinación de palabras una ilusión bella y buena... como decirlo, de la angustia nace esto y lo contrario. Es verdad, pero queda el hecho de que la ilusión revelada así, sin embargo, es más real que lo que se le contraponía, una ficción tan estable, tan sólida e irreversible, por lo menos hasta que no ha llegado el momento de retirar sus escombros».

La «cultura del desacuerdo

En 1961 Sergei se licencia en filología por la Universidad de Moscú, prosigue el itinerario académico defendiendo en 1967 la tesis doctoral sobre Plutarco, con la que firma su entrada en el «olimpo científico» (entre otros, el premio «Komsomol leninista» le servirá como una clase de salvoconducto válido para muchos años), y mientras tanto se dedica a la enseñanza. Olga Sedakova, que en aquellos años formaba parte de la masa estudiantil, rememora a este propósito la fábula del «patito feo» de Andersen: de niño solitario, un poco inseguro, no era raro que sus compañeros se burlasen de él, en un tiempo Averincev se transforma en hijo predilecto de la sociedad, su gloria y honor, en un maître-a-penser, nada menos que una especie de

leyenda viviente: «A sus lecciones sobre los temas más ininteligibles (como el epos bizantino de Nonno de Panopolis) acudía todo Moscú».

El éxito público reclama en realidad al joven filólogo un nuevo trabajo sobre sí mismo: superar la proverbial timidez y la propensión a sumergirse en el estudio en el silencio de una biblioteca, para asumir su responsabilidad de educador, maestro, autoridad pública. Y es esto lo que hace en estos años Sergei Averincev. Tratando con disciplinas eruditas y especializadas, «pasa el testigo» a lo esencial, el gusto inconfundible por la libertad. En su enseñanza confluyen dos áreas de libertad invisible: la experiencia de la fe cristiana y la experiencia de una cultura no pervertida por la ideología (ya se tratase de obras literarias, plásticas, musicales, o bien de los mismos «clásicos» que quedaban permitidos, de los que no había valorado adecuadamente el régimen la fuerza de su impacto). De tal modo sus oyentes —continúa Olga Sedakova— tenían la posibilidad de «liberarse del maléfico encantamiento, de llegar a vislumbrar una abertura en el telón de acero destinado a separar a cualquiera que hubiese nacido en la URSS, no sólo del exterior, sino incluso de la historia, de la ciencia, del arte real, y en último término de la propia vida interior».

En los años setenta se asiste a veces a una cierta radicalización entre dos posiciones «alternativas» a la oficial: por un lado, la de Averincev y todos aquellos que eligen un tipo de «nicho natural» en el campo de las ciencias humanísticas, donde gracias a la peculiaridad del género se podían decir y publicar cosas impensables en otras esferas, y por otro la posición del «disenso» propiamente dicho, que desafía al régimen en campo abierto arriesgando mucho más, y por esto mira con una cierta ironía a los enjambres de «jóvenes buscadores de Dios atraídos por las mieles de la erudición edificada por las lecciones de Averincev», considerando esta clase de ocupación una clase de lujo superfluo. En realidad —son los mismos protagonistas de las batallas de esa época los que hoy lo reconocen— se trataba de la misma guerra, combatida sencillamente en dos frentes.

El frente de Averincev era la resistencia a la humillación, la defensa de la estatura humana auténtica. Y a pesar de su temor, casi pánico, en muchas cosas, es difícil imaginarse un hombre más intrépidamente caballeresco en esta empresa. Lo admitía él mismo: «Creo ser un hombre bastante tranquilo: de niño no he participado jamás en las riñas y cuando otros se pegaban me cubría la cabeza con los brazos, y hacía lo mismo cuando los demás discutían, sin embargo no alcanzo ni a imaginarme poder vivir sin una tendencia al desacuerdo». En una época de agresiva intolerancia

ideológica, Averincev vuelve muchas veces sobre la que define «cultura del desacuerdo», no «una tolerancia fácil, sino un sincero respeto recíproco» que no se precipita a «señalar como enemigo al que no está de acuerdo con nosotros, sino que reconoce la experiencia del otro como cierta». Y en cuanto a las ofensas, «no es necesario ofenderle, sino que es suficiente discutir con él y perdonarle con la conciencia clara y limpia de la propia culpabilidad. En la historia no somos inocentes».

El único enemigo verdadero, también en la discusión acalorada, para Sergei Averincev es quien «considera todas las frases que están bullendo delante de él como simples palabras, que no tienen ningún significado pero pueden servir al propio éxito, instrumentos para manejar en base a un cálculo premeditado». Es el «no-hombre», como lo denomina Averincev, que desgraciadamente también los mejores están tentados de usar como aliado en la discusión, hasta interiorizándolo y asimilándose a él. En realidad éste es un error fatal incluso en el caso en el que condujese al triunfo de nuestra posición, porque aquello a lo que se dirige la discusión es otra cosa: es redescubrir aquello «que une a los hombres en cuanto hombres», las «motivaciones humanas» que les reclaman, y el camino para unirlos y una «prudencia que no tiene nada en común con la diplomacia y que brota del sentido de la responsabilidad hacia 'la integridad', 'la verdad'».

A la luz de estas palabras, no es difícil darse cuenta de cómo cada intervención pública de Averincev en esos años se transformara en un evento, que abría una brecha en el telón de acero cultural y abría de par en par delante de los oyentes nuevos espacios ideales, estéticos, éticos. Entre 1969 y 1971, por iniciativa de Víctor Lazarev, uno de los mayores bizantinistas rusos, Averincev desarrolla en la Facultad de Historia de la Universidad de Moscú un curso «especial» sobre la estética bizantina. Es difícil imaginarse hoy el eco suscitado por estas lecciones, que en realidad no introducían tanto a la estética, como a los fundamentos de la patrística y al universo completo de la cultura cristiana. «No exagero —recuerda una antigua alumna—, era una bomba y a la vez una fiesta: cultural, espiritual y civil. El aula magna no podía contener un tercio de la gente que acudía 'por Averincev', para escuchar por primera vez, en sus traducciones y con sus comentarios, vertiginosos pasajes de los tratados de Dionisio Aeropagita, los himnos de san Juan Damasceno y de otros grandes teólogos y místicos de Bizancio (a menudo paralelamente con la patrística latina), para aprender las múltiples implicaciones de las concepciones teológicas en la arquitectura, en el arte sacro, en la poesía litúrgica. No sólo el contenido de estas lecciones-coloquios

estaba rigurosamente prohibido en un Estado ateo, sino su misma forma, el mismo orador con sus gestos, su manera de hablar, de presentarse respetuosamente ante el auditorio elevándolo a la dignidad de ser su igual, eran algo inverosímil».

Por otro lado, el contraste entre el sentido y el tono de estas clases y la ideología oficial (la «indecencia pública») no puede no provocar escándalo. En efecto, muy rápidamente, si bien Averincev continuó siendo un autor oficialmente «permitido», sus clases fueron suspendidas a instancias de la organización del partido presente en la universidad, que las denuncia como «propaganda religiosa». En realidad, el partido lo ha visto adecuado desde su punto de vista, la «Estética bizantina» se demuestra que es un gesto misionero, muchos estudiantes llegan a estar dispuestos por lo que han oído en las clases a acercarse a la Iglesia, y no son pocos los sacerdotes ortodoxos rusos que hoy recuerdan aquellas lecciones como el inicio de su propia vocación. Pecado, sin embargo, que hace terminar aquí la carrera universitaria de Averincev, porque el joven docente es relevado de la enseñanza reglada. De este modo, Rusia quedará privada de la posibilidad de tener una escuela de medievalismo, de literatura antigua y moderna, de cultura comparada creada por Averincev.

Después el estudioso desarrollará sólo de vez en cuando clases, hasta que en 1994, también por motivos de salud (en 1991 se somete a una grave operación de corazón), aceptará la cátedra de estudios eslavos en Viena, donde se traslada porque le garantizan condiciones de vida más estables y sobre todo la ya indispensable asistencia médica. Posiblemente su última clase magistral fue en Moscú el 1 de marzo de 2001, cuando le habíamos invitado a presentar la nueva edición rusa del El sentido religioso de don Luigi Giussani. Los estrepitosos aplausos que le recibieron en el aula magna de la Universidad humanística de Moscú, repleta de un público de todas las edades, testimoniaban, mejor que cualquier otra cosa, lo que significaba para los presentes.

Mirándole, ya tan frágil, pero también tan a sus anchas y con autoridad mientras hablaba del «ímpetu paulino» del anuncio que caracteriza la propuesta educativa de Giussani (una propuesta «paciente pero irreductible, que obliga a rechazar cualquier máscara ideológica y no permite al interlocutor otra posibilidad más que la de tomársela en serio», había dicho entre otras, comentando el encuentro con el joven que había elevado a ideal para él el Capaneo de Dante), recuerdo todavía el profundo sentido de gratitud que teníamos por su presencia entre nosotros, que de alguna manera confirmaba una continuidad, el reconocimiento de una perspectiva de trabajo en común.

Porque don Giussani, recordaba también en aquel lugar Averincev, propone «una hipótesis razonable, frente al derrumbamiento de todas las ficciones ideológicas en la medida en la que deben estar sometidas al tamiz de la razón», es fundamental la insistencia sobre la «comparación con la experiencia elemental, que debe convertirse en habitual sobre todo si se quiere llegar a ser hombres adultos y libres».

«Me ha salvado el miedo al aburrimiento...»

Durante más de veinte años, de 1969 a 1992, Sergei Averincev trabaja en el Instituto de Literatura Universal de la Academia de las Ciencias de la URSS, y desde 1981 dirige la sección de literatura antigua.

Se desarrolla en este período su gigantesco trabajo de «enciclopedista», autor de artículos sobre múltiples temas relacionados con los más diversos géneros literarios. En esta polifacética actividad no hay sin embargo riesgo de eclecticismo o dispersión, existe un común denominador que el mismo Averincev formula en los siguientes términos: «Durante toda la vida siempre he tratado de no escribir sobre temas por los que no tenga un afecto personal... y luego, instintivamente me las he ingeniado para conocer todos los bordes del camino, los nichos naturales en los que en nuestro país fuese de cualquier forma posible ocuparse de la filosofía religiosa divulgativa. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, probablemente habría tratado de concentrarme más sobre un único tema. Pero dos mecanismos, estrechamente ligados a nuestra vida, me han acompañado constantemente. El primero es la costumbre. Cuando nos han propuesto escribir sobre un asunto rigurosamente prohibido hasta aquel momento (y quién sabe, podría estar prohibido también en el futuro), mientras ahora se abre la posibilidad, ya se trate de la Biblia o de Mandelstam... es la costumbre: no se puede decir que no a cosas relacionadas con esto, es necesario coger al vuelo hasta lo que te ofrecen... Y el segundo mecanismo, estrechamente ligado al primero: He encontrado siempre el modo de tener muchas vías de salida de mi madriguera, en el caso de que me impidieran el paso por una».

Es por esto que muchos trabajos se quedan en el cajón durante años o son rechazados directamente por los editores, pero muchísimos son publicados en publicaciones oficiales, sobre todo en la Enciclopedia filosófica, pasando milagrosamente el examen de la censura (gracias también a auténticos recursos propios de los redactores, por ejemplo dejar en blanco hasta el último momento el nombre del autor de un artículo espinoso o dejar el párrafo final a cualquier dinosaurio del marxismo-leninismo.

Averincev se distingue por su virtuosismo en dar la vuelta a la imposición de la censura de escribir la palabra «Dios» con minúsculas, escribiendo de modo que esta palabra se sitúe siempre al inicio de la frase, después del punto). Se ha hecho famosa la llamada de teléfono entre dos estudiosos de Leningrado, que la misma tarde de la publicación del quinto volumen de la Enciclopedia filosófica se preguntan uno a otro: «¿Pero sabes si ha ocurrido un cambio ideológico? Después del libro que ha salido hoy...». O bien la llamada de teléfono de un censor que pregunta perdido en la redacción: «El artículo 'Cartas de San Pablo'... Perdóname, ¿de qué se trata? ¿Quién lo ha escrito?».

Con fina autoironía Averincev confesará de esta manera el motivo de su «frondosidad»: «Creo que las virtudes que me faltan, como la osadía y la firmeza, son sustituidas en mí por un vicio, el miedo mortal al aburrimiento. Me aburriría tanto escribir cosas autorizadas a priori que simplemente no me saldrían bien».

Tras el derrumbamiento del régimen, en 1989 Averincev es elegido diputado en la Duma en el grupo de Andrei Sajarov y acepta el puesto por estos motivos: «¿Cuáles son los vicios sociales? Permítame que le cite la novela de Bulgakov: 'No, jefe, no ha sido de muchas palabras en esta ocasión. La única cosa que ha dicho es que entre los vicios humanos se mantiene como el más grave la cobardía'. El Pilato de Bulgakov queda turbado dolorosamente por estas palabras. Podríamos sufrir este mismo dolor también nosotros. El fruto cuya raíz es la cobardía, su árbol frondoso es el anonimato en el comportamiento social por el que se puede decir cualquier palabra y llevar a cabo cualquier acción sin realizar jamás una elección ni asumir ninguna responsabilidad. 'Necesita hacerse así'. 'Así lo pensamos todos'».

En el umbral del Misterio

La historia de Sergei Averincev, tan colmada de acontecimientos externos sensacionales, tiene un aspecto particularmente íntimo, la sufrida pasión por la unidad de la Iglesia que le lleva a vivir una profunda pertenencia al cristianismo de Oriente y de Occidente, a encontrarse en su propia casa tanto en una como en otra tradición, pero también a vivir como una herida penetrante la división existente.

Bautizado en la ortodoxia, vive una profunda, invisible relación con la Iglesia de Roma, altamente estimada y amada por él; una relación que se expresa por ejemplo en la devoción con la que durante años visita y sostiene algunas ancianas monjas

dominicas, supervivientes del campo de concentración en el que falleció su superiora, la madre Ekaterina Abrikosova, en 1936. Al comienzo de los años ochenta piensa hasta en el sacerdocio y, con un cierto romanticismo, en la posibilidad de recibir las órdenes sagradas clandestinamente en la Iglesia católica de rito oriental, retomando una tradición nacida en Rusia a comienzos del siglo XX. El padre Eugenio Gejnrichs, joven dominico de Leningrado, también él ordenado clandestinamente, celebra muchas veces la misa para Averincev y su familia (su mujer y sus dos hijos), en su piso moscovita.

Pero son los años de Andropov, en los que (después de las Olimpiadas de 1980, con motivo de las cuales las autoridades han hecho tabla rasa del disenso) la atención del KGB se dirige a los denominados «activistas religiosos»: como hemos visto, en aquellos mismos años el padre Men, por ejemplo, es citado a presentarse a diario en la Lubianka. Algún funcionario hace saber a Averincev cuántos y cuáles sufrimientos podrían ir a su encuentro, al de su familia y al de todos aquellos que están implicados en el asunto, y él decide suspenderlo. Se limita a desarrollar su trabajo de investigador y a frecuentar las iglesias abiertas al culto, pero da siempre más espacio al trabajo de traducción de las Sagradas Escrituras (en particular los Evangelios y el Salterio), de los que en Rusia hay gran necesidad porque las traducciones existentes están ya anticuadas y a veces son inexactas. Traduce también numerosos himnos de la tradición litúrgica de Oriente y de Occidente, donde a su talento de filólogo se une el sentido innato de la musicalidad de la palabra (durante toda la vida compone poemas y oraciones en verso).

Pocos años después, en la era Gorbachov, será el mismo gobierno soviético el que le invitará a tomar parte de una serie de congresos histórico-religiosos con ocasión del bautismo de Rusia. La prohibición de irse al extranjero desaparece, Averincev es disputado como rector de las mayores universidades del mundo, condecorado con innumerables medallas y doctorados honoris causa, requerido como «consultor» por el mismo papa Juan Pablo II, que le invita periódicamente a visitarle.

Su diagnóstico de la sociedad contemporánea es implacable («Los jóvenes hoy no sufren de pereza, sino de devastación del deseo de la cultura y de la capacidad misma de desear»); su visión del cristianismo de hoy en día es lucidísima («Todas las leyes de la probabilidad están contra el cristianismo... En el mejor de los casos se intenta falsificarlo, reconstruirlo a la propia imagen, reconvertirlo en un cómodo y confortable paganismo»). Pero no es ésta para él la última palabra: ya sea cuando le he oído al reunirme con él, ya sea leyendo sus escritos he percibido siempre una íntima

alegría, una esperanza radiante, que como él mismo subraya nace únicamente de aquellas palabras dichas al apóstol: «'Simón, Simón, Satanás os busca para acecharos como trigo; pero yo he rogado por ti…'. Éste es en pocas palabras el resumen de toda la historia del cristianismo… Sobre este 'pero' y sólo sobre ése es donde se fundamenta todo el cristianismo, como una cadena delgadísima y fortísima que lo sustenta sobre el abismo, a pesar de todo… La Iglesia no tiene nada que ofrecer a la sociedad sino sólo a Cristo».

El 3 de mayo de 2003, mientras participaba en un congreso en Roma, Averincev es golpeado por un infarto que lo deja en coma, reducido a un estado vegetativo, durante aproximadamente un año. Muere en su piso de Viena el 21 de febrero de 2004.

En los últimos años había sido para Averincev un consuelo ser admitido en la parroquia a predicar los sermones, un servicio litúrgico que le acercaba al altar, a su vocación no realizada. Él, que en sus lecciones universitarias había dicho que «en la vida, en el arte, en el pensamiento todo depende de una palabra que está en los límites de lo expresable, y que conquista para la expresión al menos un borde microscópico del terreno de lo inexpresable», en sus homilías repite muchas veces que sólo el milagro de la Encarnación es el que hace posible que «en la palabra humana pueda estar comprendido el incontenible Verbo divino, de modo que la palabra humana pueda ser capax Dei, superándose a sí misma, sobrepasando sus propios límites, permaneciendo puramente humana pero transformándose también en algo más allá». Paradójicamente, esta íntima relación secreta que lo llenaba de Su sabiduría, que hacía a su palabra capax Dei ha emergido durante los meses de agonía, de irreparable ofuscación de una mente tan genial, a través de una poesía suya que nos hablaba del umbral del Misterio.

Oración para la última hora
Cuando la muerte se reirá de mí
como aquella que ríe última y flaquearán
los miembros uno a uno
esté conmigo Tu Fuerza

Cuando el pensamiento se volverá lento
cuando la voluntad se perderá
cuando no sabré más mi propio nombre
esté conmigo Tu Nombre

Cuando llegará el fin de los discursos
y la lengua tan locuaz durante un tiempo
se convertirá en piedra en la afasia de la tumba
esté conmigo Tu Palabra

Cuando pasará la apariencia
que el profeta veía a plena luz
y la soberbia de no estar desnudo aparecerá
llena de Ti mi vacío.

LA MECANÓGRAFA Y LOS MUCHACHOS DEL «FARO»
Vera Laskova

Al comienzo de los años sesenta, en Moscú se respira un aire de libertad, la sensación de que cosas hasta ayer impensables han alcanzado la posibilidad de hacerse realidad.

Como efecto de la muerte de Stalin, de la denuncia de los excesos del estalinismo en el XX Congreso del PCUS, de la vuelta del campo de concentración de millones de detenidos... Es un hecho —dirá después Nadezda Mandelstam, una de las figuras-símbolo de la cultura rusa— que los muchachos de los años sesenta eran a los ojos del régimen como «manadas de potros salvajes», habían comenzado a juntarse para cantar, discutir, beber vino, sin ningún motivo particular, sólo porque eran amigos y tenían el deseo de vivir de todos los jóvenes del mundo. Un comportamiento sin nada de particular, sin embargo transgresor respecto a las generaciones anteriores, a las que el terror estalinista había enseñado a desconfiar, a no expresar jamás su opinión, es más a no aventurarse ni siquiera a pensar que existiese una opinión distinta de la dictada desde arriba. Los muchachos de los años sesenta, en cambio, habían vuelto a respirar libremente, se habían quitado el peso del miedo, habían redescubierto las «preguntas malditas»... en conjunto, no habría sido fácil, ya, reducirlos de nuevo al silencio.

Vera Laskova es una de ellos, pertenece a la generación «artificialmente educada en un ambiente estéril, en el laboratorio de los planes quinquenales estalinistas, puesta con cuidado al refugio de cualquier 'influencia perniciosa'» como relatará más tarde uno de sus contemporáneos, Yuri Burtin. «Desde que dimos los primeros pasos nos habían enseñado a mirar el mundo que nos rodeaba a través de los cristales rosas de la mitología oficial. A esto estaba destinada toda la instrucción oficial: desde la escuela a la protección de las aulas universitarias, el komsomol, la prensa, la radio, la literatura del 'realismo socialista'. Todo estaba orientado a este único objetivo y el aparato del partido, el KGB y la censura velaban para que ninguna voz discordante turbase estos esfuerzos conjuntos...». En realidad, el destino de Vera, como el de su generación, atestiguará la derrota del régimen, el fracaso de su «leyenda». Porque que el

experimento ha resultado un fracaso lo dicen hasta los mismos protagonistas: «Porque la vida es indestructible, es más astuta también que los cálculos aparentemente más perfectos y previsores».

¡Al Faro!

Como tantos otros, Vera vive con sus padres en un gran apartamento compartido (siete familias), en la calle Precistenka de Moscú: para Vera es como una especie de gran familia, con una chica de su edad que es su mejor amiga y cordiales vecinos que la toman al cargo cuando su madre está ausente por trabajo (su padre, ferroviario, vive habitualmente en Smolensk, y tras haber sufrido un infarto la madre pasa con él largas temporadas, desde que Vera es adolescente). Vivía también una anciana monja, María, exclaustrada del monasterio moscovita de Novodevichi, cerrado por el régimen, que vive de la caridad de los vecinos que le dan algún trabajillo que hacer y le dejan dormir sobre un baúl en el pasillo: es ella la que enseñó a leer y escribir a la pequeña Vera. En su familia la fe está todavía viva: el abuelo paterno de Vera era jefe de un consejo parroquial, y también su padre en Smolensk considera un honor acudir todos los domingos a misa a la catedral, con traje de fiesta, teniendo en cuenta que su puesto de funcionario público se lo desaconsejaba encarecidamente. De este modo para Vera el hilo de la tradición no se había roto: desde pequeña la Iglesia es parte de su horizonte, y conoce el calor de las relaciones personales marcadas por la sinceridad y la apertura.

En la escuela obtiene magníficos resultados en todas las materias, es muy curiosa y sueña en particular con ser astrónoma; más tarde el cine se convierte en su pasión dominante, influida por la aparición de la primera película de Tarkovski y por el neorrealismo italiano, así que al terminar la escuela se matricula en el Instituto teatral para llegar a ser directora de cine. Goza de una extraordinaria libertad e independencia: su madre está casi siempre en Smolensk, las vecinas cierran los ojos, así que su habitación se convierte en una especie de cuartel general para su grupo de amigos, que juntos se interesan por la poesía, el arte, la música, van con frecuencia a cines y teatros, entrando las más de las veces gratis mediante algunas artimañas. Entre sus contemporáneos hay algunos que en oposición a la cultura oficial han creado un círculo propio, «la más joven sociedad de los genios» (de siglas SMOG). «Éramos bohémiens, nos gustaba hacer tonterías, provocar a la mentalidad corriente —recordará años después la misma Vera—, aunque frente a los jóvenes de hoy, creo poder decir que teníamos un fuerte sentido moral, una especie de pureza innata,

estudiábamos y trabajábamos con seriedad. La pasión por la palabra libre, por la belleza, también por la aventura nos empujaba a hacer circular textos poéticos, a organizar debates y exposiciones de cuadros y esculturas». Naturalmente, todas iniciativas rigurosamente prohibidas, por tanto organizadas en un clima de conspiración en casas particulares o en alguna entreplanta puesta a disposición por un conocido que hace de portero o de responsable de las calderas; de hecho sólo una vez el grupito logra escapar al ojo vigilante de la autoridad y organiza oficialmente una velada en la biblioteca del barrio.

Resulta difícil reconstruir cómo se fueron conociendo entre ellos los «jóvenes genios»: probablemente de manera bastante casual —compañeros de estudios, vecinos de casa —, un proceso espontáneo que en principio implica alrededor de una decena de jóvenes pero que se agranda gradualmente como una mancha de aceite, en la onda de una sensibilidad común. Por ejemplo, una vez un amigo del Instituto de química invita a participar en una velada de poesía a sus compañeros, se estrechan nuevas amistades, se descubren nuevos «jóvenes genios» y así crece el grupo. Nada que ver con la política en la que no piensa ninguno.

La pasión por la poesía, el arte y el teatro, además de ser una tradición muy viva en Rusia, es para Vera y sus amigos también una reacción —tal vez inconsciente, pero intensa, manifiesta— a la pretensión del sistema de censurar toda expresión creativa, toda libre iniciativa del yo (hasta las cancioncillas cantadas en los espectáculos de variedades o en la radio), de eliminar toda desviación mínima de la forma de pensamiento prescrita, aunque esté lejana de la política. Impera por todas partes el «realismo socialista», es decir la realidad como debe ser a los ojos de la ideología.

El 28 de julio de 1958, cuando en el centro de Moscú es inaugurado el monumento a Vladimir Maiakovski (el poeta por excelencia de la revolución, como lo presenta el régimen), el confuso empuje libertario de las jóvenes generaciones se transforma por primera vez en un acto público, social. Maiakovski pertenecía a la generación que había creído poder rehacer el viejo mundo con sus creencias, y tras despertarse del sueño de un mundo nuevo al que habían servido fielmente durante años, se había suicidado en 1930. Pues bien, durante la ceremonia oficial de inauguración del monumento, los poetas soviéticos oficiales leyeron sus versos, después, espontáneamente, algunos entre el público —en gran parte jóvenes — tomaron la iniciativa de leer sus propias poesías. La velada poética improvisada a cielo abierto agrada a todos, y se ponen de acuerdo en proseguir regularmente los encuentros en el «Faro» (de este modo es como los muchachos acostumbraron a llamar a la plaza, por

el diminutivo de Maiakovski —majak, que significa precisamente faro). En los primeros tiempos se reúnen allí casi cada tarde, se leen versos de poetas olvidados o perseguidos, versos propios, a veces surgen discusiones sobre arte, literatura. Una especie de Hyde Park.

Por medio de comunes amigos, Vera conoce al héroe del «Faro», Yuri Galanskov: «Un muchacho extraordinario, fuera de lo común, muy pronto llegamos a ser amigos inseparables, estábamos siempre juntos. Yuri era seis años mayor que yo, había hecho ya una elección civil y política. Pero la suya era ante todo una posición existencial, para el hombre».

Se convierte, para todo el grupo, en una especie de himno una poesía escrita por Yuri, que resuena muchas veces en la plaza Maiakovski, el Manifiesto humano: «Estamos acostumbrados a ver/ paseando/ a lo largo del camino/ en las horas libres/ los rostros sucios de la vida/ como los vuestros./ Y en un trecho,/como el ruido del trueno/ y como la venida de Cristo al mundo/ insurrecta / pisoteada y crucificada / la belleza humana».

Muy pronto las autoridades ponen fin a las lecturas autorizadas en el «Faro», cada vez más frecuentadas y más incontrolables. Sin embargo Yuri Galanskov y algunos otros amigos, como Vladimir Bukovski, que más tarde se convertirá en un famoso disidente, en septiembre de 1960 deciden retomar las lecturas. La técnica del boca a boca funciona, y se reúne un gentío enorme de oyentes. «Era lo que durante tanto tiempo habíamos deseado», escribirá después Bukovski, es decir la superación del muro de silencio, la certeza de que dicha una palabra de verdad, apenas susurrada, genera vibraciones capaces de romper las prisiones ideológicas construidas por el omnipotente y omnipresente régimen.

La batalla por la «palabra libre»

Desde la plaza Maiakovski nace también la idea de publicar una revista, Fénix (el promotor de la iniciativa es una vez más Galanskov, que elige la imagen del fénix para subrayar que es posible renacer de las propias cenizas, resurgir), naturalmente mecanografiada, multicopiada y difundida clandestinamente. Pero necesita alguien que sepa escribir a máquina, y he aquí que Vera da un paso al frente y se ofrece para echar una mano: «Era simplemente amiga de los 'jóvenes genios' y de Yuri, pero no tenía ningún papel dentro del grupo, no he escrito nunca poesías y no he terminado

ni los estudios porque antes he sido arrestada. Pero la gente que me habían hecho conocer me había gustado de inmediato, incluso los que eran mayores que yo no intentaban imponerme sus ideas, sólo que escuchándoles me sentía 'leída por dentro', entendía que lo que me decían expresaba y sacaba a la luz cosas que sentía profundamente. De mí, puedo decir que no he tenido jamás ningún programa político: que el poder soviético fuera repugnante, falso y criminal, lo sabía como todo el resto de personas lo sabían, lo sabía por la historia de mi propia familia y la de tantos otros». Fénix es sólo el primer paso, Vera Laskova se convertirá durante veinte años en la mecanógrafa del movimiento de disenso, escribirá a máquina montañas de samizdat.

La difusión espontánea de textos, para escapar a la censura, es probablemente tan vieja como la misma censura. Pero en 1959, en Rusia, en la conciencia social se produce un brusco giro, que transforma de golpe un proceso instintivo, espontáneo, en una serie de instituciones alternativas a las oficiales —sobre el samizdat un apunte: es un neologismo acuñado para la ocasión, que en ruso significa «editar por sí mismo»—. Un papel clave en esta empresa lo ocupa otro amigo de Vera, Alexander Ginzburg, con la revista Sintaxis. Lo que guía a los creadores del proyecto es el deseo de hacer circular las obras que por diferentes motivos no habían sido autorizadas por la censura y nunca se habían intentado ni imprimir. Las primeras revistas samizdat, Fénix, Sintaxis, constituyeron una real y verdadera declaración de independencia del proceso cultural, de rechazo del anonimato y de la clandestinidad porque informan negro sobre blanco, en la cubierta, del nombre de sus redactores. Los órganos del poder entendieron muy bien el «salto en la conciencia» que se está operando en la sociedad: casi inmediatamente, en julio de 1960, se produce el primer arresto de Galanskov y Ginzburg: el primero termina tras algunos meses en un manicomio, el segundo permanece dos años en un campo de concentración por «propaganda antisoviética».

No obstante el camino ya está abierto: en los siguientes años seguirán numerosos compendios y recopilaciones literarias, difundidos siempre por el samizdat. Recuerda todavía Bukovski: «En todas las organizaciones y oficinas de Moscú las máquinas de escribir estaban cargadísimas de trabajo: se recopiaban para sí y para sus amigos los versos de Gumilev, de Mandelstam, de Achmatova, de Pasternak. Y teníamos la sensación de que poco a poco, con cautela, la gente estiraba los miembros entorpecidos de tanto estar sentados, probaba a mover las extremidades, a cambiar de posición... Nos parece que nada ya le detiene, se puede levantar, no estaba

acostumbrado, se había olvidado de estar derecho sobre las dos piernas».

Vera y sus amigos se encuentran implicados en un juego cada vez más difícil. Las autoridades buscan reiteradamente poner fin a estas reuniones no autorizadas, en las que los jóvenes comienzan gradualmente a discutir de temas filosóficos e históricos, a comentar los acontecimientos políticos, siempre al grito del Manifiesto humano de Galanskov en los oídos: «Soy yo,/ que invito a la verdad y a la revuelta,/ que no deseo servir más,/ y rompo vuestras negras cadenas, tejidas de mentira». Otra vez Bukovski recordará: «Nosotros sentíamos este poema como la sinfonía de la revuelta, una invitación a romper las trabas... Y todo esto era leído en el centro de Moscú, donde solamente siete, ocho años antes por similares palabras, susurradas, te habrían condenado a diez años sin pensarlo. Cada intervención dejaba una inexplicable sensación de libertad, de fiesta, que tenía algo de místico en esta lectura de versos en la noche de la ciudad, a la luz extraña de las ventanas, en el trolebús retrasado...».

Mientras tanto, cada vez es más frecuente que las reuniones sean disueltas por agentes de la policía, los participantes detenidos, retenidos durante horas en las comisarías, su actitud «antisoviética» es denunciada en la universidad o en el centro de trabajo. Sólo en el otoño de 1961, sin embargo, se conseguirá poner fin a los encuentros, con el arresto de los principales activistas del «Faro» (Osipov y Kuznecov se cargarán ambos con siete años, Bokstein con cinco). «Ninguno de nosotros se imaginaba terminar en prisión —es ahora Vera quién relata—, no teníamos particulares intereses políticos, pero la política entró en escena cuando el poder comenzó a perseguirnos». Indignados por las presiones del KGB, por los continuos seguimientos, las citaciones, los interrogatorios, las acusaciones de comportamiento antisoviético y antisocial, los muchachos del «Faro» sienten el deber de oponer una resistencia ante la violencia moral ejercida sobre su propia libertad.

Cae Jruschov, el disenso no

De la poesía al compromiso social y político, para los muchachos del «Faro» no es un salto en el vacío, sino más bien una profundización de la responsabilidad de defender lo que han encontrado de auténtico haciendo camino.

Es sintomático que, tras la plaza Maiakovski, la segunda prueba del «disenso» llegue con ocasión del proceso contra Siniavski y Daniel, dos escritores culpables de haber publicado bajo seudónimo algunas obras en el extranjero. El caso estalla en

septiembre de 1965, con el arresto de los dos escritores, en un clima de crecientes tensiones que sigue a la destitución de Jruschov en octubre de 1964, que interrumpe el período de las reformas económicas confusas y arriesgadas que había acompañado la desestalinización. La nueva fase política, que alza a Breznev como secretario general del partido y a Kosygin como presidente del gobierno, se pone el objetivo primario de consolidar la situación a nivel político y económico, y de reconducir a su cauce la situación ideológica interna desestabilizada por las manifestaciones de protesta e independencia.

En el nuevo contexto, también Vera prueba las detenciones e interrogatorios de la policía. Su «bautismo», que a una distancia de años esta sesentona menuda, enérgica —su rostro de niña en el que resaltan unos grandes ojos grises que se iluminan con la sonrisa— me cuenta con humor, casi con hilaridad, se produce a comienzos de 1965: «Me llevaron al cuartel general del KGB, la Lubianka; el motivo era que habíamos intentado organizar una manifestación de protesta contra la progresiva 'rehabilitación' de Stalin, a todos los niveles. La manifestación habría debido tener lugar el 5 de marzo, aniversario de su muerte, en la plaza Roja; habíamos preparado octavillas de denuncia que yo había escrito a máquina». (Además, de todos los materiales que han pasado por sus manos, Vera no ha conseguido conservar ninguno, tantos han sido los registros, los secuestros, no le quedan ni fotografías de cuando era joven). En todo caso, en aquel primer interrogatorio de 1965 (al final será puesta en libertad), el interrogador asume en la relación con la estudiante de veintiún años un tono paternalista, para tratar de convencerla de que aquel comportamiento no puede traerle nada bueno, que debe cambiar de camino, dejar las malas compañías y ponerse a estudiar seriamente, y amar al poder soviético. «Ni pensarlo —es la reacción de Vera—, para mí simplemente era ridículo; al contrario, me echaba a reír, sorprendentemente no tenía ningún miedo, ya éramos otra generación respecto a la de mis padres, en particular a mi madre, que había tenido a su padre internado en un campo de concentración, y había pasado su vida escondiendo esta 'mancha' de su pasado y había interiorizado el miedo, estaba aterrorizada por mi comportamiento».

La superación del miedo, la convicción de tener de su parte la razón y el porvenir es lo que —por primera vez en decenios— anima a la generación de Vera y sus amigos. Lo dirá con otras palabras también Pasternak: «Un mundo se ha derrumbado, otro está por nacer». Otro tanto es la reprobación el proceso contra Brodski, en 1964, que osa declararse inocente, o la primera manifestación no autorizada del «disenso» organizada por los «jóvenes genios» el 14 de abril de 1965, cuando doscientos desfilan

por las calles céntricas de Moscú enarbolando carteles provocativos, poniendo los pelos de punta a los «órganos» soviéticos en su puritanismo: «¡Robemos al realismo socialista su virginidad!».

Pues bien, el caso Siniavski-Daniel, que debería ser a los ojos del régimen la ocasión para montar un «proceso ejemplar» y cerrar la boca a todo «disenso» posible, se termina el 12 de febrero de 1966 con la máxima de las penas (siete años) para Siniavski y cinco para Daniel. En realidad el proceso se convierte en una victoria, en el hecho fundacional del movimiento por los derechos humanos. Ya el 5 de diciembre de 1965 (día de la Constitución soviética), en la plaza Pushkin algunos estudiantes y hasta algunos profesores de la Universidad Estatal se habían mostrado a favor de los dos escritores. Pero sobre todo es Ginzburg, entre un arresto y otro, quien transforma el proceso en un bumerán para el régimen: recoge toda la documentación del caso en un dossier, el Libro blanco del caso Siniavski-Daniel, ofreciendo las pruebas documentales de que el régimen perseguía la libertad de pensamiento. Y lleva a Vera el tesoro para pasarlo a máquina: «Cuando he visto todos los materiales recopilados por Ginzburg, las transcripciones de los testimonios, tan claras, donde se decía del derecho y del revés cómo había ocurrido todo en realidad, he aceptado de buena gana escribirlo a máquina. La falsedad, la hipocresía me daban náuseas en sentido casi físico. Éste era el motivo que me empujaba a trabajar, jamás he tenido la idea de rehacer el mundo, de sostener o combatir a ciertos políticos, quería sólo oponerme a la mentira o al menos no ser cómplice de ella». Los amigos están tan convencidos de la fuerza de la verdad que poseen, que hacen llegar, en diciembre de 1966, una copia del Libro blanco a Podgorny y a otros miembros del gobierno, al KGB y a personalidades del mundo de la cultura.

En enero de 1967 llega el arresto para Vera Laskova, Alexander Ginzburg, Yuri Galanskov y Alexei Dobrovolski (Vera es arrestada directamente en el Instituto teatral donde está haciendo los exámenes semestrales, el 17 de enero). Inmediatamente después, una treintena de muchachos bajan a la plaza para una acción de protesta contra los artículos 70 y 190 del Código Penal («Agitación y propaganda antisoviética»; «Difusión de informaciones notoriamente falsas difamatorias del Estado y del régimen soviético»). Le siguen nuevos arrestos y condenas, se crea una cadena de solidaridad que se convertirá en típica del disenso: una extraordinaria «orquesta sin director», la definiría Vladimir Bukovski, «de la que cada uno de nosotros formaba parte, empujado únicamente por el sentido de su propia dignidad y de la responsabilidad ante lo que pasaba... Nadie había 'encargado' a

Ginzburg recopilar los materiales del proceso Siniavski-Daniel, y a Galanskov de hacer al mismo tiempo Fénix-66, nadie había obligado a Laskova a mecanografiar todo esto, ni a Vitka Chaustov y a mí a organizar una manifestación cuando les arrestaron».

Los arrestados sin embargo sólo pueden imaginar la solidaridad de sus amigos: antes del proceso (enero de 1968) pasan un año en aislamiento absoluto. Incluso en el proceso no está presente nadie salvo sus padres y los abogados de la defensa; está en cambio la claque de los provocadores, que grita y silba las declaraciones de los imputados, siguiendo un guión preestablecido.

«Un encuentro que compromete tu corazón»

La lucha del puñado de muchachos contra el régimen no es un juego. Yuri Galanskov, que había desafiado a la autoridad —«Podréis vencer esta batalla, pero perderéis igualmente la guerra...»— en el proceso, es condenado a siete años de campo de concentración y morirá el 4 de noviembre de 1972 en un campo de Mordovia. Ginzburg está dentro y fuera del campo de concentración hasta 1979, cuando es expulsado de la URSS, intercambiado junto con otros presos de conciencia por algunos espías soviéticos condenados en los Estados Unidos.

Para Vera Laskova, la condena —más suave que a los otros, sólo un año en la cárcel de Lefortovo, en Moscú— provoca un hito en su vida, el encuentro personal con la fe: «Mi familia era creyente, sin embargo yo no había tenido una experiencia de vida cristiana, y además la inmensa mayoría de mis amigos no creía. En prisión me he dado cuenta de la cosa más importante que puede suceder en la vida, esto es, el encuentro personal con Dios, un encuentro que implica tu corazón. Conocía ya la religión, pero allí he encontrado a Dios. Dios me ha salido al paso, como si hubiese querido para mí un largo espacio de silencio para hacerse reconocer por mí. Era otra cuando salí de la prisión, y de hecho el primer sitio al que fui fue una iglesia. Lo sorprendente es que, una vez salida de la prisión, Dios ha continuado mandándome personas que me han ayudado a adentrarme siempre más en el camino de la Iglesia».

Estos «compañeros de camino» son también los protagonistas del movimiento en defensa de los derechos humanos: «Por ejemplo Anatoli Levitin-Krasnov, que lo había conocido todavía muy joven, en la Biblioteca Lenin, era el primero para el que había escrito a máquina un artículo. Nos fascinaba a los jóvenes (no tenía aún cincuenta

años, pero parecía no sólo un hombre de otra generación, sino de otro mundo) por su cultura enciclopédica, nos relataba gran cantidad de cosas interesantes, había visto con sus propios ojos a Trotski, Lunacharski, por poco no había visto incluso a Lenin... En los períodos entre varios arrestos, antes de la detención definitiva y de la expulsión de la URSS en 1975, le había escrito a máquina muchísimos materiales. Era un hombre de fe sincera, ardiente, orgánica. Se veía que la Iglesia era su vida. Era un 'disidente religioso', como se diría hoy, escribía artículos y opúsculos 'subversivos' que circulaban en el samizdat y no tenía ningún temor a batirse solo contra las deformaciones que veía en las estructuras eclesiásticas oficiales, reprochando sus compromisos y cesiones ante el poder. Era un auténtico y real Quijote. Recuerdo que vivía solo en una habitación muy pobre, era un hombre esencial, un verdadero asceta, escribía artículos y apelaciones incendiarias que nos apasionaban».

Mientras me habla de esta persona, a Vera le brillan los ojos: su relato me evoca casi visualmente el grupo de muchachos reunidos en una habitación desangelada —con libros por todos lados y en la mesa tazas de té acompañadas de alguna lata de conservas— intentando ávidamente escuchar al padre, al maestro que no habían encontrado en su familia ni mucho menos en la escuela. Para Vera, como para tantos otros de su generación, no ha habido solución de continuidad entre la vida personal y la militancia en el «disenso»: la suya era una fraternidad real, una amistad por la que era posible dar la vida.

Igualmente fundamental es el encuentro de Vera con Piotr Grigorenko, general de la Armada roja condecorado varias veces durante la Segunda Guerra Mundial, con cuarenta años de militancia en el Partido Comunista, que en 1965 se significa en defensa de Galanskov y Ginzburg y se bate en defensa de los derechos de la población de tártaros deportada de Crimea: por este motivo Grigorenko sufrirá cinco años de internamiento en el tristemente famoso Instituto de psiquiatría judicial Serbski y la expulsión del país en 1977 (después de la perestroika, una revisión de la investigación le ha declarado mentalmente sano, y le ha sido restituido el grado de general). «Cuando lo conocí —recuerda Vera— era aún un comunista convencido; pero siempre ha sido una persona muy honesta, recta, de una pieza, de modo que cuando se ha dado cuenta de la mentira la ha rechazado sin dudarlo, y precisamente por su rectitud y su honestidad ha tenido la fortaleza de cambiar radicalmente de postura, de combatir hasta el final su batalla. Era un hombre capaz de decirse: 'He dado la vida por ideal falso'. Es necesaria una gran fortaleza. Ha encontrado la fe sólo después de haber salido del manicomio, donde le habían torturado de forma impensable. Ha

recorrido un camino humano verdaderamente extraordinario. Al verlo parecía una estatua de Miguel Ángel, íntegro, sin ninguna fisura».

La vida de Vera Laskova se ha hecho de estos encuentros, del trabajo y de la amistad con estas personas. En cuanto a lo demás, para una que como ella había estado en prisión y no había podido acabar sus estudios, todas las puertas le estaban cerradas. Después de haber salido de la cárcel Vera se matricula en los cursos de conducir y trabaja como conductora, como mujer de la limpieza, con el fin de no incurrir en las sanciones previstas en la URSS para los desocupados. En realidad, estos oficios son poco más que coberturas, su verdadero trabajo consiste en escribir a máquina los textos del samizdat a tiempo completo.

A esta actividad se le une otra, ayuda a su amigo Alik Ginzburg, confinado en Tarusa (la ley soviética prohíbe a los ex detenidos vivir en las ciudades principales), a administrar el «Fondo social de ayuda a los prisioneros políticos y a sus familias», constituido en 1974 con los derechos de autor de Archipiélago gulag de Alexander Solzhenitsyn. Vera es una del grupo que lo sostiene. Un trabajo capilar, que implica interesarse por las familias de los detenidos y por sus necesidades, hacer llegar algo de dinero a los lugares de detención, abastecer a las mujeres de los detenidos con algo de ayuda o ropa para los maridos, acoger en la propia casa a alguien. Una ayuda providencial es el viejo coche «Moskvich» de Solzhenitsyn, que lo dejó a disposición del Fondo en el momento de ser expulsado de Rusia: durante años Vera Laskova, experta conductora, transportará paquetes, conocidos y personas a las que ayudar... El trabajo para el Fondo es una cadena de solidaridad que se amplía continuamente, a pesar de los riesgos; cada uno se siente corresponsable de ella, queriendo contribuir a la causa común: a una distancia de muchos años, Vera no titubea al definir a estas personas como su «familia».

Conductora de cisternas

Entre las manos de Vera Laskova han pasado un mar de publicaciones clandestinas, pero el puesto de honor lo ocupa Crónica de los acontecimientos corrientes, un boletín mecanografiado que nace el 30 de abril de 1968, marcando el comienzo de la información independiente en la Unión Soviética.

A diferencia de las revistas precedentes, surgidas entre 1959 y 1965, que no tenían la pretensión de informar sino que buscaban simplemente expresar una posición

cultural, la Crónica se propone romper el monopolio informativo del régimen. No sólo documentando los crímenes del régimen, sino también la resistencia opuesta por los ciudadanos ante las violaciones de los derechos humanos. A cargo de los diez primeros números está la poetisa Natalia Gorbanevskaia, que se ofrece para redactarlos estando «en casa con permiso de maternidad; tenía tiempo libre, he preguntado a mis amigos si podía ser útil y de este modo me he puesto manos a la obra. Recuerdo que he trabajado sobre el primer número de la Crónica en otra casa, un apartamento vacío 'dotado' solamente con una máquina de escribir; si en aquel momento alguien me hubiera dicho que este boletín se publicaría durante quince años, no le hubiera creído».

Gorbanevskaia pasa casi directamente del permiso por maternidad al hospital psiquiátrico (en diciembre de 1969): pero alguien recoge el testigo y la Crónica continúa saliendo (sesenta y cinco números durante un período de quince años, hasta 1983). Vista la escalada de las medidas persecutorias, se decide publicarla sin los nombres de los redactores en la portada. Éstos recogen las informaciones por medio de una red de contactos con las familias de los presos políticos, que trasmiten noticias de los campos de concentración. Y todos los que reciben la Crónica se comprometen a recoger y hacer circular las noticias de las que son conocedores. Desde los inicios la tirada es de algunos centenares de copias, a veces llega hasta las mil. Además, muchas radios occidentales «relanzan» la Crónica, leyéndola en directo. Dentro del campo de interés de la Crónica se encuentran los hechos observados en la vida de todo el país, desde las persecuciones a los creyentes, a los tártaros de Crimea, hasta las represiones en Ucrania y desde 1972 en Lituania (en una reciente edición crítica, el índice geográfico ocupa más de sesenta páginas). Vera está implicada en la empresa: «Escribíamos a máquina con papel copia desde siete hasta veinte copias cada vez, y cada lector se convertía, después, a su vez, en un potencial reproductor y difusor, así se agrandaba el círculo».

Vera vive toda la parábola del disenso, desde la empresa de los «jóvenes genios» hasta la ola de represión que pone fin al disenso en la URSS, coincidiendo con el fin de la distensión y la invasión de Afganistán (diciembre de 1979), la Olimpiada de Moscú (julio de 1980) y la crisis polaca (diciembre de 1980). En 1983, después de una redada contra la Crónica de los acontecimientos corrientes, Vera Laskova es de nuevo arrestada y condenada a siete años de confinamiento en un pueblecito perdido entre las provincias de Tver y Pskov.

Es un momento crucial, por muchos motivos. Se encuentra sola, lejos de sus amigos,

obligada a cambiar de profesión, de mecanógrafa se convierte en conductora de cisternas en un koljós: «Un trabajo duro porque exigía mucha fuerza física, que frecuentemente era superior a mis propias fuerzas». Una vez, después de haber acompañado al autobús a su madre, que había venido a pasar unos días con ella, Vera rompe a llorar: «No recuerdo haber llorado jamás así, ni cuando era pequeña, aunque ya tenía cuarenta años. Me sentía sola en el mundo, sollozando desesperada en la acera desierta, y he aquí que desde las ruinas de una iglesia cercana a la parada, en aquel rincón perdido, oigo llamar: 'Vera, ¿qué te pasa, por qué lloras?', y sale Tonja, una vagabunda borrachina del lugar. 'Toma, no te la quedes, bebamos un trago...', y me da una palmada en la espalda. 'Gracias Tonja', he sentido de repente el calor de un ser humano que me era cercano». «Sí, los años de confinamiento — continúa con su modo de hablar un poco esquivo, que enmascara la conmoción con la agresividad de una adolescente— también han sido unos años de una gracia tan especial: como si Dios de alguna manera me hubiese despojado de todo —la ciudad, los amigos, los conocidos, los quehaceres— para que pudiese estar sola delante de Él, obligada a mirarle a la cara. Y además los amigos no han dejado jamás de sostenerme, quien escribiéndome, quien viniendo a verme... por suerte no fueron detenidos todos a la vez, y así quien estaba en libertad visitaba y ayudaba por turno a los que estábamos confinados o en la cárcel... Tonja, en aquel momento, fue para mí como el ángel del Señor».

Una sonrisa contagiosa, dos manos encallecidas por el trabajo (todavía es capaz de reparar los motores, elogia sin reservas el viejo Volvo en el que la acompaño al metro después de nuestra entrevista, pero se queda un poco estupefacta porque no sabe arreglar una abolladura en el lateral: «No sería difícil repararla, eso sí, con las herramientas adecuadas...»). Vera Laskova afronta con valentía el último capítulo de su historia: de los viejos amigos que han perseverado, ¿qué han hecho al final los disidentes? «Desgraciadamente cada vez más están desapareciendo, es triste decirlo pero las más de las veces nos vemos en los funerales. La tragedia del disenso, en mi opinión, ha sido el descubrimiento de haber llegado a ser inútiles. Algunos, después del comunismo, creían que Rusia tendría necesidad de ellos. Recuerdo, por ejemplo, el entusiasmo con el que se hablaba de la posibilidad de celebrar un proceso similar al del Nuremberg. Después no se ha hecho nada, los comunistas se han quedado donde estaban y mis amigos han caído en el escepticismo: el nuevo poder no nos quiere y el pueblo no sabe ni siquiera lo que quiere, probablemente busca solamente sobrevivir. Ésta es la experiencia de Bukovski, la del mismo Sajarov... probablemente también debe considerarse que poquísimos de los disidentes eran creyentes, para mí, gracias a

Dios, ha sido diferente. Al retornar a Moscú desde el confinamiento, en 1991, he colaborado con el Memorial, la asociación creada por Sajarov para salvaguardar la memoria de las víctimas del régimen. Además me he ocupado de mi madre, que ha estado mucho tiempo gravemente enferma. Ahora que estoy jubilada —tengo la pensión mínima— trato de hacer lo que puedo en la Iglesia y en mi barrio. Conocer cuánta gente hay que necesita ayuda, francamente no tengo tiempo para amarguras y desilusiones... Siempre hay gente que tiene necesidades y quiero servirles hasta el último aliento. En el fondo, es la misma batalla de los tiempos del Faro, ¿no?».

NUESTRO «SOL» LITUANO
Padre Stanislovas Dobrovolskis

En la Rusia de hoy son pocos los que recuerdan al padre Stanislovas Dobrovolskis, franciscano lituano. Sin embargo, ha sido un rayo de luz —como uno de aquellos «soles» de cobre que le gustaba forjar para sus huéspedes— para muchas personas en busca de Cristo, entre los cuales se encuentran muchos jóvenes rusos, la mayor parte de ellos neófitos ortodoxos. ¿Qué era lo que estaban buscando en los años sesenta y setenta, en la época del «estancamiento» brezneviano, en un perdido pueblecito lituano, de un fraile católico?

«No recuerdo los detalles del primer encuentro, pero todavía lo veo correr hacia mí saludándome cordialmente, a grandes voces, como hacía siempre con todos. Salía corriendo de casa, de la iglesia o del taller donde forjaba sus 'soles', una clase de decoración pagana típica de Lituania: un disco desde el que salían rayos, con una cruz inscrita en el centro. El padre —lo llamábamos pater— los forjaba usando sartenes de cobre y de estaño que le llevaban de toda Lituania, era una de sus formas de ascesis. Después, gran parte de ellos los regalaba; pero en su casa, sobre las paredes claras de madera, estaban siempre colgados cantidad de estos 'soles'. Muy bellos...

»¿Qué es lo que me ha impresionado al conocerlo? Había conocido varios sacerdotes católicos de su generación, todos hombres muy serios, preparados, con una profunda vida espiritual, pero no había visto nunca uno como él. He tenido la misma sensación que la que tuve delante del metropolita Antonio de Suroz, del padre Alexander Men, la clara, fuerte sensación de una particular presencia de Dios, de un hombre que camina y se mueve siempre mirando Su rostro. Todo el resto, los diversos aspectos de su vida y de su actividad son secundarios, aunque pueden parecer también conmovedores, sin embargo en el fondo resultan fútiles, hasta un poco extravagantes, si no se tiene presente esta apreciación, fundamental en su vida: un hombre que camina en la presencia de Dios».

Así lo recuerda hoy Natalia Trauberg, que se había trasladado a Lituania al comienzo

de los años sesenta por motivos familiares y que ha sido el principal punto de encuentro entre el padre Stanislovas y los jóvenes rusos.

Franciscano «existencialista», fraile «trabajador»

El padre Stanislovas, en el siglo Algirdas Mykolas Dobrovolskis, nace el 29 de septiembre de 1918 en Radviliskis; su padre es ferroviario. Al finalizar la escuela obligatoria frecuenta el colegio de secundaria que los jesuitas tienen en Kaunas, y comienza a pensar en dedicar su vida a Dios. Su deseo de tomar los hábitos se realiza en 1936, cuando entra en el convento de los capuchinos de Plunge, donde se convertirá en el hermano Stanislovas.

Al finalizar el cuarto curso de filosofía y retórica, cuando el joven teólogo está a punto de irse a Francia para proseguir sus estudios, por las carreteras de Lituania desfilan los tanques soviéticos, poniendo fin al sueño de independencia del pequeño país, que ha durado apenas veinte años. El pacto Molotov - Ribbentrop firmado en 1939 entre la URSS y la Alemania nazi preveía efectivamente la partición entre las dos potencias de los territorios polacos y la anexión a la URSS de Lituania; con el telón de fondo de la tragedia nacional (en el transcurso de un año las purgas entre la población llevan al arresto de 12.000 personas por motivos políticos, y en la semana del 14 al 22 de junio de 1941, fecha de comienzo de la guerra con Alemania, se desarrolla, en los Países Bálticos, una operación de deportación en masa que afecta a aproximadamente 160.000 personas) vuelan también los proyectos de Stanislovas. Entra en el seminario de Kaunas, donde terminará sus estudios —iniciados con la ocupación soviética— bajo el régimen nazi. La ocupación nazi no se diferencia mucho de la soviética: continúan las deportaciones, comienza especialmente la masacre de los judíos (los judíos residentes en Lituania se reducen de 240.000 a 24.000). En el seminario, uno de sus profesores, después de haber escuchado la prédica preparada por el seminarista, le da el sobrenombre de «nuestro Kierkegaard», «nuestro existencialista»; en realidad su intención, al predicar, es simplemente llevar consuelo a la humanidad sufriente que tiene delante de los ojos. Y así, elige como tema para su primer sermón el «No llorar», que un día Jesús había dicho a la pobre viuda, y que en estas delicadas situaciones la Iglesia está llamada a repetir incesantemente para infundir esperanza a la gente. Un compañero de estudios, el futuro cardenal Kazimieras Vasiliauskas, recordará que el seminarista Dobrovolskis estudiaba con asiduidad y dormía sobre una tabla de madera.

Stanislovas es ordenado sacerdote en la primavera de 1944, en la catedral de Kaunas. En Lituania era costumbre repartir por este motivo textos o reproducciones de carácter religioso a los parientes y amigos. Stanislovas elige el Cántico del hermano sol, traducido por él mismo. Celebra la primera misa el 16 de abril en la iglesia de su pueblo natal, y es destinado a la comunidad franciscana de Petrasiunai, que se ocupa también de la parroquia del pueblo. El 2 de agosto de 1944 el Ejército Rojo vuelve a entrar en Lituania. El país opone una desesperada resistencia mediante las partidas de partisanos «Hermanos de la floresta» (que aglutinan aproximadamente al sesenta por ciento de los lituanos llamados a filas), pero hacia finales de año Moscú desata un ataque decisivo mediante bombardeos aéreos (indiscriminados), que siembran el terror por todas partes, si bien continuará durante años la resistencia partisana. Siguen a esto los arrestos, las deportaciones, una campaña sistemática contra la Iglesia católica que constituye el nervio central de la resistencia de este pequeño pueblo (en los años 1946 y 1947 queda en libertad sólo un miembro del Episcopado, mientras al menos 330 sacerdotes —aproximadamente una tercera parte del clero— son asesinados o internados en los campos de concentración, entre 1944 y 1953).

En este clima de horror, el padre Stanislovas se convierte en famoso por sus predicaciones en toda Lituania. El cardenal Vicentas Sladkevicius, compañero suyo de ordenación, le recordará por su coraje: «Era el año 1948, deportaban a la gente, y él en la predicación dice: 'Estamos aquí reunidos en oración, y a la vez en la estación la gente está siendo cargada en vagones. También esta gente está rezando, está unida a nosotros también en el llanto porque es obligada a abandonar la patria'. Sin embargo, incluso tratando temas peligrosos por aquella época, no predicaba jamás el odio, aceptaba los golpes de suerte como procedentes de la mano del Señor. Sus palabras estaban siempre ligadas a la actualidad, pero sin ningún espíritu de propaganda política, sin incitación alguna al rencor, por esto venía la gente en masa a escuchar sus predicaciones».

Evidentemente el fraile predicador no podía quedar por mucho tiempo en libertad: el 11 de agosto de 1948 se presenta la policía en el convento para arrestarlo (en aquel tiempo Petrasiunai había quedado como la única comunidad franciscana abierta en todo el país); se ven obligados a llevárselo con el hábito, porque no tenía otras ropas. Es acusado de propaganda antisoviética y condenado a diez años de campo de concentración, que cumplirá primero en Mineralag y posteriormente en Vorkuta, en el extremo norte de la Rusia europea.

En 1956, después de haber cumplido dos tercios de la pena, el padre Dobrovolskis es

liberado «por conducta ejemplar». Después, le encantaba recordar la última conversación con los funcionarios de la administración del campo de concentración, antes de ser puesto de nuevo en libertad: «Entonces, ciudadano sacerdote, ¿han cambiado tus convicciones?», le habían preguntado. «Las convicciones no se cambian, ciudadano comandante —había respondido él—, las convicciones se profundizan».

El padre Stanislovas retoma su ministerio en el pueblo de Vertimai, pero en pocos meses, en la primavera de 1957, sale un decreto según el cual los sacerdotes católicos que no han cumplido la totalidad de las penas deben retornar a los lugares de detención; de este modo helo de nuevo en Vorkuta, aunque por poco tiempo: a final del verano lo sueltan definitivamente.

Le es encomendada una nueva parroquia en el norte de Lituania, en el pueblo de Jodeikei, donde el padre Stanislovas permanece hasta el final de 1959. Incluso aquí se pone de manifiesto su espíritu misionero: reconstruye las tradicionales capillas con cruces o esculturas sagradas que en el pasado se situaban en los bordes de los caminos de Lituania, visita otras parroquias, participa en encuentros de oración con otros sacerdotes reunidos de toda Lituania. Todo esto no queda impune: el KGB efectúa un registro en su casa y lo caza en la parroquia, confinándolo en Zemaitkemis, con la prohibición de celebrar y predicar durante un año y medio, y hasta obligándole a afeitarse la barba franciscana. En toda la URSS está ya abriéndose camino la nueva oleada de represión antirreligiosa deseada por Jruschov; en Lituania, baluarte del catolicismo en la URSS, el primer campo de batalla es el campo educativo, la escuela, en la que el régimen apuesta su propio futuro buscando formar las nuevas generaciones según la ideología atea; los obispos más valientes, que hace poco han regresado de los campos de concentración, son obligados al silencio, confinados y les está prohibido predicar; el poder tiene mucho cuidado en aterrorizar a los simples sacerdotes y a los creyentes que a veces ceden al compromiso. El padre Stanislovas dedica este tiempo a la oración, alternando el trabajo intelectual (escribe sermones, traduce, en particular poesías de Rilke) con el trabajo manual: arregla el cementerio abandonado, repara las calles del pueblo recuperando el antiguo adoquinado y restableciendo los conductos de desagüe: Dios resplandece también en el orden, en la belleza, en la armonía de lo creado. A cambio, la gente del lugar le da de comer, bautizándolo como «fraile trabajador».

En 1961 el padre Stanislovas recupera de nuevo el permiso para celebrar y le es asignada la parroquia de Milasaiciai, cerca de Aregala. También aquí continúan los registros y las confiscaciones de traducciones, apuntes, fichas, pero muchas de las

traducciones del padre se salvan gracias a los amigos que las guardan y las ponen en circulación en el samizdat.

En el plazo de un año un posterior traslado, a Butskiskis, donde el padre Stanislovas, mientras arregla el cementerio abandonado, encuentra los primeros ejemplares de cruces metálicas con rayos (los famosos «soles»), forjados en el siglo XIX. Estos hallazgos constituyen los primeros de su propia colección. Al mismo tiempo repara con sus manos la ruinosa iglesia de madera. En su nueva sede se siente más libre, empieza a acoger visitantes, gente que llega de toda Lituania.

El posterior destino, en 1966, es Paberze, un pueblecito en la orilla del río Lebe, a cuatro kilómetros de la carretera, una localidad perdida pero con una tradición particular de libertad: en el transcurso de las insurrecciones del siglo XIX contra la rusificación forzada, el párroco había luchado hasta la extenuación por salvaguardar la libertad religiosa de la Iglesia católica, por lo que había sido ajusticiado. La vieja iglesia tiene necesidad de mantenimiento, el cementerio está abandonado, y el padre Stanislovas se pone manos a la obra. También aquí se dedica a reparar las capillas votivas que aparecían en gran número a lo largo de las carreteras de la región, equipa un taller donde trabaja para restaurar objetos antiguos o fabricar nuevos.

El amor por el orden, la preocupación por el entorno hasta en los detalles, por sí mismos dotes naturales muy «lituanos», constantes que se observan fácilmente visitando ciudades y pueblos de Lituania, el padre Stanislovas las pone al servicio de Dios, las transforma en el signo de una armonía que abraza cielo y tierra. Viéndolo en acción, los visitantes comienzan a llevarle viejas cruces, ollas y vasos de cobre, lámparas, esculturas de madera, que muy pronto se multiplican hasta constituir una verdadera colección. En su taller el padre Stanislovas forja a su vez pequeños objetos de cobre, en particular candelabros con forma de sol, que regala a los huéspedes, en el momento de la despedida (de éstas fabricará en conjunto alrededor de treinta mil, algunas de las cuales llegarán incluso a Moscú y Leningrado). Con la ayuda de voluntarios, construye y monta a lo largo de los caminos, en varias localidades de Lituania, aproximadamente doscientas pequeñas capillas. En el cementerio el padre Stanislovas construye capillas votivas «A los desilusionados», «A cuantos no han regresado», en sufragio de los suicidados, desesperados, perseguidos.

Caminaba, mejor dicho danzaba, sobre la «vía regia»...

Entre tantos visitantes, llega a Paberze también Natalia Trauberg, la primera «pequeña golondrina» rusa: «El padre Stanislovas era el párroco y el único sacerdote en Paberze, un pueblecito perdido. ¿El motivo de su fama? 'No se puede tener escondida una ciudad situada sobre un monte'. En aquel tiempo Lituania estaba a la búsqueda de hombres espirituales, de los que tenía una gran necesidad. Recuerdo a un campesino, un alma sencilla: '¡Qué me importan los sacerdotes! No voy a la iglesia ¡Pero Dobrovolskis es absolutamente otra cosa!'. Para la conciencia popular él era el portador del carisma franciscano en estado puro, de una espiritualidad gratuita, cristalina. Y, realmente, había encontrado la 'vía regia' de la que hablaban los Padres de la Iglesia: era estimulante ver con qué raro equilibrio la recorría, casi en paso de baile, sin dejarse desequilibrar ni hacia un lado ni hacia otro.

Con frecuencia, para ilustrar la vida de fe, hablaba con parábolas; ponía el ejemplo de un abat-jour, que cuando está apagado puede parecer bello o feo, sucio o limpio, pero apenas se enciende la luz, aparece de tal forma transfigurado, en la luz encuentra su significado y su belleza: pues bien, ésta es la Iglesia. Ponía también el ejemplo de un museo, en el que se puede entrar por detrás, viendo sólo escobas, estropajos y cubos de basura, o bien por la entrada principal que lleva a las exposiciones y que permite admirar incalculables tesoros: cada uno encuentra en la Iglesia lo que está buscando. Animado por esta certeza, no tenía miedo de reconocer problemas y males existentes en la Iglesia, era muy franco y sosegado sobre este asunto; y por otra parte no era en absoluto un relativista, dispuesto a admitir que toda creencia sea equivalente en el fondo, que lo importante sea comportarse bien, con sentido moral —sobreentendiendo con esta definición una clase de 'buena educación' perfectamente mundana...—. Y era muy claro al decir: '¡Muy bien, es bueno que no mates a tu prójimo, aunque no estés de acuerdo con él, pero no pienses que esto tenga algo que ver ni de lejos con la fe cristiana!'».

También a través de Natalia un grupito de jóvenes moscovitas («no éramos todos de la misma edad, teníamos hasta diez-quince años de diferencia, pero nos sentíamos todos a la par, amigos, sólo el pater era reconocido como adulto, una autoridad para todos nosotros») tienen la posibilidad de conocerlo. Naturalmente, cada una de estas personas habla del pater a otros, y así pasando la voz de uno a otro se va agrandando el círculo. «En su mayoría eran personas llegadas hace poco a la Iglesia, procedentes de la selva, todavía titubeantes o bien atraídos por el gusto de lo prohibido —continua Natalia—. «Sin contar la pasión por lo 'común' y el enfervorizado espíritu komsomoliano que caracterizaba a los jóvenes de los sesenta: llegaban en tropel al

padre Stanislovas, discutían hasta el alba bebiendo sin parar té o café... en vela, eran los clásicos jóvenes intelectuales de la capital. Convencidos de tener en el bolsillo la verdad, de estar del lado de la justicia, tiraban del hilo para torcer al padre Stanislovas. Pero él acogía a todos, es más, había ampliado su pequeña casa construyendo tres habitaciones al lado, de manera que pudiera hospedar a cuantos venían a llamar a su puerta. Enseñaba el orden, como reflejo del cosmos divino que resulta del caos primitivo. El 'espíritu de partido' que caracterizaba a los jóvenes neófitos hizo que una noche, sabiendo cuánto le gustaba al padre el orden y la limpieza, algunos celosos se tomasen la molestia de sacar fuera de casa a los últimos en llegar, que no se habían quitado las botas embarrando por ello el suelo. Era necesario ver al padre: nada más llegar se lanzó fuera, en la oscuridad, corriendo y gritando a voz en cuello por el campo llamando por detrás a los pobres».

En casa del padre Stanislovas no había una criada, son los huéspedes los que hacen todo, cocinar, ocuparse de la limpieza, ayudar en el taller. Entre ellos se encuentran creyentes, gente en búsqueda, intelectuales, disidentes, estudiantes, drogadictos, alcohólicos, hinduistas, hare krishna, testigos de Jehová, todos llegados aquí sabiendo que este lugar está bajo el control del KGB, que podrían ser sospechosos. Efectivamente, el padre Stanislovas es llamado a menudo a consultas a la sede del KGB en Kedainiaisk, los interrogatorios a los que es sometido le hacen sufrir. A pesar de los huéspedes, el padre Stanislovas continúa viviendo según la regla monástica, se levanta en plena noche para celebrar la Misa. En los años en los que cualquier expresión religiosa era mirada con sospecha por la autoridad, toca cada día el órgano en la iglesia, confiesa y distribuye la comunión. Muchos le piden que prepare a los niños para recibir la primera comunión, y aunque enseñar el catecismo a los menores está categóricamente prohibido por la ley, él no se niega nunca.

En su casa están colgados en lugar de honor el retrato de Solzhenitsyn y la bandera nacional lituana, y en las estanterías se encuentran muchos libros prohibidos. Cuando Lituania proclama la independencia y son abiertos los archivos del KGB, se confirmará la sospecha de que en su casa fueron colocados micrófonos. Para no comprometer a nadie el padre Stanislovas no habla nunca de cosas importantes si no es paseando al aire libre, y en su casa llama a los huéspedes sólo por su nombre; por esto dice la verdad durante los interrogatorios, cuando declara no conocer a la persona sobre la que le preguntan e ignorar el apellido de quien le visita. Los provocadores le llaman «pobre gente que se deja enredar», y es feliz cuando alguno de ellos se da cuenta de lo que ha hecho; también por esto quema sistemáticamente todas

las cartas que recibe (¡incluso en la Lituania libre, la fuerza de la costumbre le hará quemar las felicitaciones de obispos y del presidente de la República!). El KGB no suspenderá la vigilancia hasta el verano de 1989, año en el que el padre Stanislovas es «rehabilitado».

¿Un padre espiritual católico para jóvenes ortodoxos?

Que un franciscano, un sacerdote católico, un lituano pueda convertirse en padre espiritual para jóvenes rusos, neófitos ortodoxos es paradójico. ¿Cómo ha sido posible? Vuelve a ser Natalia Trauberg la que responde: «Les cuento un hecho: como buen franciscano, el padre Stanislovas vivía de limosnas, pero la Providencia hacía así que el dinero llegara siempre, de un modo u otro, y él lo distribuía con inimaginable generosidad. Una vez que le había llevado un montón de libros clandestinos, cuando al final me acompañó (acompañaba siempre a todos casi hasta la carretera), intentó darme dinero. Me escabullí, diciendo que no tenía necesidad, pero él levantó los brazos al cielo (era un gesto típico suyo), exclamando: '¡¿Pero cómo, tú y yo no pertenecemos acaso al mismo Cuerpo Místico?!'. Para él la unidad, el 'Cuerpo Místico' era una realidad objetiva, determinante, no era algo que añadir. Esto era lo que comunicaba».

¿Y su método educativo con las personas? «No era en absoluto un liberal, en asuntos de moral y de doctrina era muy serio, todo lo contrario que permisivo, pero no usaba nunca la constricción, no 'imponía' nada nunca; Más bien, con el arma de la ironía, de la sonrisa, desvelaba la mentira o el límite del gesto que el interlocutor de turno intentaba afirmar. Era muy interesante verlo en acción, verlo abrazar la realidad en toda su integridad, mientras nosotros, con nuestra mentalidad soviética, o secularista, dígase como se quiera, estamos inclinados a los extremismos, a escorarnos de manera unilateral hacia una parte o la otra. Su batalla y su sufrimiento en la guía espiritual consistían en la tentativa de vencer esta conciencia dualista, este 'espíritu ideológico' presente en todos nosotros. Era una forma de dividir el mundo en dos —nuestro o extraños, amigos o enemigos— que le entristecía profundamente».

Así el padre puede lamentar profundamente que un muchacho, hijo de moscovitas conocidos suyos, se haya dejado atraer por el budismo y por otras teorías orientales, pero entre el estupor de los jóvenes amigos rusos —como cuenta uno de ellos— acoge con los brazos abiertos a un joven hare krishna: «El pater hablaba de él con gran afecto y simpatía: 'Es uno que cree. ¡Está buscando a Dios!'. Y tras una breve pausa,

sonriendo con un brillo en sus ojos azules flor de lis: '¡También el Señor lo está buscando!'».

«Nos fascinaba la belleza realmente evangélica que rodeaba al padre Stanislovas —recuerda otro de los 'muchachos rusos' de entonces, Eugeni Gejnrichs, hoy padre dominico—, la belleza de un orden que, en la pobreza absoluta en la que vivía (desde el estrecho catre irreprochablemente reconstruido a partir de una vieja manta militar, hasta el hábito usado y remendado pero siempre limpio, con los zapatones lustrados como espejos), era el signo de una belleza 'del otro mundo'. Y para nosotros, que llegábamos de la desidia, del mundo gris y anónimos del comunismo soviético, este espectáculo representaba realmente un sorbo de agua fresca».

Desde el final de los años cincuenta en Rusia había aparecido visiblemente un retorno de la conciencia eclesial, a través del renacer de pequeñas comunidades ortodoxas alrededor de ilustrados pastores; eran cada vez más numerosos los jóvenes atraídos por el testimonio de monjes y sacerdotes «repatriados» de los campos de concentración estalinistas, impresionados por los textos de filósofos rusos de la emigración que circulaban clandestinamente en el samizdat, deseosos de redescubrir su propio pasado, su propia cultura nacional. La ofensiva antirreligiosa de Jruschov (clausura en masa de iglesias, alejamiento de los obispos más dignos, «reforma» interna de la Iglesia que de hecho disgrega el gobierno tradicional de la misma, hasta la introducción, en 1963, del ateísmo científico como asignatura de estudio en las escuelas) suscita difusa indignación entre el clero y los creyentes, que se encuentran con el deber de actuar en dos frentes, el Estado y el Episcopado, demasiado condescendiente e inclinado a las cesiones. Para muchos, todavía inmaduros y sin experiencia de vida cristiana, a menudo desorientados y escandalizados por los compromisos que ven en las altas esferas eclesiásticas, la búsqueda de un padre espiritual, de una guía en el camino de la fe se convierte en esencial. No es de extrañar que entre los jóvenes que se acercan periódicamente al pater lituano figuren futuros sacerdotes ortodoxos como Mijaíl Meerson Akesnov, Vladimir Zelinski, o católicos como Eugeni Heinrichs; también hay algunos entre los primeros hijos espirituales del padre Alexander Men y de intelectuales como Eugeni Barabanov. El mismo padre Alexander Men irá más de una vez a encontrarse con el padre Stanislovas y mantendrá durante largo tiempo correspondencia con él. Alrededor del franciscano lituano madura un retorno consciente a la Iglesia. Como recuerda uno de ellos: «Aquello que nos unía durante aquellos años no eran sólo empeños e intereses comunes como ocurre hoy, una 'causa común'; estar juntos era una amistad personal,

un profundo afecto que no ha venido nunca a menos, ni en el desarrollo de las circunstancias que nos han llevado frecuentemente lejos unos de otros. Era el descubrimiento de la fe, que coincidía con el descubrimiento de la comunidad; hasta aquel momento en la iglesia sólo había visto personas ancianas, mientras que ahora la fe se encarnaba en una amistad...». «Por decirlo sintéticamente —concluye el padre Eugeni—, lo que nos fascina era su 'verdad'. La verdad de la caridad que aplicaba a los otros, mientras que para sí mismo era riguroso; la verdad de una sagacidad que no tenía otra fuente que el Evangelio y lo abrazaba sin reservas, viviendo según Cristo. Y —repito— el estupor por la belleza de su modo de vivir, que era en sí misma una especie de reflejo de la belleza del Cielo. Es afortunado el que puede decir en vida que ha encontrado una persona que es ya, de algún modo, un habitante del Cielo».

Algunos de estos jóvenes, bajo los efectos de la difícil situación por la que atraviesa la Iglesia ortodoxa en el país, tienen la tentación de saltar el foso, de hacerse católicos, pensado de este modo resolver sus problemas. Se encuentran sin embargo con la clara oposición del padre Stanislovas, un hombre abierto a todos, pero que considera estas «conversiones» de una confesión a otra como un fenómeno equívoco, artificial, no dictado por la búsqueda de Dios sino por otros motivos: ideología, la necesidad de crearse un círculo propio, de reforzarlo por medio de un enemigo imaginario y cosas así.

Recuerdos de un detenido... y peripecias de un hombre libre

Todos aquellos que le han conocido están de acuerdo en afirmar que el padre Stanislovas hablaba sin esfuerzo de su paso por el gulag, porque su fe indestructible en la Providencia le mantenía en la certeza de que estar allí había sido por la mano del Señor. Por ejemplo, estaba convencido de que la prisión le había librado de cosas peores, como el romanticismo juvenil y absurdas fantasías. También cuando describía los diferentes, con frecuencia dramáticos aspectos de la vida carcelaria —el trabajo de esclavos, los barracones, las minas, el rancho— en su voz no se notaba rastro de sufrimiento o resentimiento. Tanto más vibraba de agradecimiento recordando las personas extraordinarias que había conocido. El padre Vasiliauskas, que en 1950 había acabado con él en Inta, en el campo n.° 3, y había pasado cinco años junto a él en el mismo barracón y en la misma mina, recordaba: «Era la figura más luminosa entre los lituanos. Era un ejemplo también desde el punto de vista intelectual. Nos daba regularmente pequeñas lecciones, principalmente de temas religiosos. Era recogido, sosegado, y esto atraía a la gente». Hablaba varios idiomas, conocía a fondo

la filosofía y la teología, era un fascinante conversador. Le llamábamos pater, aunque ninguno sabía que era fraile capuchino. Se ofrecía para los trabajos más duros, estaba dispuesto a bajar a lo más profundo y peligroso de las minas, había llegado a ser una especie de leyenda en el campo. En el campo de concentración la misa se celebraba de noche, usando el pan de la ración y vino obtenido de uvas pasas que llegaban en los paquetes de alimentos enviados desde el exterior; las fórmulas litúrgicas eran recitadas de memoria. El mismo padre Stanislovas relataba que, en tanto que religioso, tenía que rezar cuatro veces al día. Al principio había conseguido poner a salvo de los registros un salterio, que recitaba regularmente a lo largo de la semana, luego se lo habían sustraído pero él se levantaba igualmente cada noche para recitar de memoria las oraciones. En el campo de concentración había hecho amistad también con ortodoxos y católicos de rito bizantino; eran tantos, incluso delincuentes comunes, los que se dirigían a él para hablar de cuestiones de fe.

La conciencia de estar en misión explica su impresionante calma en el enfrentamiento con las autoridades también más tarde, en los años sesenta y setenta, cuando éstas vuelven periódicamente a relanzarse con registros, interrogatorios, persecuciones, en suma con todo el arsenal a su disposición. El padre habla tranquilamente con los agentes, incluso convierte a más de uno; no es raro que los organismos de policía estén obligados a cambiar al agente que lo tiene bajo control. El padre Stanislovas evita todo tipo de actividad política, si bien varios disidentes lituanos buscan implicarle de alguna manera y alguno a veces lo condena porque se mantiene al margen. Nuestra batalla —recalcaba muchas veces— debe consistir en rezar, en vivir de otra manera, buscando no ser «soviéticos» en los asuntos más importantes de la vida, y no en la superficie.

Este contraste se intensifica posteriormente después de la conquista de independencia por parte de Lituania. Al comienzo de los años noventa hay ya quien le acusa de «querer a los bolcheviques». Hasta algunos sacerdotes le reprocharán por «pensar como los comunistas». No es así en absoluto. Paradójicamente, aparece ahora plenamente a la luz la «vía regia» que había recorrido siempre, y que une juntas, como en la mirada de Dios, justicia y misericordia.

El motivo del descontento creado a su alrededor en la Lituania libre es probablemente doble. En primer lugar, como religioso, el padre Stanislovas no puede aceptar ni aprobar un cierto espíritu permisivo, la clase de vértigo libertario generado en el país, donde cualquier tipo de integrismo, también el cristiano, corre el riesgo de ser mirado como sospechoso. En segundo lugar, su simplicidad y rectitud evangélica

frecuentemente no concordantes con el frenético deseo de hacer cuentas, de hacer valer los propios derechos, de exigir satisfacción por las culpas y las ofensas padecidas: por ejemplo comienzan a acercarse a él cada vez más frecuentemente ex comunistas. Y él acoge a todos, habla con todos. La opinión pública, a menudo también en los ambientes católicos, en cambio le considera «enemigo»: una mentalidad que para el padre es completamente extraña.

Hay incluso un tercer motivo de este «rechazo» social del padre: en los últimos años de vida, ya anciano —con años de campos de concentración y graves operaciones quirúrgicas a la espalda—, se agudiza en él una forma de «locura por Cristo» que había tenido toda su vida. Una vez, por ejemplo, celebrando en una iglesia de Vilna, en el momento de la homilía se limita a tirar al suelo, delante de los fieles, una cartera llena de dinero, gritando: «¿Qué habéis venido a hacer aquí? ¡Éste es vuestro dios!».

«Era un hombre extraordinariamente lúcido —recuerda de nuevo Natalia Trauberg —, siempre conseguía descolocar a todos. Recuerdo una vez, había llegado un fulano de Moscú que había comenzado ingenuamente a ponderar a Lituania: ¡Ah, que espiritualidad! ¡Ah, el catolicismo! El padre le escuchó un poco, después refunfuñó: 'Catolicismo, catolicismo... ¿pero dónde lo has visto? Aquí sólo hay nacionalismo y paganismo'. Ciertamente, no era toda la verdad, que siempre es más amplia, encierra todo. Pero cada comunidad cristiana debe conocer incluso esa parte de la verdad sobre sí misma. Y él no tenía miedo a decirla en voz alta.

»De vez en cuando el padre se acercaba a Vilna y se reunía con personas 'en camino de conversión'. Hablaba largamente con ellos mientras paseaba y luego les invitaba siempre en el mismo bar. Era una especie de examen. Se sentaban en una mesita a tomar el café. El padre Stanislovas apilaba los platos, las tazas y las cucharillas con el fin de facilitar el trabajo a la camarera. El neófito, en cambio, enfervorizado al relatar sus propios problemas muy espirituales, generalmente le reprochaba: '¡Pero déjelo estar! ¡Ya pasará la camarera a retirarlos!'. Hacía test de este tipo y similares, y cuando al terminar el paseo llegaban a la plaza Gedeminas, bajo el campanario, decía: 'Hijo mío, por ahora no es el momento de que entres en la Iglesia. Serías un fariseo, uno de los que han matado a Dios. Y esta no es una cosa bonita. Aprende primero a colocar en su sitio lo que utilizas, a darte cuenta de que hay otros, a escucharles...'».

A comienzos de 1990 el cardenal Sladkevicius le propone guiar el monasterio de Dotnuva; no es fácil abandonar Paberze, donde había vivido durante veinticuatro años, donde había casado y bautizado a tanta gente, pero el padre Stanislovas obedece

de buena gana: hace que le confeccionen un hábito nuevo y se deja crecer la barba, después se traslada a vivir entre las ruinas del antiguo monasterio que en la época soviética fue transformado en una escuela correccional ya abandonada. Con la ayuda de voluntarios y frailes que comienzan a llegar, el padre Stanislovas se vuelve a poner una vez más manos a la obra. En 1994 sale un libro suyo, Las predicaciones del padre Stanislovas. Muere el 23 de junio de 2005.

«En la ortodoxia existe el concepto de 'luminosa tristeza' —concluye Natalia Trauberg —. Probablemente la vida de cada cristiano hace experiencia de ello con tal que, naturalmente, se busque vivir según el Evangelio y tener los mismos sentimientos de Cristo. Tal vez sonará un poco retórico, pero no sabría decir de otro modo quién fue el padre Stanislovas».

EL PORQUÉ DE UNA AVENTURA

Víctor Popkov

Víctor es un trozo de nuestra historia. Nos conocimos hace más de veinte años, trabajamos juntos durante quince, en dos mesas en la misma oficina de la Biblioteca del Espíritu de Moscú. Lo que es el centro, la librería, la hemos construido juntos, él, Jean-François y yo, además de otros amigos, y basta una mirada, media palabra para entenderse. Pero aunque haya pasado tanto tiempo consigo verlo sólo como aquel muchacho alto, rubio y un poco tímido, con dos grandes ojos celestes, serio y lleno de preguntas, que había conocido en el verano de 1983 en uno de los seminarios que se organizaban de vez en cuando, en un clima de absoluta conspiración, entre algunos de nosotros, italianos, y los amigos rusos, como continuación del encuentro fortuito acaecido algunos años antes entre una de las comunidades cristianas surgidas espontáneamente en la URSS (un grupo de muchachos diseminados entre Moscú, Leningrado y Smolensk), y algunos estudiantes de CL.

También su trabajo, afrontando los problemas que no faltan nunca —técnicos, financieros, organizativos, culturales—, compartiendo en suma lo cotidiano, desde las cosas más banales hasta las decisiones más profundas, de los problemas familiares a los juicios sobre política, basta mirarse a la cara para que se haga evidente el punto desde el que podemos volver a empezar cada vez: el porqué de una aventura, el deseo de un significado que nos ha puesto juntos desde lugares tan lejanos del globo terráqueo. En estos años la Biblioteca del Espíritu —un centro cultural pensado entre el padre Scalfi y don Giussani como un lugar de unidad y de diálogo libre, sin barreras, con cualquiera— ha crecido agrandándose y obteniendo resultados que nunca hubiésemos imaginado. Pero lo más apasionante es la posibilidad de ayudarse cada día, Jean-François, Víctor y yo, a dar pasos hacia el ideal en la obra concreta que teníamos entre las manos, testimoniándonos los acontecimientos y ayudándonos a dar testimonio juntos, a los que conocemos, de la belleza de la vida vivida en la fe, nosotros católicos y él ortodoxo.

Yendo y viniendo entre Smolensk y Leningrado

Víctor nace en Smolensk en 1952. En 1974 se diploma como profesor de educación física y entrenador deportivo pero se queda sólo un año en la enseñanza: prefiere buscarse trabajos «anónimos» (encargado de calderas, vigilante nocturno, peón de descarga), que le permiten mantenerse al margen de la maquinaria ideológica presente en todos los aspectos de la sociedad. Previendo los turnos de noche, estos trabajos le dejan tiempo libre para atender a sus propios intereses, en primer lugar cultivar la lectura. Al acabar el instituto, en efecto, le había llegado a las manos por azar Humillados y ofendidos de Dostoievski, un libro que le golpea de tal manera que se convierte en el punto de partida de una búsqueda que le cambiará la vida.

La de Víctor no es una trayectoria aislada. En los años setenta, bajo la plúmbea cortina de la respetabilidad soviética se advierte una inquietud difusa; la sociedad soviética ya está fracturada en miles de tendencias y búsquedas personales, que de las formas más diversas aspiran todas a aferrarse a nuevos valores. En la URSS de Breznev son muchos los jóvenes que buscan un antídoto contra la apatía, la indeferencia, el aburguesamiento, la angustia y el sentido apocalíptico de un derrumbamiento inminente. Instintivamente se buscan espacios y formas de vida comunitaria, la sociedad soviética ha creado un vacío no sólo de lugares de verdadera sociedad y propuestas espirituales interesantes, sino también de diversiones y sucedáneos apetecibles. La búsqueda juvenil, paradójicamente, se dirige en sentido opuesto en relación al de «los del 68» occidentales: desilusionados por el marxismo, las jóvenes generaciones son atraídas por el mundo espiritual, sucumben a la fascinación del movimiento hippy, de la droga, del budismo zen, del yoga. La suya es una búsqueda espontánea, lejana —exceptuados unos pocos casos aislados— de los ambientes de la Iglesia ortodoxa, que está atada de pies y manos por la legislación estatal y que con frecuencia ha interiorizado incluso los vetos impuestos desde fuera; es una búsqueda que conduce habitualmente por caminos atormentados e imprevisibles.

Si la generación de los años sesenta —los muchachos de la plaza Maiakovski— había albergado alguna esperanza de influir sobre las condiciones de la vida en el sistema socialista, los contemporáneos de Víctor, los jóvenes de los años setenta, sitúan el problema a otro nivel: la pretensión de volver a construir el mundo no conduce a nada, es necesario comenzar por sí mismos.

Estos muchachos buscan a tientas la verdad. Y algunos la encuentran. Como dirá una de ellos, Tatiana Goriceva: «No es que buscase a Dios, buscaba la verdad, y esto me ha

llevado a Dios». Es una búsqueda profundamente personal, existencial, en la que el interés primario no es la defensa de los intereses religiosos ni desde luego la crítica de la autoridad eclesiástica, sino el redescubrimiento de la fascinación contenida en el anuncio cristiano, como una experiencia capaz de transfigurar la vida y de dar un sentido nuevo a la cultura. «No se trata de 'construirse una vida religiosa', sino de vivir toda la vida, en su integridad, como una experiencia religiosa... No seremos cristianos hasta que no aprendamos a ver todo a través de Cristo y a Cristo en cada cosa», escribe otro de ellos, Eugeni Pazuchin.

El abanico de iniciativas durante estos años es mucho más amplio de cuanto se alcanza a reconstruir e imaginar. De esto, en Occidente se percibe solamente el eco, en la medida en la que el KGB interviene, y más tarde estas iniciativas logran una cierta notoriedad gracias a las protestas del movimiento por los derechos humanos. En particular, en 1974 en Moscú y Leningrado nacen, contemporáneamente aunque de forma independiente la una de la otra, dos comunidades cristianas juveniles. Sus líderes, Alexander Ogorodnikov y Vladimir Pores, muy pronto se conocen y las dos comunidades se funden, los miembros se reúnen juntos para «seminarios» de estudio y discusión. El tema, aunque cada vez de diferente manera, es siempre la relación entre la fe y la vida.

Pores, que es de Smolensk, implica también a amigos de su ciudad natal, entre los que se encuentra una profesora universitaria, Tatiana Scipkova, y su hijo Alexander. Es precisamente a través de Tatiana («es una profesora interesante, tengo que presentártela», le dice un amigo un día), Víctor conoce a Pores y a su comunidad. En los «seminarios» los jóvenes encuentran «la cosa esencial, una atmósfera extraordinaria de calor espiritual, de libertad intelectual y de amor fraterno», como dirá Tatiana Scipkova. Por esto vale la pena ir y venir entre Moscú, Leningrado y Smolensk, pasar horas y horas en el tren para verse aunque sólo sea durante una tarde, convencidos de que «la locura totalizante del Evangelio» es «la salvación no sólo para nosotros, sino para toda Rusia», que «la libertad de Cristo» pueda «transfigurar desde dentro toda la realidad, toda la tierra, todo el ser».

Víctor descubre en primer lugar que el profundo hastío existencial que lleva dentro no es una «enfermedad de vivir» sólo suya, al que busca respuestas en los libros. Es simplemente que el hombre, por su naturaleza, no puede resignarse a «vivir en la mentira: esto nos ha llegado a ser intolerable. Intolerable una existencia en un mundo carente de límites; intolerable ir resignadamente a un trabajo que no sirve a nadie; intolerables las inútiles, envilecedoras disputas, la amorfa cultura socialista, el

afectado pathos de los periódicos y la mentira, la mentira, siempre la mentira. La corrosiva, destructiva, humillante mentira de la cobardía, que algunos justifican con la prudencia, otros con lo inevitable, otros aun con la sagacidad...». Pero el angustioso descubrimiento de estar atrapados en la prisión de la ideología («deciden por nosotros cómo debemos vivir, qué debemos leer, ver, escuchar, cantar y hasta comer. Nuestro mundo, eliminados de la vida el drama, la compasión y en la práctica todas las virtudes cristianas, reglamenta la existencia desde el nacimiento hasta la muerte con la fatalidad de un hecho...») no es la última palabra. «Juntos al límite de la desesperación humana —se lee en la transcripción de uno de los 'seminarios'—, hemos oído una llamada de salvación. Era la voz de nuestros antepasados, de nuestros padres, de nuestros santos. Como arqueólogos, estamos obligados a sacar a la luz el rostro de la historia y de la cultura rusa de debajo de las capas de falsificaciones y prohibiciones. Se nos ha revelado el misterio de la presencia y de la acción de la Iglesia en el mundo... una fuerza victoriosa, capaz de trasformar y afirmar la vida... Hemos comprendido que solamente Cristo es capaz de liberarnos y de unirnos»; comunión y liberación, precisamente. No extraña que, en esos mismos años, el encuentro con algunos estudiantes de CL que estudian en Moscú signifique un reconocimiento inmediato con esta experiencia. En una carta del otoño de 1979, dirigida a todo el Movimiento y firmada también por Víctor, se habla de una tarea común, de una «solidaridad cristiana», del «intercambio fraterno de experiencias de la vida de la Iglesia y del pueblo» que «no ha sido hecho desde hace mil años, juntos nosotros y vosotros... Enseñadnos toda la fuerza de vuestra fidelidad a Jesucristo en la realidad concreta, y nosotros os responderemos con toda la fuerza del amor de Cristo que vive en nosotros, y os enseñaremos la libertad de Cristo, para comenzar a vivir creativamente juntos en Él».

¡Queremos el mundo entero!

La comunidad termina en el punto de mira del KGB a finales de 1976, cuando la policía irrumpe durante una reunión: «Habíamos echado a todos los sacerdotes y cerrado todas las iglesias en los años veinte, ¿de qué hediondo sitio salís? Pero os volveremos a meter en el agujero del que habéis salido». Ocho de los presentes son sacados a la calle e interrogados, dos —Alexander Argentov y Georgi Fedotov— terminan en un manicomio. Una medida tan grave resulta extraña incluso para aquellos años, en relación con un grupo de jóvenes que se limitaban a estudiar (los Padres de la Iglesia, von Balthasar, Soloviev, Berdiaev y otros similares), evitando

gestos públicos y una colaboración explícita con el disenso. Como testimoniará Sergei Busov, uno de los miembros de los «seminarios», durante el proceso: «Las persecuciones provocan protestas y las protestas otras persecuciones, es un círculo vicioso. Pero las presiones sobre el seminario han comenzado antes que ninguna protesta». Probablemente es la misma tentativa de traducir la fe en una experiencia histórica, dotada de un espesor cultural, lo que preocupa al régimen. La verdadera y propia campaña de represión comienza en la primavera de 1977, con un envenenado artículo aparecido en Literaturnaia gazeta el 13 de abril.

Es precisamente en este clima de crecientes controles y conflictos en el que, en los primeros meses de 1978, Víctor hace su entrada en los «seminarios», convirtiéndose en miembro activo. Dado que en Moscú es prácticamente imposible encontrar un sitio en el que reunirse, Sasha Ogorodnikov —mente volcánica, lleno de iniciativa, el alma organizativa del grupo— consigue comprar una vieja casa en la provincia de Tver, en el pueblo de Redkino, que se convertirá en el cuartel general de la comunidad. Con la distancia de los años, Víctor recuerda todavía aquellos meses con un sentimiento de gratitud y de estupor: «Se puede llamar de tantas maneras: amor, amistad, cariño, apego, pero siempre es una cosa fundamental en la vida del hombre; independientemente de la edad, del trabajo que se hace, están la amistad y el encuentro, los que construyen la vida del hombre. Era precisamente esta amistad lo que nos faltaba, hasta que nos hemos reencontrado, amigos que querían la misma cosa... pero si uno quiere de veras algo en la vida, si tiene un deseo realmente grande, se cumplirá». En Redkino, lejos de miradas indiscretas, muchachos provenientes de varias ciudades de Rusia se reúnen regularmente, invitan a sus encuentros a monjes de la Iglesia de las catacumbas, sacerdotes católicos (como el padre Tamkevicius, actual arzobispo de Kaunas, en Lituania), estudiosos. En suma, la suya es una real y verdadera escuela, pero sobre todo una aventura, una amistad, una vida que les apasiona y les empuja a comunicar también fuera lo que han encontrado. Precisamente aquí, en la casa de Redkino, nace la idea de publicar y difundir una revista, que se titulará precisamente Comunidad (Obscina). Ogorodnikov y Pores escriben, redactan los materiales; Víctor se convierte en improvisado mecanógrafo y escribe cinco copias a máquina, en casa de la profesora Scipkova, del primer número de la revista. El trabajo está justo terminado, cuando la policía entra en casa de Tatiana, registra el apartamento y naturalmente confisca los textos subversivos. De inmediato el arresto de Sasha Ogorodnikov, el 21 de noviembre de 1978 (el proceso le condenará a siete años de duro campo de concentración). Es el final de las reuniones en Redkino.

A principios de 1979 Víctor se traslada durante algunas semanas a Leningrado, donde está Pores, y de nuevo escribe a máquina la revista, de la que su amigo había conservado los borradores. Comunidad empieza después a circular en el samizdat. El 1 de agosto es arrestado también Vladimir Pores, que será condenado a cinco años de campo de concentración y tres de confinamiento. Este segundo arresto es un shock para todos los amigos: que hubieran encerrado a Ogorodnikov era todavía explicable: su temperamento explosivo, su capacidad organizativa, sus reuniones a veces decididamente arriesgadas... Pero Pores, tan reflexivo, el tipo de filósofo que no mataría una mosca... Posiblemente es la primera vez que los muchachos se dan cuenta de lo peligrosos que son a los ojos de régimen. Y probablemente, desde su punto de vista, el régimen tiene razón, es verdad que en el proceso, ante la pregunta del juez —«¿Quiere algo más? Usted mismo ha confirmado que no ha sido perseguido por sus convicciones religiosas. Le han dado la posibilidad de bautizarse y de bautizar a sus hijos; ¡hasta en prisión ha tenido la posibilidad de confesarse!»—, el taciturno Pores responderá: «Sí, es verdad, también en prisión me han permitido un libro de oraciones y la Biblia. Gracias por esto. Pero según las leyes de nuestro país habría debido quedarme tranquilo y callado con esto, pero un cristiano no puede limitarse a practicar los ritos, para nosotros es poco, nosotros queremos el mundo entero». El juez: «¿Qué? ¿Qué quiere?». «¡El mundo entero!».

Los arrestos continúan durante todo el año 1979, también porque en preparación de las Olimpiadas de Moscú de 1980 se quiere hacer en el país una buena limpieza de los elementos «socialmente extraños», «parásitos» y «vandálicos» (así suenan las incriminaciones del Código Penal aplicadas con más frecuencia: basta despedir a alguien del trabajo o bien provocarlo con insultos hasta que responda para enviar a los agentes...). Entre los últimos es arrestado Víctor, el 2 de enero de 1980, exactamente con esta técnica. El 9 de abril el tribunal lo condena a un año y medio de campo de concentración. En julio de 1980 de los «seminarios» no queda nadie: el balance completo es de siete miembros arrestados, cinco en manicomios, otros obligados a emigrar.

En la reclusión, el 31 de enero de 1981, Víctor se casa con Tania Lebedeva, una amiga a la que había conocido algunos meses antes en la comunidad, y que en un primer momento se preocupa sobre todo de aliviarle la pena (a los detenidos no les está permitido recibir paquetes y mucho menos visitas si no son de parientes cercanos, padres y esposas). Ella misma hoy, tras tantos años de feliz unión, recuerda riendo que se había decidido a dar ese paso más por desafiar a las autoridades y por amistad

con Víctor, que por haberlo pensado seriamente... Hoy Tania y Víctor son una espléndida familia (tres hijos), trasparentando la misma amistad en Cristo encontrada en los «seminarios».

No es fácil, para alguien que tiene el currículum laboral de Víctor, encontrar un trabajo una vez fuera del campo de concentración (hasta el responsable de Caritas, cuando Víctor ha empezado a trabajar con nosotros, en 1996, había tratado de disuadir a Jean-François de contratarle). Y el paro implica el riesgo de una nueva incriminación como «parásito»... De todos modos, por medio de un conocido, en algunas semanas encuentra un trabajo como técnico en la central de compresión de gas en el norte de Rusia, y sólo en 1983 conseguirá volver a Moscú.

El encuentro y el testigo

Hace algunos meses, al encontrarse con una escolar italiana de excursión en Moscú, Víctor ha empezado diciendo: «En 1980 el poder había logrado tener la razón sobre pocas decenas o centenares de rebeldes que turbábamos la armonía del consenso general: quería demostrar al mundo que el pueblo soviético era unánime, y ha tenido éxito al crear esta imagen de cara a la galería. Pero en cualquier tipo de represión hay siempre factores imprevisibles. Parecía que hubiese acabado todo, nadie se imaginaba que sucedería en 1989. Creo que pasa siempre en la vida lo que es justo, nadie es capaz de prever las repercusiones que podrá tener un gesto que aparentemente parece desesperado, que parece conducir a un callejón sin salida».

Tal vez por esto, en 1984 Víctor retoma su «antigua» profesión de «tipógrafo clandestino», fotocopiando en decenas o cientos de copias textos de la tradición cristiana rusa. El sistema es ingenioso: dado que en la URSS las fotocopiadoras están rígidamente controladas —los particulares no tienen derecho a tener una—, los voluntarios van después del horario de trabajo a un instituto de la Academia de las Ciencias del que se ha hecho con la llave un conocido, y fotocopian toda la noche, sin olvidar, al término de la operación, de manipular el contador de la máquina volviéndolo a poner en el número inicial. En la biografía de Víctor está también una arriesgada fuga por los tejados —junto al filósofo Pores— para poner a salvo en las narices del KGB una fotocopiadora entregada en casa de unos amigos por un occidental conocido.

En la era Gorbachov, Víctor se embarca en nuevas empresas, el grupo «Iglesia y

Perestroika» que denuncia la situación de falta de libertad religiosa, las represiones en los encontronazos con los creyentes y las presiones ejercidas sobre la jerarquía eclesiástica; el «centro para el estudio de la religión», que abastece a las escuelas de expertos en la materia, dispuestos a impartir lecciones y seminarios sobre el nuevo asunto que suscita interés en la sociedad... Un artículo suyo, publicado en un semanario francés, sobre los grandes condicionantes puestos por el PCUS a la jerarquía del Patriarcado de Moscú, en el invierno de 1989-1990 le cuesta una agresión anónima en la calle (siguiendo un clásico guión del KGB), que le envía al hospital algún día. Hacia la mitad de los años noventa la colaboración con Russia Cristiana, iniciada por medio de la amistad de los años anteriores, se convierte en un trabajo estable, y Víctor ayuda a Jean-François Thiry en la dirección de la Biblioteca del Espíritu, nacida en Moscú en 1993.

Los libros, el centro expresan la misma exigencia de tantos años de comunicar el encuentro que ha ocurrido, «porque nos parece —es ahora Víctor el que lo subraya a los muchachos del liceo Don Gnocchi de Carate— que el encuentro es la cosa más grande y bella que Dios haya dado a los hombres». También hoy, en circunstancias totalmente diferentes, se puede vivir la unidad de entonces, «una unidad, una vecindad como raramente ocurre en la vida. Cualquier cosa que nos ponía juntos, nos hacía como hermanos, nos ayudaba a intuir el sentido de vivir; solamente años después, leyendo un texto del obispo ruso Antonio de Suroz, he entendido qué era: se puede vivir sólo por una cosa por la que se está dispuesto a dar la vida, a morir. Éramos maximalistas... pero en el fondo ésta es la verdadera naturaleza del hombre, que tiene necesidad de un significado que no sea menor que la totalidad. En estas situaciones extremas uno entiende qué es realmente la vida, incluso aunque en la routine habitual nos olvidamos de esto. Pero estos momentos particulares de la vida quedan siempre como puntos de referencia, en la relación con Dios y con la verdad de sí mismo». «También hoy, después de tantos años, este impulso ha permanecido, es el fundamento de la vida. De aquí es de donde nace la idea de crear un lugar abierto a todos en el que sea posible formular la posición personal, hablar de cualquier tema expresando lo que tenemos en el corazón. A la Biblioteca llega gente interesada en distintas iniciativas (exposiciones, debates, conciertos, presentaciones de libros): pues bien, nosotros queremos acrecentar estos intereses de las personas ofreciéndoles compararlos con nuestra experiencia cristiana. La sociedad rusa, a pesar del respeto formal que demuestra por el cristianismo, en realidad es bastante opuesta. Hoy, en el fondo, aquí no hacemos otra cosa que volver a proponer a todos la misma pregunta que nos hacíamos hace treinta años: ¿Quién es Cristo para ti? En Moscú hay muchos

lugares con propuestas culturales, nosotros queremos que el nuestro fuera un lugar para gente a la que no le es indiferente lo que explica la vida, para la que el cristianismo no es solamente una postura formal, sino algo que se encara con la vida, con todos los aspectos de la vida».

El editor ruso de don Giussani

Víctor ha visto de cerca toda la trayectoria de Comunión y Liberación en Rusia, desde el ya lejano primer encuentro con algunos amigos hasta hoy, en el traje de editor de los libros de don Giussani en edición rusa (es él quien se encarga de la prensa).

«¿Qué es lo que te ha impresionado, qué es lo que has visto tú personalmente al encontrarte con el carisma de CL?», le pregunto a bocajarro de una mesa a la otra. «Uno se da cuenta que algo es lo que está buscando, y entonces pone mucha atención, hasta en los detalles más pequeños —me responde, casi hablando para sí mismo—. Y esto es lo que habíamos entendido al encontrarnos con el Movimiento: en aquella época no había ningún tipo de vida religiosa, era una especie de desierto, la Iglesia estaba devastada, solamente de vez en cuando se encontraba a alguien que cultivaba una religiosidad sólo interior, individual, hecha de prácticas de piedad y de ascesis, pero que no tenía ninguna posibilidad de incidir sobre la vida. Nuestra pregunta era: ¿Pero cuál es el sentido de la vida, qué significa realizarse como persona, viviendo como cristianos en medio del mundo, al contrario, intentando forjar la realidad según la verdad que se ha encontrado? Y así, cuando os he conocido me he dicho: he aquí otra gente que busca vivir el mismo cristianismo. Y es exactamente lo que yo he podido ver cuando he estado por primera vez en Italia y he conocido vuestras comunidades».

«¿Y qué es eso?» «Bah, he visto comunidades formadas por personas distintas las unas de las otras, cada una ocupada en algo, con responsabilidades e intereses propios, diferentes, pero profundamente unidas. Junto a vosotros he comprendido más que vivimos en un mundo del que somos responsables, que no podemos levantar las barreras y ponernos a la defensiva, limitándonos a pensar en nuestra salvación personal. Siempre tuve la intuición de que cada uno ha recibido un talento particular y debe hacerlo fructificar allí donde es llamado, según la vocación que ha recibido, pero el encuentro con Movimiento, a través de las comunidades que he conocido en Italia, me ha ayudado a reconocer esta posibilidad en todo». Víctor nos subraya que ha encontrado la respuesta observando una vida a su alrededor, una amistad que va

del trabajo a las excursiones a la montaña y a jugar al balón (el fútbol es su pasión, residuo de su vieja profesión deportiva).

«En fin, me he dado cuenta de que las preguntas que tenía dentro, había tantísimos que las tenían, y que algunos estaban ya respondiéndolas seriamente, traduciendo en hechos los intentos de respuesta. Para mí ha sido la confirmación de que el cristianismo como tal, como vida, es una cosa posible, mientras que hasta entonces me había quedado alguna duda: una cosa es oír hablar a los teólogos y estar de acuerdo con lo que dicen; pero es muy diferente cuando es gente común, normal, que vive una vida cristiana encarnándola en la propia experiencia, cada una de un modo diferente según sus capacidades, sus características, sus profesiones... Ah, y otra cosa que me había impresionado en este sentido era el nombre 'Comunión y Liberación'. Me había impresionado la idea que estaba detrás, porque me recordaba las palabras de los Padres de la Iglesia sobre la libertad, entendida no como elección entre muchas alternativas sino como vida nueva hecha posible por una comunión vivida. En fin, ha sido imposible olvidarse del Movimiento, una vez encontrado, porque era lo que me faltaba».

Y luego esta vida se ha trasladado, en cierto sentido, también en Rusia, mediante el trabajo de la Biblioteca del Espíritu. «En el ámbito del trabajo —continúa Víctor—, el encuentro con el Movimiento ha demostrado que la vida cristiana puede hacerse real, realizarse y ser compartida con otro, aun cuando sea diferente de ti; entonces se genera la posibilidad de comunión, de compañía, que todos pueden enriquecer mediante su particular contribución personal. Una posibilidad de encuentro, de unidad de otra manera impensable: es lo que más me fascina en nuestro trabajo, cuando encontramos en el corazón de la gente una correspondencia a lo que proponemos, y ponemos a disposición un instrumento para que cada cual pueda realizarse según su propia vocación».

«Trabajando sobre los libros de don Giussani, ¿cuál es el aspecto que te ha impresionado más?». «A mí don Giussani ha llegado a serme familiar a través de lo que me contabas tú, luego han llegado las primeras traducciones, de las que no he entendido casi nada: el suyo es un lenguaje muy poético, lleno de imágenes, de metáforas, que al principio cuesta descifrar. El primer libro que he comenzado a entender (mientras tanto, tal vez las traducciones han mejorado) ha sido El sentido religioso. Y me he sentido en casa, porque he recuperado la idea, para mí familiar, de la responsabilidad que tiene el hombre delante de Dios a enfrentarse a la realidad, en todos sus aspectos, empujado por la vocación que le ha sido dada».

Cristianismo y política. Un binomio no fácil en la Rusia de hoy pero que Víctor relaciona estrechamente a lo que ha dicho hasta ahora de la responsabilidad, en la que el pensamiento de don Giussani se une estrechamente al de los filósofos religiosos rusos. Y me cita en relación con esto a Florenski: «Hasta un suspiro del hombre tiene valor para el cosmos entero». Y de inmediato a Giussani: «Espero que no estéis jamás tranquilos, no os escondáis nunca ante el desafío que constituye cada instante la realidad, diciendo: 'no tiene nada que ver conmigo'».

«Un movimiento nacido en Italia, de un sacerdote católico, ¿qué puede aportarte a ti, ortodoxo?». «Formalmente, es verdad, nació en Occidente, con una historia particular y unas tradiciones diferentes de las de la Iglesia ortodoxa, pero su impulso interior, su método es el camino del cristianismo, en el que se puede reconocer quien sea católico u ortodoxo, porque es un camino tendente a cambiar el mundo circunstante. Es el camino del cristianismo, y no se puede decir que sea un camino puramente católico: es realmente universal, interesa a todos, es la posición del hombre cristiano como tal, donde el elemento confesional es secundario porque atañe al anuncio de Cristo al mundo y al testimonio de su Gloria humana. Y creo que cada uno de nosotros puede y debe dar este testimonio siendo quien es, en la Iglesia en la que ha sido bautizado, educado y donde ha andado cierto camino».

UNA ANTÍGONA DE NUESTROS DÍAS

Lidia Golovkova

El 14 de octubre la Iglesia ortodoxa celebra la fiesta de la 'Protección de la Madre de Dios', y según la tradición en este día caen las primeras nieves, símbolo del manto inmaculado que la Virgen extiende sobre el mundo. Sin hacer mucho caso de esta tradición habíamos fijado para hoy un día de peregrinación fuera de Moscú, para empezar juntos un nuevo año social, y henos aquí atascados en una fila de coches que van a paso de hombre, sorprendidos por una verdadera tormenta de nieve sin haber puesto aún los neumáticos de invierno.

La meta de nuestra peregrinación no es un santuario «tradicional» sino un lugar sobre el que pesa la siniestra sombra de una matanza de gigantescas proporciones: en Butovo, en los bosques de la periferia sur de Moscú, más allá del gran anillo que constituye el perímetro urbano, en 1937-1938 fueron fusiladas más de veinte mil personas de las más diversas edades, extracciones sociales, nacionalidades, ideologías políticas y confesiones religiosas. Todos liquidados juntos en «la trituradora de carne».

Finalmente llegamos al sitio, y deslizando sobre la película de nieve que empapa los zapatos, chaquetas y jerséis (el invierno nos ha pillado por sorpresa también a nosotros), íbamos hasta debajo de una enorme cruz de madera tallada por una mujer de mediana edad cubierta por un largo abrigo azul marino, reservada y absorta, indiferente a las ráfagas de aguanieve que nos embisten. Comienza aquí nuestra peregrinación a los «coliseos del siglo XX», en el recuerdo de una raíz de nuestra historia que es desconocida para tantos de nosotros; entre los extensos prados pintados de blanco, mientras los árboles dejan pesadamente caer de sus ramas empapadas puñados de nieve, con las manos frías y los pies congelados, escuchamos su relato susurrado, sin énfasis, que evoca con infinita piedad los rostros, las historias de tantos hombres y mujeres, viejos y adolescentes que hace setenta años, durante un año y medio, han sido cargados cada día en autobuses, amontonados en el borde de fosas apenas excavadas y asesinados uno a uno con un tiro de pistola en la nuca. Paradójicamente, la incomodidad del mal tiempo nos ayuda a «entrar» en esta

historia, impidiéndonos mirar como turistas el bonito paisaje, las dos hermosas iglesias construidas en los últimos años en memoria de las víctimas inconscientes y de los mártires de la fe (en las fosas comunes reposan 310 mártires canonizados por la Iglesia en los últimos años, y su número continúa aumentando, conforme se van examinado los informes de los fusilados). También ellos, como nosotros, en los últimos instantes de terror han pisado este suelo, han visto estos mismos claros, los prados que ahora les cubren, revelando su secreto sólo por medio de leves ondulaciones debidas a la descomposición de sus cuerpos, superpuestos en cinco o más estratos.

Es difícil no ser vencidos por el horror, escuchando los trágicos acontecimientos de su historia. Y Lidia Golovkova, que nos acompaña en esta peregrinación junto al arzobispo de Moscú, monseñor Pezzi, no tiene prisa por llegar a una catarsis fácil, que anestesie y termine con las preguntas que nos apremian dentro. «¿Cómo podían continuar viviendo los verdugos, los negreros, con este secreto que llevaban dentro? Todos tenían familia... Después de lo que habían hecho aquí, ¿cómo podían volver a casa por la noche, acariciar a sus hijos, abrazar a su mujer, sentarse a la mesa, coger el pan con la mano?».

La respuesta —no para ellos, que en gran parte después han sido arrollados por la máquina de la muerte, sino para nosotros, aquí y ahora— es lo que buscamos en primer lugar con esta peregrinación: es la mirada de un Hombre que ha abrazado la cruz para darnos la vida, para restituirnos nuestra humanidad. ¿Qué otro significado tendría el largo camino acabado hace unos meses por un grupo de fieles ortodoxos entre los que está la misma Golovkova, trayendo hasta aquí la gigantesca cruz desde el monasterio-campo de concentración de Solovki, en el norte de Rusia, a través de la red de navegación fluvial construida por la mayoría de los detenidos? Bajo esta cruz, entre la extensión de las fosas comunes es posible cantar el himno pascual de la Iglesia de Oriente: «¡Cristo ha resucitado de la muerte, con la muerte ha vencido a la muerte y ha dado la vida a los que estaban en el sepulcro!». Estos pobres muertos ahora Le ven y exultan, pero también nosotros Le entrevemos, en los ojos estupefactos y agradables de Lidia que nos mira cantar, en nuestros caras lívidas de frío pero comprendiendo la solemnidad de este momento, en el que se unen el cielo y la tierra.

En el subsuelo de la memoria

Habíamos conocido a Lidia Golovkova como profesora de historia de la Iglesia

contemporánea en la universidad ortodoxa de San Tikhon, cuando hace un par de años ha venido a dar una conferencia a la Biblioteca del Espíritu, pero en realidad su «vocación» (es imposible definirla de otra manera) de historiadora aparece sólo a finales de los ochenta, cuando en una excursión por los alrededores de Moscú a la búsqueda de paisajes pintorescos que retratar se ha transformado para ella en una inmersión en el «Gran Terror».

Su aventura personal se ha entrelazado con el drama vivido en la URSS por millones de personas, cuyos familiares fueron arrestados, internados en los campos de concentración y con frecuencia tragados en el vacío. A partir de 1956 los parientes de las víctimas comenzaron a recibir documentos falsos sobre las muertes, con datos falsos y falsas indicaciones de los lugares; más tarde continuaron llegando documentos con nuevos datos e indicaciones geográficas siempre falsificados. Al final de los años ochenta ninguno sabía todavía dónde estaban enterrados los fusilados por la represión estalinista. En onda con la perestroika, más a nivel de la opinión pública que de estructura gubernamental, se han iniciado búsquedas que han llevado al lento reaparecer de aspectos de la historia soviética tenidos hasta ahora rigurosamente en secreto. En octubre de 1988 el gobierno y el partido han vuelto a abrir el proceso de rehabilitación de las víctimas del terror político; también el KGB ha tenido la tarea de ocuparse de ello, y en este sentido uno de los primeros esfuerzos ha sido el de localizar las fosas comunes. En 1991 ha sido constituida una específica Comisión especial presidida por el director del archivo central de nuevo Ministerio de Seguridad.

Este primer, emocionante período de apertura de los archivos parecía poder restablecer la verdad histórica tout court; en realidad, bien pronto se ha descubierto que quedaba aún espacio para la manipulación, que incluso frente a los documentos siempre es posible, en nombre de un prejuicio, negar, relativizar, interpretar. Además, la historia exclusivamente basada en los documentos archivados está decayendo últimamente, porque refleja solamente la posición de los perseguidores. Surge de aquí la necesidad de ampliar la mirada hacia otros elementos, hacia fuentes privadas (testimonios orales, cartas, recuerdos, fotografías), que iluminan el padecimiento humano, el entrelazarse de los proyectos y las ilusiones de quien ha vivido esta época. Es necesario «hacer hablar» a los documentos, desvelando el proyecto de las instituciones y de las políticas soviéticas, pero sobre todo sacando a la luz el contenido humano. En otras palabras, sobre la base de un escrupuloso análisis documental se necesita llegar a una «valoración crítica» del pasado persiguiendo con

rigor científico la búsqueda de su significado.

Este trabajo es desarrollado hoy en Rusia por cierto número de personas que están dedicando a esta labor todas sus energías, con la conciencia de tener un deber moral, una misión que cumplir antes de que sea demasiado tarde. También porque con el paso de los años los archivos se cierran progresivamente y la consulta llega a ser cada vez más difícil. Es una «lucha por la verdad» que se está demostrando tanto más actual incluso en el nuevo contexto social ruso, porque el enemigo de la verdad no es sólo la ideología del Estado, sino también la indiferencia de la gente. Los investigadores forman parte de dos instituciones muy diferentes entre sí: por una parte la asociación laica Memorial, fundada por Sajarov en la época de la perestroika como primera expresión de responsabilidad civil de la sociedad, y por la otra la tradicionalista Universidad San Tikhon, surgida hace quince años como una propuesta de cultura cristiana integral en el mundo postsoviético. Memoria quiere recuperar la memoria histórica, San Tikhon restituir a la Iglesia la memoria de los mártires.

En toda esta aventura, Lidia Golovkova es un caso atípico: se sitúa justo en el cruce de estos dos proyectos, colabora desde hace años con ambos. Resulta insólito cómo tiene éxito en la conciliación de estos ambientes tan distintos, a veces hasta hostiles entre sí por mentalidad, educación, intereses culturales; a hacerse apreciar y querer en ambos e incluso a favorecer su inicial acercamiento. Tal vez se consigue intuirlo si se le conoce de cerca; el suyo es un temperamento profundamente artístico, con un sentido innato de la armonía y un gusto ingenuo por la aventura, una sensibilidad aguda, una extraordinaria delicadeza en las relaciones personales; es exigente y severa consigo misma e indulgente con los que están a su lado, siempre partícipe del drama de los demás. En su juventud se produce un episodio que ha llegado a ser, para ella, emblemático: «No podré olvidar jamás, cuando íbamos al instituto de arte, que en un cierto momento un amigo que trabajaba en la 'oficina de cuadros' nos pone en guardia: 'Estad atentos, porque en vuestra clase —estábamos en la sección de gráfica — hay un informador de la policía'. Dado que éramos amigos superficiales, las sospechas cayeron sobre un fulano que era el único antipático del grupo. Le notábamos extraño, por lo tanto evidentemente el espía era él. Y así le rodeábamos del más absoluto ostracismo, no le saludábamos, ninguno quería trabajar con él, sentarse a su lado y cosas así. Y él nos sufría, una vez estalló hasta llorar: 'No entiendo qué os he hecho...'. Años después, he llegado a saber que el espía no era él en absoluto, ¡era nuestro delegado de clase! Qué le habrá pasado a aquel pobrecito... Y me he dicho que nunca, jamás, volvería a juzgar a una persona sin tener todas las

pruebas, sin haber entendido hasta el fondo sus razones, sin haber llegado hasta su corazón. Desgraciadamente es lo que se hace habitualmente incluso ahora, por ejemplo cuando se acusa a alguien de haber colaborado durante algún tiempo con los 'órganos': pero si te pones a leer, escuchar lo que dicen de él, te das cuenta de que se usan siempre las mismas palabras, las mismas fórmulas, después se ponen en circulación habladurías de las que nadie conoce el origen». Sin sentir dentro de sí este profundo eco del sufrimiento de su prójimo, tal vez Lidia Golovkova, de profesión creativa gráfica y profesora de historia de la escritura en uno de los primeros institutos «libres» de Moscú, no se habría puesto jamás a los cincuenta años sobre el arduo y arriesgado camino que le ha llevado hasta tantos y tan terroríficos descubrimientos. Pero sobre todo no habría sabido darle un sentido a esta historia tan insensata, cruel, no habría sabido rodear de tanta piedad a estos millares de víctimas, recordando sus nombres, rostros, historias, ayudándoles —una especie de Antígona de nuestros días— a descansar en paz, con la dignidad de seres humanos. Tal vez es justo esta pietas, este respeto religioso del misterio de la persona humana, la que puede reconciliar a los herederos del disenso con los custodios de la tradición ortodoxa.

Una «hija del arte»

«Soy una de los llamados 'hijos de la guerra'», me cuenta Lidia delante de una taza de té, en el local-cocina de la Biblioteca del Espíritu, donde de vez en cuando nos detenemos durante las tardes de trabajo juntas o a charlar, después de que se hayan ido de allí todos. «Mis padres eran ambos músicos, mi padre había estudiado composición y mi madre piano, y el 21 de junio de 1941 fueron juntos al 'baile en honor de los nuevos diplomados', festejando el diploma recién conseguido en el Conservatorio. Yo había nacido dos meses antes, en abril. El día siguiente estalló la guerra. Mi padre se enroló como voluntario, seis meses después mi madre recibió el último mensaje, un telegrama: 'Mañana salgo hacia el frente'. Por mucho que hemos buscado, no hemos sabido jamás si y dónde cayó, no hemos recibido jamás un certificado de defunción, mi infancia y mi adolescencia han transcurrido esperando su regreso. Mi madre le permaneció fiel siempre: 'Bueno, esta vela la encenderemos cuando llegue papá... cuando vuelva usaremos la jarra de plata para servir el vino...'. Ésta era la atmósfera que se respiraba en casa. Por lo demás, había soldados que volvían con sus familias también tras mucho tiempo, en los años cincuenta (muchos, durante y después de la guerra, habían terminado en campos de concentración); no

entendía bien pero veía a mamá confabular frecuentemente con una vecina, cuyo marido había vuelto a casa tras años de ausencia».

Lidia vive con su madre en un gran apartamento en cohabitación (estarán allí hasta 1974); más allá de la sombra del padre, está omnipresente la música, porque la madre enseña en el Conservatorio y en casa da clases particulares de piano y de canto. «En casa había siempre estudiantes, vivía inmersa en la música de la mañana a la noche, me gustaba muchísimo y por eso he aprendido todo el repertorio de ópera, la música de cámara occidental y la rusa...». El problema de elección de escuela ni se plantea: Lidocka es matriculada en la escuela de música. Será una anciana profesora de música la que años después, al darse cuenta de su talento pictórico, le empujará a ampliarlo en paralelo con los estudios musicales, pero sobre todo a infundirle el gusto por la poesía, por una armonía que no tiene nada que ver con la cultura soviética: «Valeria Vladimirovna Listova, una profesora de la vieja escuela (¡cómo era de severa!), con una corona de cabellos grises ondulados recogidos en un moño en lo más alto de la cabeza, vivía en una angosta estancia, en la que todo el sitio estaba ocupado por un piano de cola. Nosotros, niños, pasábamos horas y horas en su casa, nos recitaba poesías de Pushkin, las paredes estaban cubiertas de acuarelas, antiguas fotografías... Y ha sido este mundo el que nos educó en lo más profundo». Además de la escuela de música, Lidia acude a la famosa Escuela de Arte Surikov, justo enfrente de la Galería Tretiakov, el museo más importante de arte ruso: ella y sus compañeros —trece, catorce años— se apasionan por la pintura, en los descansos entre clase y clase corren a mirar los cuadros de los grandes autores, discuten con mucha seriedad comparando sus propios trabajos... Pero esta pasión no impedirá a Lidia, con dieciocho años, una «escapada» con el circo, donde consigue ser contratada y ¡se presenta en un número con doce perros de aguas y dieciocho papagayos parlantes indonesios! Durante algunos meses está firme, convencida de que el circo es su camino, solamente las lágrimas de su madre consiguen hacerle desistir del proyecto y empujarle a continuar con los estudios de arte.

Apenas diplomada, otro sueño: hacerse azafata, volar, ver mundo. Logra encontrar hasta a un funcionario comprensivo —un ex aviador— que le consigue el carné de «joven comunista» (¡un «pasaporte» obligatorio para entrar en una de las pocas esferas en contacto con el exterior!), sin obligarle a hacer ningún juramento de fidelidad al partido. En los casi tres años en los que Lidia es azafata (en tierra o en vuelos internos, entrar en el círculo de los vuelos internacionales requería demasiados compromisos y por tanto renunciará a ellos), para ella el aeropuerto es una ventana abierta a un

mundo nuevo, exótico: ve personas de todas la nacionalidades: orientales vestidos de forma extraña, impregnados de aromas inusitados; los grupos de checoslovacos, caras tensas, petrificadas, aislados por todos, que dejan la URSS como consecuencia de los trágicos acontecimientos de 1968; ve también volver los ataúdes de cinc de los soldados soviéticos caídos durante los enfrentamientos...

Después del paréntesis «aeronáutico» Lidia vuelve a la pintura, al arte gráfico; son años de creatividad, despreocupadas compañías, viajes de trabajo por todas las ciudades del país; y también de viajes exóticos, por ejemplo a la isla Kizi en el norte de Rusia y hasta en Turkmenistán, sea porque en la Unión Soviética desde finales de los años sesenta hasta comienzos de los ochenta el que trabaja está inscrito en un sistema corporativo que le ampara y le asegura un cierto nivel de vida, sea porque no es difícil redondear el sueldo pintando carteles decorativos o publicitarios que son encargados por colonias de veraneo para muchachos, escuelas, institutos y complejos industriales de todo tipo.

Durante todos estos años Lidia está completamente al margen de las maneras y de los episodios del disenso que evidentemente existen en el país: «En nuestros ambientes se hablaba con sarcasmo del comunismo, de la burocracia y del sistema, tener el carné del partido era algo de mal gusto, de estupidez (no lo tenía ni el presidente de la Unión de Artistas, Ponimarev), pero no se iba más lejos de los chistes antisoviéticos; sabíamos porque lo oíamos que había un 'disenso', pero quedaba fuera de nuestro abanico de intereses». «Diría más —sigue tras una pausa—, después de la muerte de mi madre he leído su correspondencia con mi padre, el primer año en el que estaban prometidos, precisamente hacia 1938. Ninguna seña sobre lo que sucedía a su alrededor, ¡y no porque fueran discretos, tímidos! No, eran cartas alegres, sin nubes, llenas de vida y de esperanza en el futuro. La verdad es que, increíblemente, la gente podía no darse cuenta de nada».

Un giro memorable

Después llega la perestroika, que es percibida por los rusos como el derrumbe total del sistema en el que habíamos vivido hasta aquel momento, más que como un proceso de liberación: cierran las fábricas, no hay dinero para ninguna actividad, la devaluación convierte en papel mojado los ahorros de la gente... Como millones de sus conciudadanos Lidia Golovkova se encuentra sin medios, sin trabajo, sin encargos, sin ningún ingreso.

Pero son también los años de la celebración del milenio del Bautismo de Rusia, y Lidia lo recuerda como un giro memorable, el irrumpir en el país el anuncio cristiano hasta entonces en la sombra: «Para nosotros hasta aquel momento no había nada, ni libros, ni el Evangelio... ni siquiera creyentes». Define el suyo como un «caso típico»: se bautizó a los doce años, fundamentalmente atraída por la belleza, por la fascinación del arte cristiano. Dado que no se oye hablar de religión con su madre, se dirige a su abuela paterna, que organiza el bautismo según la práctica habitual en aquellos tiempos, esto es, haciendo venir a un sacerdote a casa (de celebrar el sacramento oficialmente, en la iglesia, ni hablar). Éste, antes de comenzar el rito pregunta con cierta seriedad a la muchachita: «¿Crees?». «Seguro de que no —confiesa ahora Lidia —, ¿pero como podía decírselo, después de haber causado todo aquel trastorno? Quién sabe lo que habrá pagado la abuela, pensaba en mi corazón, ¡y yo mando a paseo todo! Entonces respondí sí, pero avergonzándome profundamente, y durante mucho tiempo no volví a poner un pie en la iglesia, no me sentía digna de hacerlo a causa de aquella mentira». «Y también después, cuando volví a frecuentar la iglesia, me gustaban la atmósfera, los cantos, los iconos, pero no entendía nada; no puedo decir que creyera, no me acercaba nunca a los sacramentos. Éste era nuestro nivel de vida cristiana».

El encuentro con la fe, el inicio de una experiencia de vida cristiana al final de los años ochenta preludia para Lidia al nuevo trabajo como profesora en uno de los primeros institutos ortodoxos que se levantan un poco por todos lados en la ráfaga de libertad de este período: enseñará durante siete u ocho años historia de la escritura, materia que Lidia afronta con el sentido artístico y la sensibilidad que la distinguen; confiesa ingenuamente que dar esta asignatura era para ella una empresa insuperable, pero junto a sus alumnos —algunos tras sus huellas han llegado a ser designer, algunos hoy son sacerdotes— vive aventuras y descubrimientos emocionantes, por medio del diseño sondea con ellos el misterio de la vida y la muerte, la profundidad del ser. Por el respeto, por el estupor con el que habla de sus alumnos, se entiende que su experiencia de educadora ha sido un camino común al encuentro de la verdad: «Frente a los muchachos, sobre todo a los más pequeños, que todavía son puros, no contaminados por la fealdad de la realidad que los rodea, es imposible no reconocer que el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios». Dirá adiós, con pesar, a la escuela sólo cuando el nuevo trabajo sobre las víctimas del «Gran Terror» no le dejará alternativa.

En el tiempo libre a Lidia le gusta retratar del original la arquitectura de otros tiempos, frecuentemente semiderruida, para fijar la memoria del pasado (no tiene una máquina fotográfica), buscando en la medida de lo posible reconstruir la historia y la fisonomía desfigurada: con los años ha hecho hasta una especie de mapa de Moscú y sus alrededores en el que anota la posición de todos estos edificios «moribundos» —iglesias, monasterios, torres y garitas—. Un día, en el crepúsculo, al terminar uno de tantos «bocetos» para un coche de pasajeros en una carreterita secundaria («Lo pienso ahora, ¡me pregunto cómo podía tener tanto valor!»), dentro va un policía con el conductor, y hablando del bien y del mal Lidia explica sus intereses particulares, informándose a la vez si por suerte no existe también en el entorno algún sitio bonito que retratar. Extrañamente, sin hacerse de rogar, el policía le habla de un ex monasterio cercano, transformado en prisión, donde él hizo los cursos de policía, y que era una prisión de las que... en fin, tenía una fama terrible. Él mismo, sin embargo, ignora el nombre y rechaza dejar bajar a la pasajera —está ya anotándolo— en aquel lugar deshabitado, no se sabe nunca si habrá algún malintencionado... Pero justo cuando el policía le deja delante de la estación, Lidia vuelve sobre sus pasos y, encontrado un paso en la valla, explora los edificios abandonados, entra en el semienterrado, constatando con espanto que allí están de verdad las celdas (en una de ellas recogerá una bala que conserva todavía), con puertas dotadas de mirillas y cerrojos.

En los siguientes meses volverá en repetidas ocasiones a este lugar, en secreto, a la búsqueda de huellas del pasado: es como fascinarse involuntariamente con un secreto innombrable, ya caído en el olvido. Durante meses nadie sabrá decirle qué fue aquel sitio, hasta que un hombre nacido en un campo de concentración, familiarizado con los penales, exclamará: «¡Pero es verdad, debe ser Suchanovka!». «Suchanovka» era el ex eremitorio de Santa Catalina transformado en prisión en 1931, que después, en tiempo de Beria (años cuarenta y cincuenta), se había convertido en lugar de tortura del que casi nadie salía vivo. Incluso Solzhenitsyn la cita en Archipiélago gulag, pero sin dar ningún detalle concreto; nadie sabía nada, ninguno se había ocupado de ello jamás. E inesperadamente estaba allí, delante de Lidia, que se siente investida de una inmensa responsabilidad, y comienza a subir, escalón tras escalón, la escalera que lleva a la resolución del enigma. Se pone a buscar a los pocos supervivientes; busca también a los carceleros y torturadores, con los que con frecuencia tiene conversaciones difíciles, tal vez penosas debido a las heridas todavía abiertas bajo la

costra de indeferencia; un antiguo carcelero, por ejemplo, está todavía aterrorizado por la idea de que las familias lleguen a conocer su responsabilidad en los fusilamientos en masa.

Su idea fija es poder tener acceso a los archivos del KGB, y se presenta incluso, ingenuamente, en Lubianka, pero naturalmente ve cómo le cierran la puerta en las narices. Por medio de conocidos, llega a saber que la Universidad San Tikhon está ocupándose del mismo trabajo de investigación —es ya 1994— y se presenta al rector, el padre Vladimir. Mediante los canales eclesiásticos, el rector acaba de obtener un permiso para acceder a los archivos del KGB, pero muy pronto se da cuenta de la cantidad de trabajo que espera al que se ponga manos a la obra en una investigación de este género, además de la dificultad de mantener buenas relaciones con el personal de los archivos, de cuya benevolencia depende mucho... Probablemente durante la conversación algo se ilumina, porque el rector la contrata inmediatamente prefiriéndola a colaboradores más antiguos, y desde este momento la vida de Lidia toma una nueva dirección: pasa meses, años en los archivos para recuperar las fichas personales de los millares de víctimas y para recorrer sus últimos días; de ellos reconstruye cada detalle, la profesión, la vida familiar, las circunstancias del arresto. Recopia, fotocopia, escanea todo lo que puede: cada fotografía, cada documento, cada renglón es un testimonio precioso de un destino humano. Tal vez el personal del archivo intuye el animus con el que Lidia Golovkova trabaja, y guiña un ojo («Siempre hemos tenido magníficas relaciones», recuerda ella), se crea un acuerdo tácito gracias al cual muchas cosas no permitidas formalmente consiguen de hecho salir a la luz del día («¡Gracias a Dios, nadie me pregunta de dónde sale esta foto, por ejemplo! ¡Oficialmente, nadie me la ha dado!»).

Si bien entre Memorial y San Tikhon no hay buenas relaciones, en su investigación Lidia toca también la puerta de Memorial, y precisamente en este lugar conoce que han sido identificadas dos colosales localizaciones de fusilamientos y enterramientos en masa fuera de Moscú: el antiguo polígono del NKVD en Butovo y el ex sovchoz del NKVD en Kommunarka. Primero busca protegerse, no dejarse implicar en la nueva investigación, dándose cuenta muy pronto del inmenso trabajo que comporta, pero después ¿cómo decir que no? «Si no acepto yo, ¿quién lo hará?», se pregunta directamente no al ver llegar otros candidatos, pero sobre todo ante la esperanza, la fe en ella que lee en los rostros de los otros voluntarios que se han implicado en la empresa, y acepta hasta dirigir la publicación del Libro de la memoria de Butovo, del cual han salido hasta hoy ocho gruesos volúmenes, que contienen todos los datos que

existen, desde los más generales hasta los nombres de las víctimas y algunas pequeñas reseñas biográficas donde sea posible. Hoy en Rusia estos «libros de la memoria» —podríamos también denominarlos «martirologio de nuestro tiempo»— son ochenta y nueve. Por ahora. Porque las investigaciones de campo continúan, y son descubiertas cada vez nuevas fosas comunes: hasta hoy se conocen allí 600 pero realmente son muchas más (la cifra global de fusilados de 1918 a 1953 es de 826.645 personas).

En la iglesia construida hace poco en el terreno del polígono de Butovo, a lo largo de las paredes están colgados los iconos de los nuevos mártires canonizados. Pero para Lidia Golovkova, que nos lleva de peregrinación en esta sobremesa de otoño avanzado, son iconos también los pocos restos visibles al fondo de la iglesia en una urna de cristal: un zapato roto, varias ropas andrajosas, alguna manchada de tierra, un par de balas. Se ha querido recoger cualquier jirón de lo que los antropólogos han encontrado en la maraña de esqueletos y cuerpos semiconsumidos, abriendo con el fin de explorarla una de las fosas comunes. Y es un icono también la hoja de papel que muestra la declaración en un interrogatorio donde el imputado —un anciano sacerdote— había estampado su firma al comienzo y al final. Al comienzo una firma con una bonita caligrafía de otros tiempos; al final un garabato tembloroso, casi ilegible. «Qué pueden haberle hecho a un hombre para conseguir que en pocas horas ¡no logre ni siquiera escribir su nombre!». Una piedad doliente, una memoria personal y cargada de responsabilidad, la espera cierta de la resurrección —en las vibrantes palabras con las que monseñor Pezzi termina el gesto de la peregrinación están también los ojos y las sonrisas de estos «invisibles», a los que Lidia ha llamado por su nombre, también para nosotros.

LOS TRES DESEOS DE LA FARMACÉUTICA

Elena Avaliani

Durante ocho años ha estado recluida en su pequeña habitación, en un apartamento moscovita donde vive con su hija Masa y la nietecita Polina, obligada a semiinmovilidad por un ictus que en el año 2000 le ha cambiado la vida. Lo que impresiona de ella, al conocerla, es el tranquilo sentido de cumplimiento, de realización, que se lee en su rostro antes incluso de que lo diga con palabras — no lo desean tanto— que le gusta repetir: «Cuando os he encontrado, cuando he encontrado a don Giussani, al Movimiento y a la Fraternidad de San José, he entendido que hacia esto había sido llevada de la mano toda la vida. Qué feliz soy, qué llena está mi vida. Demos gracias a Dios por todo. El corazón del hombre mendigo de Cristo y Cristo mendigo del corazón del hombre...».

De la mujer que había sido en el pasado, extrovertida y rebosante, siempre activa, generosa, a veces un poco chapucera por su impulsividad, muy locuaz pero con un punto de autoironía («me lo decía siempre mi padre: 'Lenusia, ponle freno a la lengua, será tu ruina...'»), ha quedado la sonrisa, la gratitud por la vida en todos sus detalles, la cordialidad con la que acoge a cualquiera, la inmediatez con la que pone el corazón en cada situación, cada preocupación o alegría que se le cuenta. Un poco como en la poesía de Ada Negri «Mi juventud»: «... Eres otra, más bella...».

Los deseos se cumplen siempre...

Elena Grosfeld, judía de pura sangre, nace el 22 de mayo de 1944 en los Urales, donde su padre dirige un gran complejo industrial que produce material bélico, trasladado de Moscú en tiempo de guerra. Terminada la guerra los Grosfeld vuelven a Moscú, y es aquí donde crece Elena. Su familia goza de bienestar, con tres hijos, y sus raíces judías no tienen ningún significado: el padre se declara ateo, la madre se encomienda de vez en cuando a Dios cuando tiene alguna necesidad, en el peligro... para después olvidarse de Él en cuanto las cosas vuelven a su ser. Asombra a la vecina, que le echa

en cara que los judíos han crucificado a Cristo, diciéndole que, por el contrario, Jesús y Su madre eran ambos judíos, pero se opone firmemente, durante mucho tiempo, a la decisión de Elena de recibir el bautismo.

Elena madura mucho tiempo esta elección, en los años de universidad, acudiendo a la Facultad de Farmacia. Es decisiva la lectura de un libro que explica la inexplicable curación de un enfermo terminal de cáncer; por supuesto, la palabra «milagro» no aparece nunca, no se hace referencia a la oración o a la intervención sobrenatural, pero para Elena existe la intervención de Dios, de la dimensión de la gracia en el mundo de las leyes físicas. «He cerrado el libro entre lágrimas, arrollada por la certeza de una Presencia real, y me he puesto a rezar».

Es llamativa la contradicción entre la ofensiva antirreligiosa generalizada de Jruschov, que alcanza su apogeo en 1961 y se orienta a dar un barniz científico al ateísmo (convertido ya en materia de estudio en todos los niveles escolares), y el itinerario recorrido por Elena en los mismos años. Su camino no es solitario: en los ambientes intelectuales en los que se mueve se acrecienta el interés por el cristianismo, entre los jóvenes está de moda ocuparse de la filosofía religiosa, discutir de cristianismo y cultura, de ciencia y fe. En 1962 la misma hija de Stalin, Svetlana, se bautiza en la Iglesia ortodoxa.

Al menos en Moscú, durante estos años existen algunos espacios de maniobra entre el diktat del delegado del Soviet para los asuntos religiosos y la aquiescencia que se les demuestran a las altas esferas de la jerarquía eclesiástica. No siempre se trata de «disidentes» propiamente dichos, a menudo son sacerdotes y laicos que hacen todo lo posible —incluso estando en el interior del establishment— para ayudar en estas búsquedas juveniles creando lugares de educación, de reunión: uno de estos lugares es la casa de Anatoli Vedernikov, secretario de redacción de la Revista del patriarcado de Moscú, que Stalin después de la guerra había permitido abrir, aunque sea incluso bajo la mirada vigilante de la censura (como ya se ha dicho, el joven Alexander Men en aquellos años había conseguido publicar algún artículo). La casa de los Vedernikov es un auténtico «lugar de peregrinación» para gran cantidad de muchachos, futuros exponentes del mundo artístico y cultural, que por medio de Anatoli Vasilievich y su mujer Elena Jakovlevna descubren la dimensión de la Iglesia.

Elena se acerca a los Vedernikov junto a una contemporánea también judía, hoy afamada escritora, Liudmila Ulitskaya, que ha escrito: «Su casa en el callejón Plotnikov estaba siempre llena de muchachos, con frecuencia al llegar encontré

reuniones multitudinarias. Pude comprobar de bastante cerca cómo vivían, y me quedé asombrada por ello. Anatoli Vasilievich y su mujer eran, puede ser, los primeros cristianos que veía en mi vida. Nuestros padres nos habían educado en el gusto de la cultura, pero no podían ofrecernos otra cosa. El encuentro con los Vedernikov ha sido sumergirse en una cultura de un espesor totalmente diferente». Primero los libros, la posibilidad de acceder a ellos de un modo inesperado y en aquella época hasta imposible: «Hemos aprendido todos una cultura en su casa, tenía una espléndida biblioteca. Y esta biblioteca pasaba de mano en mano. Me imagino con cuánto esfuerzo fue conseguido reunirla en aquellos años. Desde sus estanterías cogíamos a manos llenas la filosofía y la historia rusas». Para estos muchachos Anatoli Vedernikov es un padre, un consejero en las decisiones de la vida, tal vez también en los asuntos del corazón, pero sobre todo en el camino hacia la Iglesia. El miércoles por la tarde organiza de forma estable en su casa cursos de catequesis.

De los Vedernikov Elena conserva el más cariñoso recuerdo y un icono de la Virgen de la Ternura pintado por Elena Jakovlevna, que le regalaron con motivo de su matrimonio con Dimitri Avaliani en 1970 (viene al caso, se habían conocido algunos meses antes en las clases de Averincev).

«Los deseos, si son grandes, se cumplen siempre...», es una frase que a Elena le gusta repetir recordando su propia vida. Y el primer cumplimiento ha sido el bautismo, recibido en 1968 del padre Dimitri Dudko.

Además de la casa de los Vedernikov, en efecto, para Elena como para muchos de sus contemporáneos durante aquellos años, la iglesita del padre Dimitri en el cementerio de la Transfiguración se convierte en un gran polo de atracción. También alrededor de este sacerdote, que lleva a la espalda ocho años de campo de concentración por «agitación y propaganda antisoviética», se reúnen muchos jóvenes de todas las extracciones (entre los que hay artistas de una cierta notoriedad como Ernesto Neizvestny y Alexander Charitonov), pero todos unidos por la misma búsqueda, y Elena hace muchas amistades. Para ellos el padre Dimitri idea una nueva forma de predicar: el sábado por la tarde tiene conversaciones vespertinas en las que responde a las preguntas más dispares realizadas por el auditorio. Es difícil darse cuenta hoy del alcance de esta iniciativa, pero en aquella época, frente a la rigurosa prohibición de predicar, de dar testimonio, impuesto a la Iglesia por la autoridad soviética, estas conversaciones representan un acontecimiento extraordinario, explosivo: frente al cansancio de vivir del hombre soviético, el cristianismo tiene respuestas simples que abren de par en par un horizonte eterno sobre cada aspecto de la vida. Por ejemplo:

«Creo no porque es bello, seductor, sino porque es verdadero, la realidad... Dios es la realidad, el ateísmo es una fantasía; una fantasía tétrica y tenebrosa... Los realistas no son los considerados 'prácticos de la vida', al contrario, son los soñadores más ingenuos; el verdadero realista es quien cree en Dios, porque la fe no engaña nunca, te acompaña en la realidad». Será también el padre Dimitri el que bendecirá la boda de Elena.

El encuentro con el padre Men

Alguien, en 1969, le hace conocer al padre Alexander Men, y Elena comprende que finalmente ha encontrado su casa: desde entonces, la parroquia de Novaia Derevnia donde él celebra, y posteriormente la de los Santos Cosme y Damián en Moscú, que sigue su carisma, se convierten para ella en el lugar de una fe vivida en una compañía, en una fraternidad.

«Me habían preguntado si no quería encontrar un padre espiritual. A decir verdad no sabía qué quería decir esto. Y después me había hecho la idea de que un sacerdote debía ser viejo y con la barba blanca. Pero cuando me propusieron conocer al padre Alexander acepté porque me resultaba curioso que un judío de sangre como él se hubiese hecho sacerdote ortodoxo. Cuando nos hemos conocido en la puerta de su casa, me quedé totalmente desorientada, casi paralizada viéndome comparecer ante un hombre joven de radiante sonrisa, deslumbrante —sí, no encuentro otra palabra —, deslumbrante. Mi acompañante me ha susurrado que debía pedirle la bendición y besarle la mano, como es uso común, pero dándose cuenta de mi confusión el padre Alexander me tomó la delantera, haciéndome una broma graciosa y besándome en la frente».

Para quien como Elena se acerca a la fe de adulto, llegando desde otra tradición, no se da nada por supuesto. La Transubstanciación del pan y del vino, el hecho de comulgar el Cuerpo y la sangre de Cristo le escandalizan, le parecen un rito horripilante. Es ésta la primera pregunta que le hace al padre Alexander. Y cuando le explica con palabras y gestos, pero sobre todo con el corazón, el Misterio recogido en la renovación perpetua de la presencia de Cristo en el altar, Elena se siente invadida de una gran paz, acepta el Misterio tal y como es y desde entonces no le provocará ningún problema. «Mirándole hablar, en aquel momento pensé: no he visto jamás algo tan bello, y no sólo porque es un hombre apuesto, sino porque es bellísima su persona, radiante, deslumbrante. Y luego, después, he pensado con frecuencia: si él es así,

¡cómo debe de ser de bello Cristo!».

El recuerdo más intenso del padre Alexander, para Elena, está ligado a la liturgia. «Cuando participaba en las celebraciones en Novaia Derevnia (cosa bastante rara porque tenía tres hijos pequeños), me impresionaba cómo del padre Alexander emanaba una especie de energía, una vibración que tenía la fuerza de un misil, de un fuego artificial, te hacía volar, te ponía en movimiento y te lanzaba al encuentro con el Ser. Cerca de él te parecía estar en una fortaleza, te sentías segura —entendí entonces qué quería decir sentirse cierto, en paz: ¡no es cierta la seguridad que despliegan en la publicidad de los seguros!—. Recuerdo una vez que estaba especialmente en dificultades, abatida: me bastó con verle, con cruzarme con su mirada, para sentirme como si me hubiese arrastrado la corriente, cargadas las pilas...».

La compañía del padre Alexander coincide para Elena con los años de la familia, del trabajo, de las preguntas sobre los problemas de la vida. «Por ejemplo, tenía un gran deseo de entender qué es lo que tenía que ver mi profesión con la fe que había encontrado, y de hacer que mi profesión de farmacéutica pudiese ser puesta al servicio de la gente». Una pregunta que permanece abierta durante tantos años, durante los que Elena continúa trabajando para sustentar la economía familiar, pero sobre todo está atareada con la familia que aumenta y bascula especialmente sobre sus espaldas: uno tras otro nacen Masa, Iván, que hasta la adolescencia es un niño «difícil», y por último Tania. Su marido Mitia es un artista, un poeta: tras un breve encuentro con el cristianismo se distancia pronto de él y prefiere otras compañías, pura bohème, que con frecuencia encuentra a Elena en posiciones defensivas, intransigentes. Ahora de vez en cuando se apena: «¡Si hubiese entendido entonces lo que me decía el padre Alexander, lo que leemos en la escuela de comunidad, si hubiese tenido esta capacidad de valorar, de salvar y perdonar! Por el contrario los amigos de Mitia me habían dado el sobrenombre de 'baluarte de la Ortodoxia', y en parte tenían razón...».

El temperamento impulsivo de Elena, su deseo de dar testimonio de la verdad que ha encontrado, un cierto gusto por la provocación y la dialéctica le empuja a veces hacia el conflicto con las personas, al final está más preocupada por decir la última palabra que por acoger al otro en su humanidad tal y como es. «Me daba cuenta de que, queriendo entrar en relación con las personas, buscando hacer amistad con ellas, en realidad les inducía a retraerse, era como si tuviesen miedo a una intrusión por mi parte...». Y no es una pose, sino un reconocimiento sincero, feliz y fascinado, que la

lleva con frecuencia hablando a bendecir la enfermedad que le ha golpeado, porque le ha ayudado a entender qué es realmente el testimonio rendido a Cristo, el ofrecimiento de sí por la conversión del mundo: «Soy Tú que me haces...». Esto hoy es espontáneo en la comunidad, telefonearle para ponerle al corriente de aquello por lo que es necesario pedir, convocatorias significativas para la vida del Movimiento, acontecimientos importantes para las personas y el mundo, enfermedades, problemas. «Venir a verte es como entrar en la iglesia», le decíamos habitualmente —y en efecto cada vez es un renovar de la conciencia, de la decisión, de la alegría.

A comienzos de los años noventa, cuando el sistema productivo del país se colapsa, también el sector sanitario se resiente en gran medida. Un día se le acerca buscando ayuda Lina Saltykova, feligresa como ella de la iglesia de los Santos Cosme y Damián: está buscando voluntarios para el Hospital Pediátrico Federal, que el padre Alexander visitaba habitualmente, y que sus hijos espirituales continúan sosteniendo como pueden, hospedando a los padres de los pequeños pacientes, turnándose cuando es necesaria una compañía permanente a los enfermos, organizando clases y actividades recreativas en casos de ingresos largos... «Honestamente, debo reconocer que tenía miedo de enfrentarme al ambiente de un hospital, no sería justo un contacto con el dolor y la enfermedad. Había elegido la Facultad de Farmacia, aunque la medicina me atraía mucho, ¡justo para evitar todo lo que tenía relación con la anatomía!». Una cosa puede hacer, sin embargo, en aquellos años difíciles: asegurar a los enfermos, por sus medios, los fármacos que a menudo el hospital no puede procurar y que los padres están obligados a conseguir en el comercio, pagando a veces precios desorbitados. Alguno da su nombre a los responsables de Caritas que en los mismos meses está abriendo sus puertas en Moscú, y así en 1992, después de algunos meses de voluntariado, se encuentra como directora de una especie de «banco farmacéutico», un servicio ideado para asegurar fármacos a bajo precio y asistencia gratuita a los que tienen necesidad de ellos. También este deseo se ha cumplido...

Siempre por el camino de las medicinas...

Pero Elena tenía también un tercer deseo, tras la muerte del padre Alexander: encontrar un nuevo punto de referencia personal, porque la vida parroquial no le es suficiente y la vida familiar se convierte cada vez en más difícil: su marido persigue sus sueños artísticos y se embarca en aventuras sentimentales «de las que entonces le acusaba duramente, mientras que ahora me doy cuenta de que eran su desgracia, porque le han empobrecido y dejado solo»; se irá de casa definitivamente en 1996 y

morirá en la carretera, arrollado por un coche, en diciembre de 2003. Los hijos recorren un camino que ella no comparte siempre, Masa en particular queda embarazada muy joven y a Elena no le queda sino acoger en su familia también a la pequeña Polina.

En la parroquia, frente a esta exigencia suya, los conocidos se encogen de hombros como ante una exageración, como tienes una edad, la familia, la liturgia dominical, ¿qué más quieres? El padre Alexander le había animado a ir hasta el fondo de este deseo —«Dios te mostrará el camino»—, pero ella mientras tanto no hace nada, después de aquel 9 de septiembre de 1990.

En una reunión de Caritas, Elena conoce a un muchacho belga, Jean-François Thiry, que ha llegado recientemente a Moscú para desarrollar un proyecto cultural y editorial que se llama Biblioteca del Espíritu. Sabiendo que ella es la farmacéutica de Caritas, le pide medicamentos para una amiga que no consigue encontrarlos de ninguna manera. Dicho y hecho, Elena le acompaña a su farmacia y yendo de camino le habla, con su habitual ímpetu, de su deseo de encontrar una comunidad «definitiva»: como respuesta Jean-François le invita a algunos encuentros de Comunión y Liberación. «Había pedido siempre a Dios que me mandara a alguien que me entendiese, no había dejado nunca de pedirle que me diera respuesta a este impulso que no me dejaba tranquila, y Él también me ha escuchado una vez más»: a tantos años de distancia recuerda todavía con conmoción aquella hora que para ella ha marcado el «ven y ve». Entre otros, para Elena es el primer contacto definitivo con el catolicismo, que no había conocido hasta entonces de manera directa aunque por la educación del padre Alexander le había hecho siempre mirar con gran respeto.

En uno de los primeros encuentros a los que es invitada está un español, Carras, que da un testimonio. Elena queda fascinada por él: este hombre habla de la alegría y ella comprende que es lo que desea, de lo que tiene necesidad desesperadamente —no de un cristianismo hecho de reglas morales, que en la familia, entre otros lugares, se están haciendo pedazos en todos los aspectos—, sino de una vida feliz. Carras relata que don Giussani no le preguntaba nunca cómo iba la comunidad, si había crecido, madurado, no le interpelaba sobre el trabajo desarrollado, sino que le preguntaba: «¿Estás contento?». «Lo bello de la vida —concluyó Carras en aquella asamblea— es la vida. Es el Misterio del que toco el borde del manto».

Después llegan las primeras vacaciones con la comunidad, se trabaja sobre un libro amarillo, la primera edición de Los orígenes de la pretensión cristiana. Un segundo

paso importante, gracias a aquel texto, es el descubrimiento del encuentro personal con Cristo: le ve entrar en la vida, como fue para aquellos dos o tres, y después para aquellos doce... «He entendido que en la historia de dos mil años estaba también yo, que Él venía a mi encuentro allí donde estaba yo, y que por eso no podía abandonar nunca este lugar».

Más tarde, durante dos años, 1996 y 1997, Elena tiene la posibilidad de participar en la Asamblea de Responsables y la Thuile; conserva celosamente la foto que la retrata junto al «grupo de Rusia» alrededor de don Giussani, que, por vez primera, consigue conocer personalmente y que le dice cuatro palabras: «reza siempre al padre Men». No es posible una familiaridad, una unidad más intensa con el corazón de su vida.

Aquí en la Thuile, Elena descubre la dimensión de «pueblo». «Siempre había oído hablar de él a don Giussani sin entenderlo nunca, también porque nosotros, ex soviéticos, frente a palabras de este género nos poníamos siempre a la defensiva, teníamos en los oídos demasiados eslóganes seudopatrióticos. En cambio, la primera tarde, a la entrada en el salón de las asambleas, me ha golpeado como si pasase de improviso, casi por un toque de varita mágica del ruido más ensordecedor de 800 personas que hablan todas a la vez, al silencio absoluto. Esto es, allí he visto qué es el pueblo». También en la Thuile conoce a María Rita Casalboni, que le ayuda a encontrar definitivamente aquel deseo de pertenecer totalmente a Cristo que el padre Alexander le había recomendado cultivar: así ella, ortodoxa, pide entrar a formar parte de la Fraternidad de Comunión y Liberación y posteriormente de la Fraternidad de San José, y es acogida.

«...Es la inefable certeza/ que todo fuera justicia, también el dolor,/ todo fuera bien, también mi mal todo/ para mí Tú fuiste y eres...». Tal vez el Acto de amor de Ada Negri alcance a explicar, por analogía, el misterio de la ternura que, tras años de dolorosas contradicciones, Elena vive ahora en las relaciones con Mitia y de su atormentada historia conyugal, como abrazada en la plenitud de la vocación encontrada.

Cada semana voy a verla durante una horita, leemos juntas un trozo de la Escuela de comunidad o un artículo de Huellas, le cuento lo que estamos haciendo en la Biblioteca del Espíritu; los únicos contactos con el mundo exterior son el teléfono y las visitas de los amigos, porque para Elena salir de casa ya es extremadamente difícil. Y también en casa, con la mitad del cuerpo paralizado, sostener el libro y pasar las páginas es una odisea. «¿Te lo recuerda aquel pasaje en el que don Giussani dice:

‘lavando los platos uno da un paso hacia el destino’?», me acoge sonriendo Elena cuando me asomo en el umbral de la estancia. «Mira, he pensado toda la semana, dado que, buscando echar una mano a Masa estoy mucho tiempo en el lavabo, lenta como soy. Tengo la sensación de estar junto a vosotros, siempre, con todo el corazón. Y sabes, de la gente que oigo que me viene a visitar entiendo que el Movimiento está creciendo, está echando profundas raíces aquí en Rusia, es una unidad al corazón de las personas».

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV., Da riviste clandestine dell'URSS, Jaca Book, Milano 1966.

AA.VV., I ragazzi di piazza Majakovskij. La poesia alle origini del disenso in URSS (1958-65), Itaca-RC Edizioni, Milano 2002.

AA.VV., La primavera di Mosca, Jaca Book, Milano 1979.

AA.VV., Samizdat: cronaca di una vita nuova nell'URSS, Ed. Russia Cristiana-Mimep, Milano 1974.

AA.VV., Sulle ceneri dell'ideologia, La Casa di Matriona, Milano 1993.

S. Averincev, Cose attuali cose eterne. La Russia de oggi e la cultura europea, La Casa di Matriona, Milano 1989.

S. Averincev, Dieci poeti, Ritrati e destini, La Casa de Matriona, Milano 2001.

S. Averincev, L'anima e lo specchio. L'universo Della poetica bizantina, Il Mulino, Bologna 1988.

V. Bukovskij, Il vento va, e poi retorna, Feltrinello, Milano 1978. (Hay edición española: El viento sopla otra vez, Argos Vergara, Barcelona 1978).

M. Dell'Asta, Una via per incominciare. Il dissenso in URSS dal 1917 al 1990, La Casa di Matriona, Milano 2003.

D. Dudko, La nostra speranza, Centro Studi Russia Cristiana, Milano 1979.

D. Dudko, Parroco a Mosca, Centro Studi Russia Cristiana, Milano 1976.

J. Galanskov, Feniks'66, Jaca Book, Milano 1968.

A. Ginzburg, Libro bianco sul caso Sinjavskij Daniel', Jaca Book, Milano 1967.

E. Ginzburg, Viaggio nella vertigine, 2 vols., Mondadori, Milano 1967, 1979. (Hay edición española: El vértigo, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2005).

L. Golovkova, «Le proporzioni di un massacro: campi di sterminio e fosse comuni», en La Nuova Europa, n.° 1, 2008.

Y. Hamant, Aleksandr Men' pastore e martire, La Casa di Matriona, Milano 1993.

A. Kraveckij, Afanasij Sacharov, La Casa di Matriona, Milano 2006.

A. Men', Gesù di Nazaret, la storia che sfida il tempo, Citá Nuova, Roma 1999. (Hay edición española: Jesús, el maestro de Nazaret, Ciudad Nueva, Madrid 2002).

A. Men', Io credo. Il simbolo della fede, Nova Millennium Romae, Roma 2007.

A. Men', Manuale pratico di preghiera, Nova Millennium Romae, Roma, 2007.

A. Men', Le fonti della religione, EMP, Padova 1994.

A. Men', Leggendo l'Apocalisse, Librería Editrice Fiorentina, Firenze 2006.

G. Parravicini (a cargo de), Padre Aleksandr Men', La legge di un uomo vivo, Itaca-R.C. Edizioni, Milano 2006.

M. Sakarovskij, La croce e il potere. La Chiesa russa sotto Stalin e Chruscev, La Casa di Matriona, Milano 2003.

A. Solzhenitsyn, Archipielago Gulag, Mondadori, Milano 2001. (Hay edición española: Archipiélago gulag, Tusquets Editores, Barcelona 2005).

A. Solzhenitsyn, Una giornata di Ivan Denisovic - La Casa di Matriona -Alla stazione, Einaudi, Torino 2006. (Hay ediciones españolas: Un día en la vida de Iván Denisovich, Tusquets Editores, Barcelona 2008, La Casa de Matriona, Península, Madrid 1971).

A. Solzhenitsyn, Vivere senza menzogna, Mondadori, Milano 1974.

O. Vasil'eva, Russia martire. La Chiesa ortodoxa dal 1917 al 1941, La Casa di Matriona, Milan 1999.

A. Vinci, Lituania popolo e Chiesa, La Casa de Matriona, Milano 1984.

V. Zelinski, «Convertiti alla Chiesa», en Rivista del Centro Studi Russia Cristiana, n.° 5, 1981, n.° 1 y 2, 1982.

Siempre es posible vivir como hombre, hacer una experiencia de libertad y de verdad... como resultado de un encuentro que llena la vida y la hace digna de su nombre.

En el siglo XX Rusia fue objeto de un trágico experimento de reducción de la persona a ideología, pero también de un extraordinario proceso de resistencia del yo humano a la violencia y al poder. Las historias recogidas en este volumen, pertenecientes a distintos ámbitos sociales y culturales, antes y después de la caída del régimen soviético, son una aproximación a la historia rusa a través de personajes que participaron en ella. En la vida de estas personas (la pianista, el sacerdote, la escritora, la madre de familia, el profesor...) se ven encarnadas palabras como verdad, persona, libertad o exigencias constitutivas del yo.

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-578-6

Índice

INTRODUCCIÓN	7
LA LEY DE UN HOMBRE VIVO. Padre Alexander Men	11
EN EL SIGNO DE DOS ESTRELLAS. María Yudina	25
EN VIAJE HACIA LO VERDADERO. Eugenia Ginzburg	37
NUESTROS MAESTROS. Sergei Averincev	50
LA MECANÓGRAFA Y LOS MUCHACHOS DEL «FARO». Vera Laskova	64
NUESTRO «SOL» LITUANO. Padre Stanislovas Dobrovolskis	78
EL PORQUÉ DE UNA AVENTURA. Víctor Popkov	91
UNA ANTÍGONA DE NUESTROS DÍAS. Lidia Golovkova	102
LOS TRES DESEOS DE LA FARMACÉUTICA. Elena Avaliani	113
BIBLIOGRAFÍA	122